

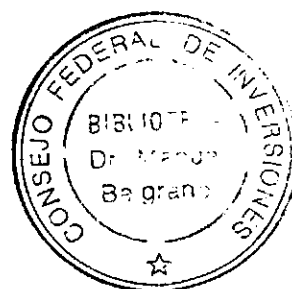
0/4.34  
R15h

14892 HM  
45650

III  
**CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES**  
PROVINCIA DE SALTA

**HACIA LA ELABORACIÓN DE CONCEPTOS QUE PERMITAN  
COMBATIR LA VIOLENCIA DENTRO DEL MUNDO SOCIAL,  
INSTITUCIONAL Y EN LA HISTORIA, FRENTE A LOS MALES  
DE LA POBREZA, EL AUTORITARISMO Y LAS VIOLACIONES  
DE LOS DERECHOS HUMANOS**

Informe Parcial N° 3  
Conclusiones



Lic. NORA REGUEIRA  
NOVIEMBRE 2006

SECRETARIO GENERAL DEL CONSEJO FEDERAL  
DE INVERSIONES:  
ING. JUAN JOSE CIACERA

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE SALTA:  
Dr. JUAN CARLOS ROMERO

## ÍNDICE GENERAL

ACTUALIZADAS FORMAS DE VIOLENCIA Y TORTURA EN LA ARGENTINA.....Pag.	1
HISTORIA DE LA REPRESIÓN INSTITUCIONAL EN LA R. ARGENTINA..... Pag.	11
VIOLENCIA EN EL AMBITO LABORAL.....Pag.	26
LA VIOLENCIA DE GENERO, SU PAPEL EN LA HISTORIA..... Pag.	56
VIOLENCIA EN LAS INSTITUCIONES JURÍDICAS A TRAVES DE LA HISTORIA...Pag.	124
CONCLUSIONES.....Pag.	148
BIBLIOGRAFÍA.....Pag.	156

## **ACTUALIZADAS FORMAS DE VIOLENCIA Y TORTURA EN LA ARGENTINA: LOS EXCLUÍDOS**

La Zona sobre la que basamos este análisis es la de Quilmes, ciudad y partido del Gran Buenos Aires; con unos 700.000 habitantes, la más antigua población de la Provincia de Bs. As.

Muy poco después de la fundación de Bs. As. por Juan de Garay (el 11 de Junio de 1580), a estas tierras ribereñas al Río de la Plata se las conoció con el nombre de Pago de la Magdalena. Garay las había adjudicado a Gaytán (la actual Don Bosco) y a Gerez (la actual ciudad de Bernal).

La fundación de Quilmes es hacia 1666. Su propia fundación arranca de un genocidio impune: en 1666 un contingente de familias de indios Quilmes, uno de los grupos mas poderosos de los Calchaquies del Noroeste argentino (zona de la cultura Santamariana Tucumán) y, en 1667 otro de Acalianos, fueron avasallados y trasladados a pie por los españoles desde el Tucumán hasta las cercanías de la Ciudad de Bs. As., tras caer los últimos focos de resistencia indígena local al avance hispano. Así a mas de 1000 km. de su origen se funda la Reducción de la Exaltación de la Santa Cruz de Los Quilmes, hoy ciudad de Quilmes.

De los primitivos pobladores de la reducción no sobrevivió ninguno en la zona (se sabe que en 1810 ya no quedaban indios Quilmes en la reducción).

La costas de Quilmes, bañadas por el Río de la Plata, fueron zona de contrabando durante la colonia, ya que el monopolio español impedía el progreso de otra manera.

Un dato importante de la contradicción en que se vivió es el juramento de las autoridades para el Río de la Plata que expresaba, respecto de las Leyes de Indias: “acato pero no cumplo”

#### Violencia Política, Impunidad y Producción de Subjetividad

Esta falta de cumplimiento parece extenderse hasta nuestros días en muchos fallos que muestran la impunidad de que gozan algunos, avalados por quienes detentan el Poder.

Desde 1976 la vida argentina estuvo condicionada económicamente por el creciente nivel de endeudamiento externo, el pago de sus intereses, un Estado convertido en único deudor; Estado que al no lograr recaudar más debe recortar sus gastos sobre todo en asistencia social.

Este deterioro se inició antes que en otros países latinoamericanos y presentó algunos aspectos (como el desplome de los salarios reales) de inusitada intensidad.

Hay dos presupuestos fundamentales a tener en cuenta en este análisis:

1- Que la dictadura militar entre 1976 y 1983 fue, hasta ahora, la institución máxima de la violencia como razón de estado y forma misma de gobierno que hayamos vivido en la Argentina. El método de la desaparición de personas como instrumento “legalizado” y ejecutado por el Estado se presenta como el máximo pensable de violencia posible entre seres humanos organizados en sociedad.

Lo mismo vale para el proyecto económico y social impuesto desde 1976 que con su pauperización progresiva de la población causó, y causa tantas muertes físicas y sociales como los campos clandestinos de concentración.

2 - El segundo presupuesto es que, a partir de 1983, no se revirtió el proyecto económico y social, produciendo el cambio que los argentinos esperábamos; mas bien, se continuó con la política económica impuesta en 1976; sobre todo en la última década. (desde 1989).

Tampoco se penalizó adecuadamente a los causantes del genocidio, legalizando la impunidad, lo que generó en la población la vivencia de inseguridad que se refuerza día a día con crímenes no resueltos, delitos económicos no juzgados, etc.

Tanto en 1976 como hoy, en lo económico y social, la factibilidad financiera y los intereses de los grupos nacionales e internacionales de poder han sido asumidos como único criterio de gobierno, y de hecho suplantán cualquier consideración del valor del ser humano como tal.

1976 marca un punto de inflexión: el proyecto económico lanzado entonces, dirigido más que nada a modificar el patrón de acumulación abriendo la economía a la competencia internacional y reduciendo drásticamente el rol del Estado, aún sin lograr su objetivo, lo instaló como meta a alcanzar y es actualmente cuando se concreta.

En estos últimos años el trabajo se ha precarizado en su mayoría, transformándose la relación laboral en insegura, sin estabilidad y sin casi ningún derecho para el trabajador. Desaparecen las horas extra, las vacaciones, la cobertura de obra social, el trabajo en relación de dependencia; y hacen su aparición las pasantías, los contratos “basura”.

Este tipo de relación laboral pone a los trabajadores en situación de desprotección y produce el sentimiento de no poder exigir nada ya que su puesto puede ser rápidamente cubierto por otro con menos exigencias.

Aparecen la inseguridad y el miedo a perder lo único que le permite estar dentro de los márgenes sociales.

La pobreza ya no es la misma. No solo marca la vida de muchísima más gente que antes. Además es distinta.

Los nuevos pobres, los empobrecidos jubilados y vastos contingentes de empleados públicos, se suman a los pobres históricos o estructurales.

Este corrimiento hacia abajo traslada al país de la pobreza la intrincada complejidad de las capas medias.

Su mapa aparece teñido por la heterogeneidad y cada vez mas segmentado por la profundidad de las fracturas de grupos sociales que antes accedían a un aceptable nivel de vida.

No hubo planes sociales adecuados para enfrentar estos problemas, no puede sorprender entonces que la pobreza de hoy sea mucho mas abarcativa y también mas cruel.

Que nuestro país albergue un país de excluidos; que su población se divida entre los que se salvan y los que quedan afuera es, en estas condiciones, el único resultado que podía esperarse.

También hacen su aparición la corrupción impune, la inseguridad tanto personal como legal (adolescentes muertos por “error”, desapariciones y crímenes nunca investigados totalmente, cambios de carátulas judiciales, leyes laborales que restringen los derechos del trabajador, razzias a adolescentes, etc).

#### Violencia Política, Impunidad y Producción de Subjetividad

En este contexto el enfermar no solo es resultado de arcaicas raíces biológicas o de conflictos intrapsíquicos gestados en el seno de una familia desincertada.

Hoy, la correlación de sistemas es un hecho científico imposible de saltar. En esta correlación de sistemas, analizar el enfermar es referirse no solo a las bases biológicas y psicológicas sino a factores históricos, sociológicos y antropológicos.

La ruptura de la calidad de vida en estas últimas décadas y en lo que hace al conurbano sur del Gran Bs. As., no puede estar ajena a la experiencia histórica sufrida.

Sin la presencia represiva de la Dictadura militar (1976-1983) con sus efectos desbastadores sociales, que originaron en un proceso combinado, la pérdida de

irremplazables grupos humanos y un estímulo a la visión de que ciertas imposiciones se tornan inevitables, imposibles de modificar; sin este hecho, afirmamos, resulta difícil pensar la implantación de innovaciones tecnológicas (en las empresas) con los niveles de presión y violencia social que en algunos sectores se han puesto de manifiesto.

Creemos legítimo preguntarnos: ¿Qué expectativas, anhelos, proyectos de vida movilizaban al hombre que trabaja ? ¿Cómo se relaciona esta experiencia histórica de grandes sectores humanos con la profundización de su proceso de fragmentación ? ¿En qué medida el deterioro de la calidad de vida incide en el enfermar ? ¿Cómo se integra en nuestra práctica profesional, en el diagnóstico y tratamiento de los pacientes las variables sociales, históricas, antropológicas, económicas ?

Los trabajadores de Salud Mental están ante el desafío de dar respuestas a problemáticas en las que están involucrados y nos encontramos con la necesidad perentoria de construir herramientas nuevas, para poder ser eficaces en esta tarea y no colaborar en fragmentar aun más a ese sujeto que sufre.

En Mayo de 1999, “The Economist”, prestigiosa publicación británica ubica a la Argentina en el lugar 18 entre 22 países en América latina según las condiciones de salud. El primero es Costa Rica y el último Haití.

Este rango se logra en base a 13 indicadores que intentan medir la salud del “conjunto de la población”, cubriendo enfermedades de los distintos grupos sociales.

Dichos indicadores son:

Índice de Mortalidad

Expectativa de Vida

Muerte materna e infantil en el parto

Inmunización (3 tipos)



SIDA

Enfermedades circulatorias

Enfermedades respiratorias

Enfermedades infecciosas y parasitarias

Cáncer

Consumo de tabaco.

Los datos se basan en estadísticas oficiales compiladas por la OMS y el informe de desarrollo Humano de las Naciones Unidas, Banco Mundial y datos de la CIA. Según datos del Banco Mundial, en la Argentina hay por lo menos 13 millones de pobres y 3 millones de indigentes sobre una población estimada en aproximadamente 35 millones, que ni siquiera pueden comprar la canasta alimentaria básica.

Si se profundiza la pobreza, como sucede hasta ahora, va haber mas casos del paquete Desnutrición – Infección – Parasitosis.

Si se profundiza la fragmentación social, como lo indican el aumento de injusticia social e impunidad, se incrementan la Violencia, el HIV y la Drogadicción.

Del estudio publicado por “The Economist” (Alexandra Wyke, directora de la publicación, 1er N° “Health Care Latinoamérica”, sobre salud) falta considerar la incidencia del estrés, factor de adaptación que rompe con el Estrés para transformarse en Distrés ( estrés negativo), con sobreadaptación o subadaptación a las presiones a las que está sometido el ser humano.

Dicho distrés causa la disminución y ruptura de las defensas psicorgánicas, con la consecuente irrupción de la enfermedad.

Esa falta de firmeza en que se constituyen el individuo y el cuerpo social, son la expresión de diversos trastornos y nuevas patologías sociales. Y en un “modelo de conjuntos

correlacionados de problemas” donde se visualiza el formado por patologías sociales, como el abuso de sustancias, la violencia (auto y heteroagresiones), abuso de mujeres y niños y sus secuelas. La “deprivación infantil” se relaciona a nivel colectivo con fracasos y deserciones escolares, adicciones, trastornos de la personalidad, embarazos precoces, maltrato, abusos, propósito de bajar la edad mínima para recibir condenas impulsados por políticos oportunistas y superficiales.

Otro conjunto se relacionan con problemas de salud de base biológica como afecciones cardíacas, fatiga, astenia, depresión (con caída de proyectos que se actualizan en sujetos melancólicos y en depresiones neuróticas), con cambios en el desempeño social, el apoyo interpersonal y la capacidad para enfrentar problemas.

La violencia está inserta en la historia que reseñamos al principio, en el contexto sociocultural y en la cotidianeidad conyugal y familiar. Sin dejar de contar con un eje diacrónico, donde el pasado se actualiza por la violencia transmitida por una historia familiar violenta, por un presente y por proyectos futuros de frustración.

También se considera un eje sincrónico, que abarca los tres espacios psíquicos, con la violencia proveniente de un espacio intrasubjetivo, un espacio intersubjetivo o relacional y un contexto sociocultural transubjetivo, donde la violencia es un vínculo, una forma de relación social por la cual uno de los términos realiza su poder acumulado.

La violencia presupone el uso de la fuerza, dimensión del poder donde hay alguien que lo posee y lo ejerce, y alguien que está desposeído y lo sufre.

La exclusión y la violencia son dos caras de una misma moneda. El excluido no está adentro ni en el margen (marginal); está afuera del sistema en una sociedad.

Es una nueva forma de “desaparecer”, como desaparecieron tantos durante la última dictadura militar en la Argentina.

Y, desde la ideología del terrorismo de estado, la desaparición de tantos líderes y luchadores del campo social ( políticos, estudiantes, trabajadores, intelectuales, etc) era necesaria para que pudiera imponerse “sin problemas” este sistema neoliberal económico y social.

Lo expresaron en México (Marzo de 1999), en el Simposio Internacional IXTAPA 1999, sobre Empleo y Políticas Sociales ante el Tercer Milenio, cuando comprobaron la incidencia sobre la salud, en la forma drástica en que fue instalada, la pérdida de derechos del trabajador en la Argentina.

En un “mundo globalizado”, la exclusión comprende a todo aquel que disiente, que se opone al modelo. Y hay un paralelismo entre el aumento de la Exclusión Social y el aumento de los delitos.

Robert Castel prefiere el término “Desafiliación” al de Exclusión, porque da mas posibilidades de revertir una situación. El término exclusión parece más pesimista, aunque hoy sea una realidad creciente en una sociedad como la nuestra donde el 20% se salva muy bien y el 80% es excluido total o parcialmente.

La violencia, el suicidio y las lesiones causadas por desastres, lo mismo que la Depresión, están a menudo relacionados con la misma constelación de factores sociales.

Sujetos afectados por el desempleo masivo y la precarización laboral, sin sostén por la caída de las protecciones de la modernidad, para muchos con el futuro con sello de lo aleatorio, advienen en esta metamorfosis social sin horizonte de futuro.

La proyección epidemiológica para el 2020 sitúa a la Depresión en el segundo lugar en el mundo, después de las enfermedades cardiovasculares, como causa de invalidación preponderante.

¿Es acaso una pandemia o la expresión de que la serie de concausas enunciadas, donde lo social, lo económico y las presiones (Estrés – Distrés) a la que es sometido el material humano llegan a extralimitarse?

No es casual, tampoco, que la muerte por causas violentas (accidentes y actos de violencia) constituyan hoy, la tercera causa de muerte en el mundo, después de las enfermedades cardiovasculares y el cáncer.

América Latina es también una de las regiones mas violentas del mundo, solo superada por Africa (subsahariana). En la Argentina, en las últimas décadas han aumentado en forma alarmante las muertes violentas y la violencia en general. Los mayores índices de violencia se registran en las zonas pobres urbanas, con falta de oportunidades laborales cronificada o, como gusta decir el DSM IV, que “persiste en el tiempo”.

La violencia que se vive en América Latina provoca un clima de inestabilidad social y crea un círculo vicioso que genera mas agresividad e impide el desarrollo.

La violencia como la salud, son productos sociales. Para entender la violencia es imprescindible una visión integradora que evite el reduccionismo (medicalista, psicologista). Por ello se habla de violencia social que es aquella violencia humana condicionada por la estructura social. violencia estructural que es la que se encuentra inserta en y actúa por estructuras sociales violentas.

Los grupos en riesgo psicosocial son los que están expuestos a contingencias capaces de producir daños o pérdidas biológicas, psicológicas y/o sociales debido a su vulnerabilidad frente a situaciones de crisis.

En el contexto de un incremento significativo de problemas sociales vinculados a la violencia (desocupación, marginalidad y exclusión sociales, vulnerabilidad de la familia y el individuo, ruptura de lazos solidarios, individualismo, injusticia, impunidad) afectan a la

Salud y la Salud Mental en particular, siendo necesario el cambio de un modelo de intervención.

Una nueva perspectiva estratégica puede contribuir a la organización de Redes Sociales y formas de respuesta efectiva.

La comprensión de la dinámica de la violencia en la sociedad y las formas de circulación de mecanismos que favorezcan la solidaridad, operan como factores de neutralización o de reducción de las bases sociales de la violencia.

La mediación, el fortalecimiento de redes sociales, la planificación estratégica, la gestión participativa, el “empowerment” y la profundización de los procesos de democratización vienen mostrando su potencialidad para enfrentar esta compleja problemática.

Se hace imposible comprender problemáticas individuales insertas en la violencia, sin comprender lo político social. La constitución de subjetividad se nutre de lo colectivo.

Por ende, el tratamiento debe ser: Remedial y Preventivo.

En lo primero, aplicar la ley en forma equitativa, sin impunidades contradictorias que sancionan al pobre e indultan o soslayan al poderoso.

En lo segundo, respetar los Derechos Humanos y Sociales, en la salud física y mental, en el trabajo y remuneración dignos, en el acceso a la educación, en la cultura, en la vivienda, en la justicia, en la solidaridad, con acciones que propendan al desarrollo de los pueblos con el sentido profundo de su valor, perdido entre el economicismo y el consumismo de un pretendido e irreal “Fin de la Historia”.

## **HISTORIA DE LA REPRESION INSTITUCIONAL EN LA REPUBLICA ARGENTINA**

Bombardeo a la plaza de mayo; 1955.

En el año 1955, cuando los militares destituyen a Perón, lo hacen bombardeando una manifestación de civiles convocados en nuestra famosa Plaza de Mayo para defender a un presidente legal.

De ese bombardeo a civiles hubo muchos testigos que, asomados a las ventanas sin darse cuenta del riesgo ni creer en lo que se desplegaba ante sus ojos, como una película americana de guerra - miraban asombrados como se ametrallaba desde los aviones a la multitud que huía despavorida.

Nunca se supo cuantos fueron los allí masacrados. Ni sus nombres. Ni donde fueron enterrados. Los militares se encargaron de hacer el trabajo de desinformación, acallando las averiguaciones o intentos de juicio y de protesta.

En realidad, las desapariciones quedaron impunes. No hubo investigación, y fueron borrados de los libros hechos tan brutales que, al ser escondidos al conocimiento de la gente, se repiten cada vez en peor escala.

También se borró de los libros de historia el fusilamiento de civiles y militares que defendieron el orden constitucional. "Decreto de pena de muerte masiva".

Ese fusilamiento fue firmado por el general Aramburu mientras Perón huía al Paraguay, en una cañonera de la marina fuerza que estaba atacando y dando muerte a sus mismos defensores.

Plan Conintes; 1960

Fue sancionada en 1948 por el entonces presidente, democrático, Juan Domingo Perón. Era un decreto de emergencia extralegal, anticonstitucional, que estableció la jurisdicción militar para los actos llamados "terroristas". Significa "Conmoción del Orden Interior".

Fue vuelto a poner en vigencia por presión militar el 13 de marzo de 1960, durante el gobierno constitucional del Dr. Arturo Frondizi.

Es decir, que en un gobierno constitucional, los militares se hacían cargo de los civiles opositores políticos y participante de huelgas obreras. La justicia civil pasa a depender de la justicia militar, ocasionando una serie de minigolpes y querellas entre civiles y militares.

Escribo textualmente: "Para colmo de males el panorama político-social se vio agravado por un estado represivo que aumento en intensidad, que ponía en duda el mismo sistema democrático en que se apoyaba " (Rouquie, Alain, "Poder militar y sociedad política en la Argentina").

Se prohibió la palabra Perón. Se hablaba del tirano prófugo. Había logrado concretarse el MOU (Movimiento Obrero Unificado).

Ya en 1958, el Boletín Reservado de Guerra Nº 3753 del año 1958, a quince años del Holocausto, del Juicio de Nuremberg, decía en algunos de sus pasajes:

"Sería trágico que en cumplimiento de una mala interpretación de la disciplina, nuestros soldados asesinaran a las mujeres, hombres y niños que lucharon heroicamente en contra de la dictadura..." (se refiere al gobierno constitucional de Perón)

Entonces, ¿que fue el asesinato de miles de manifestantes en Plaza de Mayo?

¿Ya estaba en ellos el proyecto de asesinato de niños y mujeres? Los militares lo tenían presente. Los políticos... ¿también?

1962:

Primera desaparición, sin conocimiento de destino, de dos dirigentes metalúrgicos. 1968

Noche de los bastones. Represión en la Universidad de Onganía.

1972

Son masacrados los presos políticos en la cárcel de Trelew a disposición de la Marina.

Entre ellos, una mujer embarazada de siete meses.

Podemos decir que desde 1955 a 1996 hemos tenido solo un gobierno democrático, realmente, que no quiso obedecer ordenes de los militares, y duro solo tres meses: el del Doctor Héctor J. Cámpora.

Tres meses sin presos políticos, sin estado de sitio, sin represión militar ni policial, con una justicia real, con un interés verdadero de desarrollo social.

Luego, la masacre de Ezeiza, 1973. Los criminales procedieron con impunidad total. Ni se investigo ni se castigo a los culpables, cuyos nombres y apellidos dieron a conocer las mismas FF.AA., autoras del crimen.

EZEIZA 1973

Cuando Perón y su mujer volvieron al país, un millón de personas habían concurrido a esperarlo en el aeropuerto de Ezeiza. Familias enteras, gentes de todas las clases sociales, esperan, tomando mate, la vuelta de un presidente constitucional, que había sido violentamente echado de su cargo, hacia ya 18 años.

Se pensaba y se sentía como un triunfo popular sobre las FF.AA., la jerarquía eclesiástica y el proyecto económico militarista. Todo fue una trampa.



Desde el palco oficial, el grupo de militares y civiles al mando del coronel Osinde tiraron con armas largas matando a los manifestantes. El coronel dirigió la masacre. De esta masacre jamás se dio información.

Periodistas hicieron investigaciones al respecto y llegaron a la conclusión de que todo estaba preparado desde hacia tiempo. La casualidad hace que este hecho se relacione con la masacre de Cañuelas, ocurrida tres años después, el 12 de Junio de 1976.

Fue en ese club S MATA donde se produce la quemazón de seis cuerpos, entre los que estaba el del doctor Santiago Bruschtein, padre de seis hijos, secuestrado el día anterior, el día 11 de Junio de 1976.

Fue en ese club donde se escondieron las armas que se utilizaron en la masacre de Ezeiza, nunca aclarada por la justicia de María Estela de Perón y Lopez Rega.

No hubo nombres, ni nunca nadie supo donde fueron enterrados los allí asesinados. Por relatos de compañeros del hospital de planta, y que recorrieron en ambulancias el lugar, se supo de cuerpos colgados de los árboles. De cuerpos de mujeres y niños. Todos NN. desaparecidos.

No fueron los primeros, tampoco serán los últimos en el país.

TRIPLE "A"

En el año 1974, la viuda de Perón y su ministro de Bienestar Social ensayaron cuatro métodos represivos con el fin de acallar las protestas de la población frente a una situación económica e institucional realmente degradada.

Los cuatro métodos puestos a prueba fueron:

- a) apresamientos masivos con tortura, sin asesinato
- b) asesinatos públicos

1-en los domicilios de las victimas.

El doctor Silvio Frondizi fue asesinado en su casa, lo mismo que el bebé del rector de la Facultad de Farmacia y Bioquímica, doctor Raul Laguzzi, además de habitantes de villas de emergencias o trabajadores.

2- En las calles.

Los asesinatos del padre Mujica, del doctor Ortega Peña, de Julio Troxler entre otros cientos de victimas. En esta espantosa situación se podía rendir homenaje a la víctima y hacer un acto político de su velatorio para que nadie lo olvide.

c) La desaparición de personas.

El antecedente histórico es la desaparición de dos dirigentes metalúrgicos ocurridas en 1962, que provoco gran perplejidad en la población.

d) Masacres a multitudes: Ezeiza.

En la época de María Estela de Perón y Lopez Rega, las desapariciones llegaron a seiscientas.

La primera fosa común que se descubrió buscando la desaparición de la primera desaparecida de la familia, la hija Aída Leonora Bruschtein Bonaparte, es obra de esta mujer, que no fue enjuiciada, ni condenada.

Quedara en la historia de nuestras instituciones como gobernante cruel y corrupta, respaldada siempre por los militares que en aquella época, con su anuencia, inventaron la Alianza Anticomunista Argentina -triple A-, a cuyo frente estaba su consejero, Lopez Rega.

El enlace entre la triple A, es decir la presidenta, y los militares, era la joven oficialidad del ejercito, que luego comandaría los grupos de tareas y regentearía los 365 campos de concentración.

El 24 de Marzo de 1976 la escalada represiva se intensifica y extiende sin límites: mujeres embarazadas, madres jóvenes y mayores, sus hijos e hijas, hombres y mujeres, sus padres, muchas veces familias enteras,... porque debía servir de escarmiento. Así se llega a la escalofriante cifra de 30.000 detenidos-desaparecidos.

El silencio fue cada vez mayor. La mentira de las FF.AA., la indiferencia de la jerarquía eclesiástica y la cobardía de algunos políticos llevo a ser desesperante.

## MALVINAS

La ultima represión masiva que hubo en nuestro país fue durante la guerra de las Malvinas. La única guerra.

En 1982 la represión había disminuido gracias a las presiones nacionales e internacionales. Un general borracho tuvo que inventar una guerra, porque los torturadores no pueden dejar de torturar.

En la guerra de las Malvinas se torturó a los soldaditos. Muchos de los que murieron lo hicieron a manos de sus superiores, los genocidas que hicieron desaparecer a 30.000 niños, mujeres y hombres.

Los mismos que luego se beneficiarían por la ley de "Obediencia Debida", a pesar de haber sido condenados en un juicio ejemplar, sin precedentes en la historia. Los nazis fueron juzgados por los aliados mientras el pueblo alemán miraba hacia otro lado.

La ley de "Obediencia Debida" fue sancionada durante el mandato del presidente Alfonsín, el mismo que posibilitó el "Nunca Mas".

Por toda esta historia, y por el análisis de la realidad nacional e internacional, es que proponemos la disolución de las FF.AA., autora durante años - e intensificados en la década del 70- de crímenes calificados como de "lesa humanidad".

Se propuso su disolución, previa declaración de sus crímenes a través de un nuevo juicio internacional, puesto que han sido muchos los miembros de otras nacionalidades que fueron desaparecidos y asesinados durante esta década. Entre ellos, cientos de españoles.

Se puede afirmar que en general las FF.AA. de todos los países, y a través de la historia, solo han conseguido un tratado genial sobre ajedrez, escrito por Clausewitz, donde los cuadros blancos y negros se concretizaron en la mente militarista, incapaz por siglos de simbolización, en campos de batalla.

## LA IMPUNIDAD

Las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final creadas por el presidente Alfonsín, sumados a los Indultos del presidente Menem, han iniciado el camino de la construcción de la impunidad.

Una impunidad que diluye el proyecto democrático, genera una escalada criminal incontenible, y da cobertura y recurso para la protección de la corrupción política en todos los estamentos de gobierno.

El poder que el presidente tiene para elegir los jueces define la injusticia. Hace ineficaz la existencia de los diferentes poderes: legislativo, además del judicial. a esto se agrega la intervención equivalente a órgano de estado de la jerarquía eclesiástica.

El efecto en la población es de impotencia y desesperanza. La vigencia de la injusticia social, la disminución brutal de la calidad en la educación y de la posibilidad de acceso a la misma, así como a la salud, hacen que debamos calificar a este plan económico como atrocemente despiadado y asesino.

Y en medio de este panorama, es imprescindible que nosotros sigamos reclamando la verdad, la justicia y la memoria.

El pueblo sigue exigiendo verdad, que significa conocer esta historia de represiones, necesitamos saber todo. Porque esto volverá, si los genocidas se mantienen en silencio, como lo han hecho hasta ahora, salvo impresionantes excepciones, unas diferentes de otras. Que hablen, cada quien como pueda. Queremos justicia, no el poder maligno que provoca la impunidad.

En esta generación ya no hay menores de 65 años. Esto quiere decir que estamos mas cerca de la muerte que naturalmente sobrevendrá... Naturalmente... ¿Con tanto silencio sobre el destino de nuestros hijos? Nunca será natural.

Se reclama el derecho a morir con el pleno conocimiento de la verdad.

Muchas de nosotros hemos sido testigos y hemos tenido conciencia de la escalada represiva.

A veces nos provoca sonrisas, otras asombro, por las respuestas a preguntas como: "¿Donde estabas vos cuando yo vivaba a Perón en la manifestación del 47?" "Visitando a mi padre, que estaba preso por defender la justicia", puede ser la contestación.

Y sin embargo, son esas diferencias que nos permiten reconstruir un pasado y transformar la anécdota en hecho.

Muchos de nosotros han sido protagonistas de movimientos políticos, estudiantiles y obreros, en la forma mas sencilla, de firmas de desplegados defendiendo la libertad de presos políticos y denunciando la represión a los trabajadores, o trabajando con las poblaciones mas carenciadas de las llamadas villas miseria.

En Línea Fundadora, hay madres con un pasado de actividad política-social, de lucha feminista y de trabajo profesional.

Tenian una identidad anterior a esta dolorosa, terrible, de madre de desaparecidos. Estaba embarazada de siete meses de un bebe menor, una hija, cuando veía volar sobre su casa, en Morón, ciudad sede de la base aérea, los aviones cargando las bombas.

“Recuerdo que tome a mis tres hijos,-cada uno se lleva 18 meses: 9 de embarazo, 9 de lactancia-, y nos metimos en nuestra casa, queriendo creer que una simple estructura iba a protegernos de las enormes bombas que trasladaban los aviones a la Plaza”.

Ustedes han pasado una guerra. Saben de eso. En la Argentina no hubo guerra. Siempre fue una represión a ciudadanas y ciudadanos sorprendidos por lo desmedido del ataque y totalmente indefensos.

Dice el ensayista argentino José Maria Pasquini Duran en su libro: "Por lo pronto el futuro es un Problema mundial. La guerra civil en la ex-Yugoslavia, entre bosnios, serbios y musulmanes, arraso con su brutalidad todo lo imaginario del terror, pero igual uno se queda con la sensación que tal vez mañana suceda algo peor".

Y mas adelante, agrega: "En los titulares de los diarios de hoy, cualquier lector atento encontrara rastros de las actividades de los tres mayores poderes de este tiempo:

narcotráfico, terrorismo étnico-religioso, y capital financiero-especulativo. Hay puntos de contacto entre ellos: el tráfico de armas, el blanqueo de capitales ilegales, la corrupción de los poderes públicos. ¿Que podría suceder si deciden darse recíprocas protecciones?”

La burocratización de los organismos de derechos humanos internacionales -nos referimos específicamente a las Naciones Unidas- demora las decisiones. Es la opinión general, compartida por otras madres.

Sería interesante que se pudiera vislumbrar otra manera de elegir los representantes de los Estados miembros. Cada vez mas, aumenta la importancia de las instancias internacionales de justicia y paz y toma de decisiones que tengan que ver con los derechos humanos.

Está la propuesta de que sean elegidos por el voto directo de los pueblos. Serán de esa manera representante de los Estados miembros, y no de los gobiernos de turno. Esto no significa anular las ONG, sino dar mas fuerza a las resoluciones, para que sean rápidas. Y, sobre todo, lleguen a tiempo.

Existe coincidencia en que las democracias son cada vez mas difíciles de concretar y difíciles de definir. En Latinoamérica, los terrorismos de estado y los gobiernos totalitarios, militares o no, han sido reemplazados por autoridades elegidos por el voto popular, que es una conquista democrática indiscutible.

Están muy lejos de ser dictaduras como las anteriores; pero, también, de ser definidas como democracias, por el excesivo poder de los presidentes (Poder Ejecutivo) sobre los otros poderes, como el legislativo y gran parte del judicial. En nuestro país, la independencia de poderes no se cumple. Por lo tanto, la imparcialidad se pierde y el autoritarismo amenaza.

La impunidad, heredera de las leyes de "punto final" y "obediencia debida", más los indultos, han dejado marcada a una población inerme ante la amenaza que representan los criminales por las calles.

Las ejecuciones extrajudiciales y los abusos de autoridad, asesinatos en cárceles y cuarteles (caso Omar Carrasco), si bien no es práctica corriente, han sido realizados por individuos que han pertenecido a grupos de tareas de la dictadura anterior, o participan de su ideología. La corrupción no solo reina en el poder, sino que la violencia se ha instaurado en la población, donde tener poder sobre otros significa humillar y maltratar al que no lo tiene. Aun que este poder sea ilusorio.

Se ha sostenido que jamás pedirían la pena de muerte, aun cuando estas sean para condenar a los asesinos de nuestros hijos.

Debe haber un juicio y una condena ejemplar y pública. Se que esta afirmación se ha interpretado como una debilidad, como una claudicación.

Pero nadie podrá comprender jamás todo el esfuerzo que hemos tenido que hacer con nosotros mismas para no convertirnos, nosotros, en asesinos bajo el pretexto de la venganza.

Matar resulta fácil cuando se quiere hacerlo. Lo difícil, lo increíblemente difícil, es dejar con vida al genocida, y se está pensando en la tentación de la pena de muerte que surge cuando una ve a un genocida suelto.

Frente a esta insolencia de los cobardes no hay mas remedio que ser fuerte por todos los tiempos en que pueda conjugarse los verbos, vivir, gozar, conocer, saber.

La justicia debe ser nuestra, para poder pensar en un futuro que nos permita sonar un mundo mejor.



Una justicia acompañada de la verdad para que el genocidio no se transforme en un mito, en una triste leyenda, como todos los genocidios de nuestra historia, sino en una memoria de hechos reales. Algunos recuerdan que parieron y dieron de mamar a sus hijas e hijos, lo mismo que las otras madres.

Una memoria que tenga en cuenta el Holocausto y las desapariciones como el abismo de crueldad inenarrable, cometidas por seres que tenían todo el poder de vida y muerte sobre niños, mujeres y hombres inermes, y eligieron darles la muerte.

## LA IGLESIA

En la Argentina, país de contradicciones, sería extraño que la iglesia permaneciera fuera de estas.

Para el común de la gente, la iglesia, católica, más bien su jerarquía eclesiástica, está dividida entre la voracidad económica y paranoica, y los que abogan con espíritu cristiano y con valentía por dos deudas que tienen para con la sociedad: decir la verdad sobre la masacre al pueblo argentino, de la que fueron cómplices Y estar al lado de los miserables, los que padecemos miseria, y no del lado de la corrupción política y económica.

Respecto a la primera situación, el episcopado adujo "falta de tiempo" para concretar el examen de conciencia que los propios obispos habían prometido por la complicidad de la iglesia en la desaparición de personas en la década del 70.

Existe la esperanza que la jerarquía eclesiástica reconozca sus culpas y responsabilidades durante el tiempo de la violación sistemática de los derechos humanos.

Después de todo, la jerarquía debe tomar conciencia que este presente no es el de la edad media, sino que estamos a las puertas del siglo XXI. En relación a la situación de extrema

pobreza que vive nuestro país, queremos repetir las palabras del obispo de Humahuaca, Pedro Olmedo: "Soy pacífico, este pueblo es pacífico. pero la situación no da para mas", mientras se sumaba a la manifestación de protesta por el pago con bonos a los pocos trabajadores que quedan, bonos que no tienen valor para los bancos.

El obispo emérito de Viedma, Miguel Hesayne, solidario con las madres desde siempre, declaró que "no puede ser cristiano quien impulsa un sistema que, según su parecer, es anticristiano".

## INDULTOS

Sigmund Freud: "El malestar en la cultura":

"La sustitución del poderío individual por la comunidad representa el paso decisivo hacia la cultura"

"El primer requisito cultural es el de la justicia, o sea la seguridad de que el orden jurídico, una vez establecido, ya no será violado a favor de un individuo, sin que esto implique un pronunciamiento sobre el valor ético de semejante derecho".

Todo delito es castigado en la dimensión de su gravedad en toda sociedad organizada. La pena varía según las culturas. Pero aun en aquellas que llamamos primitivas ningún delito queda impune.

La justicia es estructurante en una sociedad, e instauro, funda la cultura de la misma. No es concebible un grupo de personas que no hayan discutido y creado su propia justicia y las condiciones que deben reunir los jueces para poder administrarla.

Todo lo que existe se califica de "bueno" o "malo" de acuerdo con las leyes que infligen el castigo. Las penas califican el delito. Y su intensidad, la maldad de este. Si el crimen no es castigado, la sociedad lo absorbe como acto que el poder aprueba.

Esta arbitrariedad, que es en definitiva una definición de la justicia que impera en ese lugar, genera corrupción. Y el peligro latente de la repetición de esos crímenes.

En nuestra Constitución figura el indulto como una facultad excepcional que se le otorga al Presidente de la Nación. Cuando el indulto se transforma en rutina o en trámite burocrático, al perder la calidad de excepción pierde la calidad de constitucional, de "gracia".

Se transforma en una violación del principio de excepcionalidad por el cual fue propuesto. En un reforzador del narcisismo presidencial y en instrumento del autoritarismo.

Los indultos, como moneda de cambio en política, generan impunidad. El delito ya no necesita ni calificarse ni definirse. El acento se pone en el que viola la ley. Esa que el resto de la población debe acatar.

Si tiene poder, como en el caso argentino con los genocidas indultados, el indulto viene rápido. El Presidente de la Nación pasa, a partir de ese momento, de la categoría democrático [elegido por votación] al déspota que decide sobre el destino del resto de los habitantes.

Al liberar a autores de crímenes gravísimos entre una multitud de ciudadanas y ciudadanos -muchos de ellos sobrevivientes de los mismos campos de concentración y testimoniantes de las atrocidades cometidas por las FF.AA. en complicidad con la jerarquía eclesiástica- implanta la ilusión perversa de que cualquier cosa es posible.

Aun el crimen, siempre que sea desde el poder. Los ideales políticos, religiosos, y los principios éticos, se diluyen, y surge en un primer plano el único objetivo de la política: el poder por el poder mismo.

Surge una nueva modalidad. Lo justo pasa a ser el silencio. Que no se hable del delito. Acallar las voces que denuncian. Poner en la justicia a los "amigos". El poder pasa a ser amoral.

Habla de cosas a los humanos que son del ámbito de los dioses, como es el perdón. Hay trastocamiento del lenguaje. Por ejemplo, el asesinato pasa a llamarse "exceso" y la represión, "guerra sucia".

El delito no es importante, puesto que sus autores quedan en libertad transitando entre personas que si estamos sometidas a leyes escritas. Y la institución autora de esos crímenes, no solo no es disuelta, sino que sigue como si no hubiera pasado nada: sin sanción oficial, pero también sin sanción moral de la sociedad.

## **VIOLENCIA EN EL ÁMBITO LABORAL**

### **ACOSO MORAL**

Se entiende por acoso moral la manifestación permanente y sublimada de una conducta abusiva y especialmente de desgaste psicológico, que incluye comportamientos, palabras, actos, gestos y escritos que puedan atentar contra la personalidad, la dignidad o la integridad física o psíquica de un individuo.

Se trata de un fenómeno circular, de una serie de comportamientos deliberados por parte del agresor que están destinados a desencadenar la ansiedad en la víctima, lo que provoca en ella una actitud defensiva que a su vez genera nuevas tensiones.

El primer acto del agresor consiste en paralizar a su víctima para que no pueda defenderse, de modo que por mucho que ésta intente comprender qué ocurre, no tiene herramientas para hacerlo. La víctima no se da cuenta de esta manipulación perversa y no reacciona como lo haría en un proceso normal y corriente. Mediante un proceso de acoso moral, o de maltrato psicológico, un individuo puede hacer pedazos a otro. La perversidad no proviene de un trastorno psíquico o psicológico, sino que de una fría racionalidad que se combina con la incapacidad de considerar a los demás como seres humanos de igual a igual.

Cada una de las personas puede utilizar puntualmente un proceso perverso. Esto sólo se vuelve destructor con la frecuencia y la repetición a lo largo del tiempo. Un individuo perverso es permanentemente perverso. Se encuentra fijado a ese modo de ser, de relacionarse con el otro y no se pone en tela de juicio a sí mismo jamás. Respetar al otro supondría considerarlo en tanto que ser humano y reconocer el sufrimiento que se le aflige.

Estos individuos necesitan rebajar a los demás para adquirir autoestima y mediante esta, adquirir poder, pues están necesitados de admiración y aprobación.

El agresor suele engrandecerse a costa de rebajar a los demás y evitar cualquier conflicto interior al descargar sobre el otro la responsabilidad de lo que no funciona. Las técnicas perversas utilizadas son rechazar la comunicación directa, descalificar, desacreditar, aislar e inducir a error. La negación de la comunicación directa es el arma principal de los perversos. El acosador es frío y malvado pero no de una forma ostensible que pudiera traerle problemas, sino que simplemente hace uso de pequeños retoques desestabilizadores que son difíciles de identificar. Suele utilizar técnicas de desestabilización como las insinuaciones, las alusiones malintencionadas, la mentira y las humillaciones. Por medio de estos métodos y palabras aparentemente anodinas y de cosas que no se dicen, es posible desestabilizar a alguien o incluso destruirlo sin que su círculo de allegados se percate de ello y puedan llegar a intervenir.

Las víctimas, al principio y contrariamente a lo que los agresores pretenden hacer creer, no son personas afectadas de alguna patología o particularmente débiles. Al contrario, el acoso empieza cuando una víctima reacciona contra el autoritarismo de la otra parte y no se deja avasallar. El acoso se hace posible porque viene precedido de una descalificación de la víctima por parte del perverso. Esta depreciación de la víctima justifica posteriormente la crueldad que se ha ejercido contra ella y conduce a pensar que se merece lo que le ocurre. Cuando un proceso de acosos se instaura, la víctima es estigmatizada. Se dice que el trato con ella es imposible, que tiene mal carácter o que está loca. Se considera que su manera de ser es la responsable de las consecuencias del conflicto, y la gente se olvida de cómo era antes o de cómo es en otros contextos.

Una vez que la víctima se saca de las casillas, no es extraño que se convierta en lo que se pretende convertirla. Para que esto resulte creíble, hay que descalificar al otro con el fin de empujarlo a comportarse de un modo reprehensible.

La violencia perversa puede darse en cualquier ámbito de nuestra vida, puede darse en la pareja, en la familia, en el ámbito laboral, etc. Aunque se trate de contextos distintos el funcionamiento es similar. El punto común de todas las situaciones de acoso moral es que son indecibles. Se trata de una violencia probada, aunque se mantenga oculta, que tiende a atacar la identidad del otro y a privarlo de toda individualidad. La violencia perversa aparece en momentos de crisis, cuando un individuo que tiene defensas perversas no puede asumir la responsabilidad de una elección difícil. Se trata de una violencia indirecta que se ejerce esencialmente a través de una falta de respeto.

Los procedimientos perversos aparecen con mucha frecuencia en los casos de separación y divorcio. Otras veces, el acoso es suscitado por sentimientos de envidia de alguien que posee algo que los demás no tienen. En la vida cotidiana, las personas no se atreven a hablar de perversidad. Corresponde a un juicio de valor. Nombrar la perversidad es grave. La mayoría de las veces se reserva este término para actos de gran crueldad. Dejar de nombrar la perversidad es un acto todavía más grave, pues supone tolerar que la víctima permanezca indefensa, que sea agredida y que se le pueda agredir a voluntad. Parece como si la sociedad no percibiera esa forma de violencia indirecta. Con el pretexto de la tolerancia las personas se vuelven indulgentes ante ciertos ataques de perversidad. El contexto sociocultural actual permite que la perversión se desarrolle porque la tolera.

No se trata de procesar a los perversos, los cuales ya se defienden bien por sí solos, sino de tener en cuenta su nocividad y su peligrosidad con el fin de que las víctimas puedan defenderse mejor.

Este fenómeno se está estudiando en muchos países. La manipulación perversa genera trastornos graves tanto en niños como en adultos. Los métodos terapéuticos clásicos no son suficientes para ayudar a estas víctimas. Son necesarias herramientas más adaptadas que tengan en cuenta la especificidad de la agresión perversa.

Quizá no se escucha a las víctimas cuando solicitan ayuda. Es necesaria la intervención de un interlocutor válido. No han de considerarse responsables de la agresión que padecen ni han de pensar que lo han buscado ó merecido inconscientemente.

Cuando la víctima acude a una psicoterapia individual, lo hace por otras razones, alegando inhibiciones, falta de confianza en sí misma, incapacidad para tomar decisiones, ansiedad, por un estado depresivo permanente resistente a los antidepresivos. La víctima se puede quejar de su compañero ó de su círculo de relaciones, pero no suele tener conciencia de la existencia de esta terrible violencia subterránea y no se atreve a quejarse de ella. Es difícil entonces, incluso para el terapeuta, ver que se trata de una situación de acoso moral.

El acoso moral – Sutiles formas de maltrato en la empresa

El “acoso moral”, bautizado por la psiquiatra y psicoanalista Marie-France Hirigoyen, es un problema que millones de trabajadores sufren diariamente en sus lugares de trabajo. Se trata, según su propia definición, de “procedimientos abusivos, palabras ó sobreentendidos, gestos y miradas que, por su frecuencia y sistematización, afectan la integridad psíquica ó física de una persona”.

El acoso moral proviene de individuos con características perversas. La perversión puede adoptar distintas formas y representaciones. Una de las más comunes es la sexual. Pero en el acoso moral se trata de la utilización de la víctima como un objeto destinado a satisfacer la propia necesidad de ejercicio del poder.



El acosador moral es una persona con características narcisistas, cuya perversión no llega a derivar en enfermedades mentales de la gravedad de una persona psicótica. Por el contrario, suelen desarrollarse exitosamente en su carrera profesional mediante una gran ausencia de escrúpulos, que les facilita el abuso a las personas que les rodean, especialmente a aquellas que se encuentran en un lugar de subordinación.

Y sus estrategias abusivas suelen pasar desapercibidas para quienes están afuera del círculo víctima/ victimario porque, por un lado, el abusador narcisista desarrolla una gran habilidad para “mentir y falsificar con gran aplomo”, como explica Hirigoyen, mientras que las víctimas suelen refugiarse en el silencio, por temor ó por vergüenza.

Si bien Irigoyen advierte que cualquiera puede ser víctima de un perverso, y que no existe un perfil determinado que se predisponga a ocupar el rol de víctima, sí puede observarse que las víctimas frecuentemente son personas con una baja autoestima. Por eso muestran frágiles ante acusaciones del tipo “eres un inútil”, “esto está hecho mal”, “no puedes hacer nada bien”, etcétera.

Víctima y victimario: ¿perfiles que confluyen?

El círculo víctima/ victimario se cierra entre aun persona que se niega a asumir las culpas de sus propios errores y fracasos, y otra que asume demasiado rápidamente culpas que no necesariamente le pertenecen. Ó que, en última instancia, jamás acreditan un status tal que justifique el maltrato y la humillación.

Cuando una persona no cumple con eficacia las funciones que le son asignadas, la empresa, a través de sus niveles de supervisión y, eventualmente con la intervención de su área de recursos humanos, debe implementar las medidas que se desprenden de las evaluaciones periódicas: un coaching adecuado para ayudar a la persona a mejorar su rendimiento, una reasignación de funciones y, en última instancia, un despido. Por el trato indigno y

deshumanizante siempre debe ser visto y evaluado como una falta grave de parte de quien lo practica como forma de ejercicio de la autoridad.

¿Cómo debe actuar una persona cuando cae en las redes de un abusador moral? Lo primero es reconocer que suele ser una situación bastante compleja, en la que las distintas posiciones que ocupan él ó ella, dentro de la estructura jerárquica de la organización, con respecto al supervisor abusador, lo coloca en una situación de desventaja inicial.

En primer lugar, porque tiene menos facilitado el acceso a los niveles superiores en la escala jerárquica. Y en segundo lugar, porque el abusador tiene tener gran facilidad para mostrar distintos rostros: uno en la soledad del encuentro con su víctima, y otro diferente frente a la mirada de terceros.

Ayuda externa para salir del círculo

Es importante reconocer, en esta instancia, la necesidad de ayuda porque, como observa Hirigoyen, “cuando alguien está en una posición de víctima, está bajo el dominio de otro y pierde la noción de normalidad”. Pero no suele ser una buena estrategia involucrar a sus pares en una suerte de “cruzada solidaria”, porque éstas derivan, rápidamente en un enrarecimiento del clima de trabajo, que terminará favoreciendo negativamente la búsqueda de una solución. Y lo más probable es que la víctima sea percibida como una persona que “genera ruido”.

La familia y los amigos más íntimos son el principal apoyo en estas situaciones. Pero también apoyos psicológicos y legales pueden ser importantes. Si bien el acoso moral adopta formas muy sutiles y disimuladas, que hacen muy difícil reunir “pruebas” en el más estricto sentido jurídico del término, puede ser importante, cuando una persona reconoce que ha caído en las redes de un abusador, comenzar a tomar nota en un cuaderno de cada agresión, cada insulto, cada mensaje humillante de la que es víctima.

Entonces, si toda la “evidencia” acumulada no logra convencer ó conmover a quienes tienen la responsabilidad dentro de la empresa de encontrar una solución, eventualmente podrá ser información de valor en manos de un buen abogado. Pero si la solución no llega en ninguna de estas instancias, es importante reconocerlo y no persistir luchando contra molinos de viento. El legítimo anhelo de reparación moral, como advierte Hirigoyen, puede ser “totalmente ilusorio”.

Y las consecuencias de no salirse a tiempo de una situación de estas características pueden, a largo plazo, ser muy dañinas. “El acoso – dice Hirigoyen – puede producir enfermedades psicosomáticas, estrés y depresión, pero también la humillación puede, a largo plazo, generar estrés postraumático como el que sufren las víctimas de atentados, agresiones ó de violaciones”.

#### La violencia en el trabajo

La OIT preparó un informe sobre este tema llamado “Violence at Work”, del cual surgieron conclusiones reveladoras.

Los brotes de violencia que se producen en los lugares de trabajo de todo el mundo permiten concluir que este problema rebasa en efecto las fronteras de los países, los ámbitos de trabajo ó cualesquiera categorías profesionales. En algunos lugares de trabajo y ocupaciones, como los taxistas, el personal de los servicios sanitarios, el personal docente, los trabajadores sociales, el servicio doméstico en países extranjeros, el trabajo solitario, sobre todo en los turnos de la noche, existe un grado de riesgo ante la violencia mucho mayor que el correspondiente a otros ámbitos u ocupaciones.

Dicho riesgo es considerablemente mayor para las mujeres, dado que se concentran en las ocupaciones más expuestas, como la enseñanza, el trabajo social, la enfermería y el comercio minorista. Tanto los trabajadores como los empleadores reconocen cada vez más

que las agresiones psicológicas son una forma grave de violencia. La violencia psicológica incluye amedrentamiento de grupo ó “mobbing”, es decir, la intimidación y el hostigamiento psicológico colectivos.

### Violencia Psicológica

En los últimos años, se han conocido nuevos antecedentes que demuestran las consecuencias y daños resultantes de la violencia no física, que suele denominarse “violencia psicológica”. En esta quedan comprendidos los siguientes comportamientos:

#### Amedrentamiento:

El amedrentamiento en el lugar de trabajo está siendo citado con mucha frecuencia en las quejas sobre violencia laboral. Se trata de todo comportamiento ofensivo de un miembro del personal que, mediante actos revanchistas, crueles, malintencionados ó humillantes, busque debilitar la condición de otro trabajador ó un grupo de trabajadores. Concretamente, puede tratarse, de:

- Crear dificultades cotidianas a toda persona que pueda desempeñar mejor las funciones profesionales del “amedrentador”,

- Alzar la voz ó gritar sistemáticamente al dar instrucciones al personal subalterno.

- Imponer el “amedrentador” sus puntos de vista como única manera correcta de realizar las tareas.

- Negarse a delegar responsabilidades argumentando que nadie merece su confianza.

- Mortificar a otros miembros del personal con críticas negativas incesantes ó privar de responsabilidades a los trabajadores que muestren grandes competencias ó aptitudes profesionales.

#### Intimidación y hostigamiento colectivo:

Es un problema que se agrava cada vez más. Es la práctica conocida como “mobbing” ó intimidación y hostigamiento psicológico que un grupo de trabajadores ejerce sobre otro trabajador que convierten en blanco de su hostilidad. Entre las formas que reviste este comportamiento figuran, por ejemplo: la repetición de comentarios negativos sobre una persona ó las críticas incesantes en su contra; “hacer el vacío” a un trabajador, desalentando todo su contacto social con éste; ó la propagación de chismes ó de información falsa acerca de la persona que se quiere perjudicar. Se ha estimado que el hostigamiento psicológico es un factor coadyuvante en 10 a 15 % de los suicidios en Suecia.

Los nuevos modelos de análisis de la violencia en el trabajo se ponen en un pié de igualdad sus manifestaciones físicas y las psicológicas, y se reconoce plenamente la importancia que tienen los actos de violencia menos graves.

Se reconoce al investigador sueco Heinz Leymann como el primero en acuñar el término “mobbing”, que en castellano se conoce como acoso psicológico en el trabajo, hostigamiento laboral ó psicoterror.

Consiste en una sucesión de episodios de maltrato psicológico en el ambiente laboral por parte de una persona (habitualmente un superior jerárquico) ó varias, durante un período continuado (varios meses). El objeto es aniquilar a la víctima, a la que considera una amenaza porque se destaca. No hay maltrato físico; sólo existe ataque psicológico: insultos y críticas sistemáticas a todo su trabajo. También se ataca la reputación personal mediante calumnias y rumores falsos con vistas a eliminar a esa persona del puesto que ocupa, acabando con su resistencia psicológica.

Según Iñaki Piñuel, profesor titular del Departamento de Ciencias Empresariales de la Universidad de Alcalá de Henares, las víctimas suelen ser profesionales brillantes que

despiertan admiración entre sus compañeros, bien considerados dentro de la organización. Por eso despiertan celos en los mediocres.

Para que un comportamiento de agresión psicológica sea considerado como mobbing requiere que el acosador (el jefe ó un compañero con poder en la empresa) siga una pauta concreta: lanzan ataques directos – critican el trabajo del/ la acosado/ a de forma injustificada – y, sobre todo, indirectos – hablan mal de el/ ella en el ámbito personal y profesional.

Los expertos tienen registradas hasta 45 formas distintas de ejercer el hostigamiento: desde no hablar a la víctima (se la hace “invisible”), no adjudicarle trabajo ó darle más del que puede realizar, hasta ridiculizar su aspecto ó hacer circular calumnias sobre su vida privada.

Para que sea efectivo, se requiere:

Los ataques se producen en privado ó ante “testigos mudos”.

La víctima desarrolla un sentido de culpabilidad a fuerza de ser atacada en su quehacer diario, que es el origen de las somatizaciones: insomnio, ansiedad, alteraciones fisiológicas, etc.

Nadie quiere declarar a favor de la víctima por miedo a ser objetivos futuros. El acosado se encuentra en una situación de abandono que lo aboca a tomar bajas laborales cada vez más continuadas.

La Administración y las empresas públicas son territorios proclives. Las organizaciones cerradas y muy reglamentadas – hospitales, escuelas, ejército, - son propicias al acoso institucional según el profesor González de Rivera, catedrático de Psiquiatría y Psicología Médica y director del Instituto de Psicoterapia e Investigación Psicosomática: el elemento innovador ó distinto es percibido como una amenaza a la colectividad.

Según el profesor González de Rivera, la persona acosada pasa por varias fases:

- 1) Fase Inicial del Desconcierto: el trabajador acosado no entiende lo que ocurra, no puede creer lo que está pasando. Le niegan el saludo al llegar al trabajo, le suspenden de improviso una reunión, le dan más trabajo que el que puede realizar ó le deniegan un permiso que le corresponde.
- 2) Período de Auto-Recriminación: percibe que no le hacen caso, que el jefe no lo recibe ó que los argumentos que expone se tergiversan para dejarlo en peor situación. Se produce una pérdida de la confianza en sí mismo, disminuyendo su autoestima, por lo que comienza a cometer errores, decae su interés por el trabajo, incumple sus obligaciones y estalla emocionalmente.
- 3) Fase de Rebeldía: que puede oscilar entre la depresión y la rebelión, llegando incluso a la agresividad. En ocasiones, realiza una huida hacia delante y se esfuerza más en un intento desesperado de demostrar su valía a sí mismo y a los demás.
- 4) Estado depresivo: No se debe olvidar que uno de los rasgos de la persona acosada es su interés por el trabajo, por lo que sufre enormemente cuando no puede desarrollar su labor ó cuando no se valora lo que está haciendo.

Cuando nos encontramos con una situación de acoso laboral, la doctora Sánchez Carazo, Vicepresidenta de la Asociación Moral en el Trabajo (Acoso-SOS-Mobbing) recomienda notificarlo al Delegado de Prevención de Riesgos Laborales, así como interponer una denuncia ante los Servicios de Salud Laboral. También puede denunciarse a la Inspección de Trabajo.

## Repercusiones en la Salud

El daño psicológico resulta evidente: desde la irritabilidad y ansiedad hasta estrés postraumático (ataques de pánico, ansiedad, hipervigilancia, sueños repetitivos, insomnio, etc.).

Los daños fisiológicos han sido valorados por Elisa Boberg, técnico de Prevención de Riesgos Laborales:

La tensión emocional aumenta el riesgo de infarto de miocardio.

Subidas bruscas de tensión, con riesgo de accidente vascular.

Agravamiento de diabetes.

Reduce la producción de andrógenos y estrógenos, así como el interés sexual.

Inhibe el sistema inmune, lo que puede propiciar el desarrollo de enfermedades como el cáncer.

Estimula comportamientos poco saludables: tabaco, alcohol, anorexia.

Perfiles

En una situación de acoso laboral se enfrentan dos personalidades (acosador y acosado) que presentan unos rasgos bien definidos.

Acosador:

Presenta tres posibles perfiles:

Trastorno narcisista de la personalidad: Tiene un concepto absolutamente inflado de sí mismo y cuando se encuentra ante personas que de verdad valen mucho, se ve confrontado con su realidad, percibe una amenaza enorme y piensa que tiene que eliminar a esa persona

Psicópatas organizacionales: Son personas con una enorme capacidad de seducción; no tienen norma moral y sólo consideran lo que les beneficia ó les perjudica. Si un competidor les hace sombra, no dudan en “cargárselo”.



Trastorno paranoide de la personalidad: Vive permanentemente a la defensiva pues piensa que todos están contra él y quieren su puesto: por eso actúa contra los brillantes, contra los que no aceptan ser manipulados, contra los que lideran a sus compañeros.

Acosado:

Suele ser una persona a la que le gusta trabajar y rendir. Durante años, su actividad ha sido notablemente buena y, de repente, cae porque el acosador deja de darle trabajo con el fin de desprestigiarle.

Aunque son personas brillantes, suelen ser confiados, piensan que todo el mundo es bueno, van por la vida con el corazón abierto. Frente a un psicópata organizacional, un paranoico ó un narcisista son carne de cañón.

El trabajo solitario

En todo el mundo se observa un aumento del número de personas que trabajan por sí solos, fenómeno originado por la creciente automatización de los procesos de trabajo, la subcontratación de tareas, el teletrabajo, el trabajo en redes y las nuevas formas de empleo independiente. El trabajo individual no es necesariamente más peligroso que otras formas de empleo, pero en efecto pone a los trabajadores en situaciones de vulnerabilidad particular. Así ocurre, por ejemplo con:

Las personas que trabajan solas en pequeñas tiendas, estaciones de servicios y kioscos. Estos trabajadores suelen ser considerados “blancos fáciles” por los delincuentes. Quienes trabajan solos fuera de los horarios habituales: el personal de limpieza, mantenimiento y reparaciones; está particularmente expuesto al riesgo de agresiones físicas.

Los conductores de taxi, categoría de trabajadores individuales, es sobradamente la más expuesta a la violencia. Los turnos de noche son los más peligrosos para los

choferes, así como para otras profesiones, y la ebriedad de los clientes es un factor que favorece y precipita los actos de violencia.

#### El caso del estrés

El ser humano se encuentra constantemente sometido a fuertes influencias externas. Estas influencias ó “factores psicosociales condicionantes”, cuando son negativas comprometen su salud psicofísica y alteran su dinámica social, profesional y laboral, en forma temporal y a veces por periodos prolongados que obligan a licencias ó reconstrucción ó reingeniería psicológica.

La medicina ha incorporado el término estrés para designar ese desajuste que se produce entre el individuo y su entorno.

Las presiones sociales y profesionales, el aumento de responsabilidades, etc., pueden someter al individuo a una gran sobrecarga psicofísica que obliga al organismo a poner en marcha sus mecanismos biológicos y fisiológicos para la adaptación y defensa de las agresiones de este entorno.

Si esas respuestas no son adecuadas y las demandas del medio son excesivas, intensas y/ ó prolongadas en el tiempo y superan la capacidad de resistencia y adaptación del sujeto, se llega a la situación de estrés.

Sin embargo, en todas las actividades existe siempre un nivel de estrés que forma parte de la vida, y que incluso resulta indispensable para el desarrollo, el funcionamiento del organismo y la adaptación al medio, actuando como factor de motivaciones para vencer y superar obstáculos. Pero si ese nivel es superado por un estrés muy intenso ó prolongado que excede el umbral óptimo de adaptación de un sujeto, se vence su resistencia y el organismo se agota provocando las llamadas enfermedades de adaptación de Hans Selye ó enfermedades del estrés.

El estrés es entonces, la reacción de un sujeto a las agresiones sociales, psicológicas ó profesionales de su entorno.

En el ámbito laboral, ese desajuste que se produce entre las exigencias y la respuesta adaptativa del trabajador ubica al estrés como una enfermedad profesional ó laboral. La repercusión del estrés laboral sobre la salud psicofísica del trabajador alcanza una magnitud tal que puede llegar hasta incapacitarlo física y psíquicamente en forma permanente e irreversible.

Estos conceptos involucran la interacción del organismo con el medio en el que nos desenvolvemos. El estrés es una inadaptación, un desequilibrio entre nuestras necesidades y nuestras potencialidades, entre lo que el ambiente ofrece y lo que el organismo exige.

El estrés se presenta así entonces como una consecuencia del deterioro de las condiciones adecuadas psicológicas, económicas y sociales del trabajo.

Se citan alguna de las causas que provocan el estrés:

Sobrecarga de trabajo: La actual situación económica lleva a que el ser humano deba abarcar cada vez más tareas, a veces de mayor complejidad que aquella para la que se encuentra capacitado, por lo que, al superar los límites de su propia eficacia, provocan una mayor tensión y fatiga psíquica. Su actividad se sobrecarga en una forma sostenida y prolongada en el tiempo, sin pausa, sometiéndolo a una fuerte presión y esto requiere de una mayor exigencia intelectual, atención ó de toma de decisiones de urgencia en muy escaso tiempo.

Mayores niveles de responsabilidades de toma de decisiones: Es el estrés frecuente, en quienes ocupan cargos jerárquicos ó de dirección y mando, que implican la responsabilidad por la actividad ó las decisiones de otros profesionales. Es el caso de

un jefe de servicio ó de un equipo, etc. Sobre quienes se centra la responsabilidad del acto.

Alteración de ritmos biológicos: En los trabajos nocturnos, al alterarse los ritmos del sueño, el organismo demanda de un alto esfuerzo adaptativo, produciendo disminución en la concentración, trastornos del sueño, fatiga, etc.

Condiciones de trabajo inadecuadas: A la falta de recursos humanos y tecnológicos, no acordes con los requerimientos y exigencias del actual desarrollo científico, se suma la inobservancia de las elementales normas de condiciones de bioseguridad, que exponen al ser humano a sufrir accidentes, que incrementan sus temores.

El conflicto de roles y valores éticos: Se produce como resultado de la contradicción entre los propios valores y las órdenes que debe cumplir de sus superiores en la empresa. Esto sucede cuando el dependiente trata de respetar sus propios valores que entran en contradicción con los intereses empresarios, lo que puede violentar la libertad moral y las convicciones personales.

De igual modo, la permanente frustración, insatisfacción ó angustia que origina la carencia de recursos económicos para el desarrollo de la calidad de vida.

En el plano del desorden de conducta, la enorme presión emocional y psicológica, hace que las personas, ante la imposibilidad de modificar el estrés, busquen como válvula de escape adicciones diversas, como asimismo el consumo de analgésicos, estimulantes, etc. Investigaciones realizadas señalan la vinculación entre la actividad laboral ó profesional y esas adicciones, depresiones e incluso conductas suicidas.

Es más, en el ámbito laboral, las alteraciones producidas asociadas a la fatiga precoz para el esfuerzo tanto como mental, además de producir una disminución del rendimiento laboral,

predisponen al trabajador a sufrir accidentes inexplicables y repetitivos (individuos accidentógenos), que dan lugar a reparación en sí mismos.

Cabe recordar, que el estrés es entonces el efecto ó consecuencia del sistema, es decir, el resultado de las condiciones laborales y presiones ejercidas por las estructuras de estas organizaciones empresariales, en la que se configuran situaciones muy similares a la coacción, a la violencia, y que al afectar sustancialmente la libertad e intención del dependiente, le hace emprender actos que pueden resultar dañosos, e incluso para sí mismo. El estrés expresa un desajuste que se produce entre el ser humano y su entorno que, al someterlo a una sobreexigencia psicofísica, vence su umbral de resistencia y ocasiona fallas de las defensas psíquicas. Ello ubica al estrés como un fenómeno eminentemente psicológico, económico y social, y no sólo individual.

#### Causas y costos de la violencia en el lugar de trabajo

Se indica que la violencia en el lugar de trabajo se deriva de una combinación de causas, relativas a la personas, el medio ambiente y las condiciones de trabajo; así como a las formas de interacción entre los propios trabajadores, entre los clientes y los trabajadores y entre éstos y los empleadores.

Asimismo, los actos de violencia provocan una alteración inmediata y a menudo duradera de las relaciones interpersonales, la organización del trabajo y el entorno laboral conjunto. En los empleadores recae el costo directo del trabajo perdido y de la necesidad de mejorar las medidas de seguridad. Entre los costos indirectos se pueden citar la menor eficiencia y productividad, la reducción de la calidad de los productos, la pérdida de prestigio de la empresa y la disminución del número de clientes.

Los que miran con recelo, los que elevan su voz más de lo saludable, los que niegan la información necesaria de mal modo, los que encuentran que todo trabajo es defectuoso, los

que propagan chismes, los que no confían en los demás. Todos ellos forman parte de la misma fauna laboral que parece reproducirse y mutar hacia formas más violentas.

El informe de la OIT “Violence at Work”, revela exhaustivamente el aumento de la violencia en los lugares de trabajo en la mayor parte del mundo, siendo especialmente indicado la violencia no física ó psicológica, adoptando la misma diferentes máscaras, como se ha observado; propagándose en distintas tácticas operativas.

Si bien no se puede apunta a un solo factor como causante del brote violento, distintas fuentes coincidieron en que la falta de trabajo es un importante impulsor de conductas coactivas. Es una hipótesis, pero el desempleo y los altos niveles de competitividad incrementan la violencia en el trabajo, sosteniéndose que su ritmo obedece al aumento de la violencia social. Sin embargo, a su turno la Dirección de Administración de Recursos Humanos y Capacitación del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, en Argentina, aclaró que la relación entre prácticas de atropello y el desempleo no es vinculante.

Paradójicamente, un ámbito laboral feroz podría llevar a la pasividad de los trabajadores.

Según Julio Godio, sociólogo y ex funcionario de la OIT afirma que : “Crece la precarización de los empleos y no hay relación entre empresarios y sindicalistas que permitan la humanización de la tarea. Esto provoca que los empleos no se involucren tanto y, como contrapartida, aumenta el autoritarismo laboral”. Para Godio, esta realidad empresarial marca el fin del compañerismo “se produce la ruptura de la cadena de solidaridad de los trabajadores y aumentan las actitudes más individualistas”.

El incremento de la violencia en los lugares de trabajo parece ser una realidad cotidiana, pero obviada. ¿Poseen las empresas políticas formales establecidas para tratar el tema?. No, se inclina a pensar que no. Se cree que es un hecho muy nuevo y no tratado. ¿Se la deja de lado porque es una realidad sorpresiva ó porque molesta?. Tal vez, podemos convenir que

es nueva, y que ante altos niveles de desempleo y competitividad, la violencia es una expresión de conflicto. Hoy una persona conflictiva en las organizaciones es separada.

En la búsqueda de soluciones para el tema de la violencia en el trabajo, los empresarios tienen la responsabilidad de concienciar sobre que nada bueno puede salir del maltrato; asimismo el empleado debe cumplir la tarea encomendada con los niveles y requisitos exigidos, para así poder exigir respeto.

También es importante el papel de la negociación colectiva, mediante conductas responsables de los actores sociales comprometidos, que sin duda actuarán con sentido común.

Sea la violencia vertical, horizontal, de amedrentamiento ó de aislamiento, parece que el primer paso para combatirla se reduce a saber quien es uno mismo. El comportamiento de uno habilita ó inhabilita el comportamiento de otro aunque la relación sea dispar.

#### *El acoso sexual en el escenario laboral.*

El acoso sexual en el trabajo es un problema viejo con una historia breve. Situaciones análogas a las tipificadas actualmente como acoso sexual han sido documentadas desde mucho tiempo antes de la Revolución Industrial, pero es a partir de los últimos años de las décadas del '70 y del '80 cuando el tema aparece en la agenda pública y se convierte en un objeto de interés para científicos sociales.

El acoso sexual es inseparable de otros problemas ligados a la violencia que aquejan a las mujeres, como el maltrato doméstico y la violación. La toma del estado público de todos ellos es, a su vez, inseparable de tres ejes de visibilidad: la cotidianeidad, la política y el trabajo académico, que permitieron pensar a las mujeres como nuevos sujetos sociales a partir de los años '50.

Dichos ejes, comprenden por un lado, a las miles de mujeres anónimas en centros urbanos de diferentes países occidentales que fueron instituyendo prácticas transformadoras en su vida cotidiana; por otra parte y en estrecha relación con lo anterior, se despliega la práctica política de los movimientos de mujeres, con su denuncia permanente de la discriminación de género tanto en sus formas más evidentes como en las más invisible; finalmente, a las mujeres académicas, que desde hace unos veinte años se presentan en los más importantes centros universitarios analizando la ausencia de la dimensión de género en sus respectivas disciplinas.

La expresión comenzó a emplearse como equivalente a “coerción masculina” en el sentido de que el acoso sexual era entendido como una serie de conductas a menudo planteadas en formas de iniciativa sexual y con frecuencia respaldadas por la fuerza de un rango superior en el trabajo. En otras palabras, el acoso se reconocía como una agresión masculina en el ámbito laboral, que asumía la forma de una conducta masculina indeseada y no correspondida, que afirmaba el “rol sexual” de una mujer por encima de su función como persona y como trabajadora.

Incluía las citas amorosas y los actos de mirar el cuerpo de una mujer, así como tocar ó hacer comentarios sobre el mismo, y la violación.

Los escritos de las primeras feministas referidos al acoso sexual planteaban con suma claridad que los sindicatos y los hombres sindicalistas debían ser considerados un componente básico del problema y no una parte de la solución.

Durante varios años, el acoso sexual se definió como la imposición indeseada de requerimientos sexuales en el contexto de una relación de poder desigual, en la que el poder procedente de una esfera – el derivado de la posición de un hombre como patrón, gerente ó supervisor – se utilizaba para transferir beneficios ó imponer privaciones.



Estas nociones feministas del acoso sexual han sufrido cambios considerables con el correr del tiempo. El enfoque feminista inicial interpretaba el acoso sexual expuesto y puede ejemplificarse con la obra de Lyn Farley, cuyo título es “Sexual Shakedown” (1.978), en el que la autora definía el acoso sexual como una serie de conductas en las que los hombres utilizan el sexo entre otros medios, para lograr poder.

El enfoque posterior fue plasmado en las páginas de “Sexual Harassment of Working Women” (1.979) de Catherine MacKinnon, para quien el acoso sexual consiste en una serie de conductas en las cuales los hombres utilizan el poder para conseguir sexo.

Actualmente se está más cerca de la segunda postura: se afirma que el acoso sexual consiste en el empleo de la autoridad ó el poder en el ámbito laboral para exigir satisfacciones sexuales.

Se denomina a la persona acosadora como “el acosador” y a la persona acosada como “la acosada ó la víctima del acoso”. Esto no significa desconocer el acoso sexual por ejemplo, femenino a los hombres, sino que las principales destinatarias del acoso sexual son mujeres y que las mujeres perciben la presencia de acoso sexual donde no lo perciben los hombres.

El origen de la expresión

La expresión *acoso sexual* (Wise y Stanley 1.992) tuvo su origen en una particular serie de acontecimientos en los que intervinieron feministas norteamericanas pertenecientes ó cercanas al ámbito universitario (Universidad de Cornell, Estados Unidos).

La mayoría de las fuentes acuerda que el fenómeno fue bautizado alrededor de 1.974 por un grupo de mujeres interesadas en analizar sus experiencias con los hombres en los lugares de trabajo. Dichas mujeres buscaron una expresión que sintetizara ciertos comportamientos masculinos, esencialmente la adopción de conductas que superficialmente aparentaban ser sexuales pero que de hecho constituían un ejercicio de poder.

Acoso sexual les pareció el término que más adecuadamente simbolizaba el problema que estaban tratando. Mantenían el supuesto de que género, sexo y poder se entrelazan en la base de este problema.

La expresión comenzó a ser abundantemente usada a partir del año 1.975 por las mujeres que se enfrentaban con la falta de pago de beneficios por despido cuando habían renunciado “voluntariamente” a su trabajo como consecuencia del acoso sexual. Desde entonces, muchas más mujeres se organizaron en “charlas abiertas”, las cuales marcaron los comienzos de una organización de base de mujeres trabajadoras dedicadas a combatir el acoso sexual masculino en el lugar de trabajo.

Desde los primeros estudios y declaraciones de las feministas norteamericanas a la actualidad, una profunda investigación empírica ha demostrado que el acoso sexual está relacionado con variables pertenecientes a quién acosa, a quién se acosa y al marco institucional en el que tiene lugar.

Tres modelos de análisis

Se identificaron tres modelos explicativos del acoso sexual en el ámbito laboral:

- El modelo natural/ biológico entiende el acoso sexual como una expresión natural de la atracción entre hombres y mujeres. Se estudió este problema basándose en los principios de la sociología evolutiva. Se trata de una postura que “naturaliza” las situaciones de acoso sexual, abstrayéndolas del contexto normativo facilitador en el que surgen.
- El modelo organizacional sostiene que la ocurrencia del acoso sexual se vincula con la estructura de las instituciones. Debido a la estratificación vertical sobre la cual se asientan las organizaciones laborales, esas jerarquías institucionales proveen oportunidades para la explotación (sexual y de otros tipos) de los subordinados. Los

individuos pueden así usar su poder y su status para obtener gratificación sexual. Si bien es más probable que los hombres acosen a las mujeres, lo inverso es también posible, y si esto es menos probable, lo es por el hecho de que habitualmente las mujeres son empleadas en trabajos subordinados a los hombres en la sociedad actual. Existen otros factores facilitadores del acoso sexual en el ámbito laboral, a saber: visibilidad y contacto, proporción entre los sexos en los empleados, normas ocupacionales, funciones del trabajo, procedimiento de denuncia establecidos y alternativas de ocupación.

Según este modelo, las predicciones que se pueden formular son las siguientes:

Víctimas esperada:: ambos sexos, siempre que se trate de personas con bajo poder económico ó legal en la organización.

Rasgos del acosador: mayor status en la organización que la víctima, ó con más respaldo de los compañeros de trabajo del mismo sexo.

Conductas esperadas: a mayor poder diferencial entre la víctima y el acosador, formas más severas de acoso sexual.

Reacciones de la víctima: cuanto más bajo sea el status en la organización y menores las posibilidades alternativas de otros trabajos, mayores consecuencias negativas tendrá el acoso sexual para la autoestima de la víctima.

Resultados esperados de la resistencia al acoso: cuanto más bajo sea el status de la víctima en la organización, más riesgos tendrá de pérdidas de status ó inclusive del empleo.

Características del escenario laboral: el acoso sexual es más probable en organizaciones altamente jerarquizadas y estructuradas, donde existen posibilidades ó requerimientos de horas extras y adonde se alientan conductas “sexys” en el ámbito laboral. El grado de privacidad existente puede afectar también la probabilidad de ocurrencia del acoso sexual.

El modelo de interacción persona – entorno, para quien el acoso es el resultado de una permanente predisposición individual a acosar en un contexto de normas organizacionales que permiten ó facilitan dicho comportamiento. De acuerdo con este modelo, el acoso sexual es una función de dos variables exógenas: características organizacionales y contexto de trabajo y se plantea la hipótesis de que afecta a tres variables endógenas: los resultados vinculados con el trabajo; los resultados a nivel psicológico y los resultados vinculado con la salud.

Se supone que el efecto del acoso sobre los tres últimos aspectos varía con el estilo de respuesta y con la vulnerabilidad personal de la víctima del acoso.

Algunas de las predicciones de este modelo: se supone que los mayores niveles de acoso sexual se dará en los trabajos realizados por un género no tradicionalmente dedicado a ese trabajo y en un contexto laboral tolerante al acoso.

El modelo sociocultural: sostiene que el acoso es una manifestación de un sistema patriarcal más abarcativo, o sea, es un abuso del poder masculino sobre las mujeres en una sociedad dominada por hombres. De acuerdo con este modelo, son los hombres quienes regulan los patrones de convivencia, apoyados en el conjunto de creencias sociales que legitiman la regulación. En este sentido, la función del acoso sexual sería dirigir y controlar las interacciones hombre – mujer en los escenarios laborales, de acuerdo con las normas socialmente aceptadas que regulan el status sexual, manteniéndose la dominación masculina en lo laboral y económico a través de la intimidación y la desmoralización de las mujeres.

Las predicciones extraídas del modelo son:

Víctimas esperadas: el género es el mayor predictor, siendo por tanto las mujeres víctimas más probables que los hombres, y entre ellas especialmente las que tienen aspiraciones de promoción en la organización.

Rasgos del acosador: el rol de acosador está asentado exclusivamente en el sexo masculino.

Conductas esperadas: todas las formas de acoso sexual sirven al mismo propósito.

Reacción de la víctima: daños a su autoestima. De acuerdo con el modelo, y en razón del proceso de socialización diferencial sufrido por las mujeres, es poco probable que ellas lleven acción asertiva frente al acoso, ó esperen ayuda de la organización.

Resultados esperados de la resistencia al acoso: sanciones de tipo económico que acentúan la situación de dependencia de las mujeres.

Características del escenario laboral: los ambientes de trabajo en los que predominan los hombres son más propicios para la ocurrencia del acoso sexual.

Desde esta perspectiva se hace un replanteo de la definición del acoso sexual como una actividad vinculada meramente con la sexualidad.

La legislación sobre acoso sexual en la Argentina:

Antecedentes de la legislación

Los antecedentes en la legislación laboral parten del artículo 16 de la Constitución Nacional, en el cual se establece el concepto constitucional de igualdad. Por otro lado, en la Ley de Contrato de Trabajo se encuentran los elementos relativos al trato discriminatorio.

Así, el artículo establece que:

“El empleador debe dispensar a todos los trabajadores igual trato en identidad de situaciones. Se considerará que existe trato desigual cuando se produzcan discriminaciones arbitrarias fundadas en razones de sexo, religión ó raza, pero no cuando el diferente

tratamiento responda a principios de bien común, laboriosidad ó contracción a sus tareas por parte del trabajador”.

Con respecto al trabajo de las mujeres, el artículo 172 de dicho instrumento jurídico dispone que:

“La mujer podrá celebrar toda clase de contrato de trabajo, no pudiendo consagrarse por las convenciones colectivas de trabajo, ó reglamentaciones autorizadas, ningún tipo de discriminación en su empleo fundada en el sexo ó estado civil de la misma, aunque éste último se altere en el curso de la relación laboral. En las convenciones colectivas ó tarifas de salarios que se elaboren se garantizará la plena observancia del principio de igualdad de retribución por trabajo de igual valor”.

La bibliografía sobre el acoso sexual discute acerca de las modalidades de combatirlo. Una línea apunta a la preservación a través de campañas educativas y otra a lograr mejoras en la legislación. Dentro de esta última perspectiva, Riger (1.991) plantea que los mecanismos de queja implementados en las empresas son poco usados por las mujeres porque ellos no toman en cuenta ciertas particularidades del género: dificultad para hacer valer los derechos y disímil atribución de acoso sexual que los hombres.

Esta autora estima que es necesario mejorar la legislación existente teniendo en cuenta esas particularidades del género.

En cambio, otras autoras colocan en el frente del tema a la educación – que Riger coloca en un lugar secundario – y aún a la propaganda, en la forma de una amplia e intensiva publicación de la legislación, videos, días de estudio, lecturas explicativas para hombres y mujeres y otros instrumentos comunicacionales.

En nuestro país, a los antecedentes de legislación mencionados previamente se sumó el Decreto 2385/93 firmado por el presidente Carlos S. Menem.

Con respecto a la prevención no se encuentra material correspondiente a empresas privadas. La Subsecretaría de Empleo del Ministerio de Trabajo elaboró un manual denominado: “Acoso sexual en el lugar de trabajo”, en cuyos capítulos se encuentra una definición: “El Acoso Sexual sea física ó verbal, explícita ó implícita, no deseada por quien la sufre, ejercida por cualquier persona en virtud de la relación de empleo y que arroja como resultado un ambiente de trabajo hostil afectando la dignidad del trabajador/ a, sus condiciones de ascenso y su permanencia en el mismo”.

Las características: El acoso es deliberado; es impuesto, no solicitado; genera un ambiente de trabajo desagradable y de gran tensión; influye en la atención y concentración que el trabajador presta en el desempeño de sus tareas; se puede producir entre compañeros y compañeras de la misma categoría ó nivel, como también entre el personal jerárquico/ subordinado; cualquier persona puede ser acosada – si bien mayoritariamente son mujeres – y cualquier persona puede acosar.

Recomendaciones: “El empleador debe manifestar su rechazo al acoso sexual en el trabajo y hacer saber a los trabajadores su derecho a denunciarlo. Debe implementar los medios necesarios para que los trabajadores conozcan el procedimiento a seguir cuando sean objeto de acoso sexual. Este procedimiento deberá garantizar un trato serio, eficaz y confidencial, protegiendo a trabajadores contra las persecuciones y represalias de que sean objeto por haber presentado la denuncia”.

Si bien el manual tiene por objeto proporcionar una orientación a los trabajadores, los empleadores y los sindicatos, lo único que logra es hacer una síntesis conceptual del tema sin aclarar cuáles son los pasos a seguir por una persona que padece acoso sexual. El

manual informa pero no previene. Más aún, es elocuente la doble negación en la que incurre la introducción:

“Al hablar de acoso sexual se apunta a evitar que esto no se produzca y, si ocurre, garantizar que se disponga el procedimiento adecuado para tratar el problema y evitar que se repita”.

Otro material analizado es el folleto preparado por el Consejo Nacional de la Mujer. Este parte de una definición de acoso similar a la transcripta previamente, corresponde al manual del Ministerio de Trabajo, y se estructura en base a preguntas: ¿qué es el acoso sexual?, ¿cómo se manifiesta?, ¿quiénes lo sufren?, ¿qué hacer ante el acoso?.

Tiene dos diferencias fundamentales con respecto al material previo: su lenguaje es más claro y directo; también se hace mayor hincapié en las conductas a seguir (qué hacer, adónde concurrir por la denuncia, adónde para informarse) ante la presencia de este fenómeno social.

#### La tematización del Acoso Sexual en la Prensa

El acoso sexual es un problema sin fronteras. Argentina no es una excepción al respecto. Si bien se carece de estimaciones estadísticas sobre la prevalencia de este problema en los ámbitos laborales público y/ ó privado, el Programa Mujer y Estado de la Secretaría de la Función Pública había recibido más de veinte denuncias hasta el año 1.993. Desde el ámbito político, a instancias de los organismos vinculados con la mujer, comenzaron a verse algunas acciones: el Presidente Carlos S. Menem firmó el decreto 2385/93 por el cual se tipifica en la legislación laboral argentina la figura del “acoso sexual” en la administración pública; existe un proyecto en la Cámara de Diputados para extender la legislación a las empresas privadas; el Ministerio de Trabajo y el Consejo de la Mujer se han propuesto hacer circular sendos manuales de prevención.



Los casos de acoso sexual comenzaron a tomar estado público en nuestro país en la década del '90, especialmente después de la firma del mencionado decreto presidencial. Podría afirmarse que el tratamiento del acoso sexual por parte de la prensa local tiene un corte preciso: antes y después de dicho decreto presidencial, previamente a esta fecha hay pocos artículos periodísticos.

Principales puntos del decreto 2385/93:

Cualquier agente que ejerza sobre otro la conducta definida como acoso sexual será pasible de las sanciones previstas en el “régimen disciplinario”, que establece medidas que llegan hasta el despido.

El decreto contempla los casos de acoso sexual entre hombres y mujeres ó entre personas del mismo sexo.

La persona acosada podrá elevar su denuncia ante la Dirección de Recursos Humanos u organismo de similar competencia del lugar de trabajo.

La denuncia tendrá carácter de confidencial.

Se iniciará un sumario de investigación.

Se tomará declaración a eventuales testigos.

De acuerdo con el tipo de acoso, la pena para el acosador puede ir desde la suspensión hasta el despido. Las sanciones serán administrativas.

El equipo que trabaje en las denuncias funcionará como un tribunal de ética evaluando la conducta de los involucrados.

En ningún caso peligrará la estabilidad laboral de la persona acosada.

En caso de mujeres acosadas, podrá intervenir el programa Estado y Mujer.

Para comprender los alcances del decreto se entregará un manual que orientará a trabajadores, sindicatos y empleadores sobre la protección de la dignidad en las relaciones laborales y sobre la forma correcta de tratar este tipo de denuncias.

## **LA VIOLENCIA DE GENERO – SU PAPEL EN LA HISTORIA**

Una de las características que distingue los avances de la humanidad y la separa de la barbarie es la aparición del rechazo – y aún del sentimiento de horror – ante la violencia ejercida contra un/a semejante. El paulatino sentimiento de repudio a la violencia física fue creando las condiciones para la aparición de diferentes formas de penalización legal.

Los conflictos entre hombres y mujeres, tanto en la esfera pública como en el ámbito privado, no han sido, ni son, ajenos a la práctica de la violencia; si bien las diversas sociedades gestaron algunas formas precautorias frente a las manifestaciones más extremas de violencia sobre las mujeres, no podría decirse que éstas hayan sido superadas.

Al mismo tiempo que las manifestaciones evidentes de maltrato, otras formas de violencia menos visibles pero no menos eficaces se ponen en práctica en la familia cotidianamente a través de la desigualdad en la distribución del dinero, del poder, de las responsabilidades domésticas, de las opciones de realización personal, etc.

Asimismo, en la educación, los medios masivos de comunicación, algunas modalidades de prácticas médicas y psicológicas reproducen una imagen femenina que violenta, en muchas mujeres, las necesidades de transformación de su lugar social.

Las discriminaciones en el área laboral, política y cultural contribuyen – junto a las legislaciones no aggiornadas – a que las mujeres circulen por la vía pública y privada con una significativa desigualdad de oportunidades.

Estos violentamientos – sean económicos, políticos, laborales, legales, eróticos, simbólicos o subjetivos – constituyen una de las múltiples estrategias de la producción de la

desigualdad del género, en tanto producen consenso con respecto a la “naturalidad” de la inferioridad femenina.

Si la mujer es inferior, será natural su lugar secundario o de subordinación; este consenso ha alcanzado a las propias mujeres, que durante siglos han desarrollado sus posibilidades de vida dentro de las limitaciones que el concepto de su inferioridad les ha impuesto.

Desigualdad – discriminación – violencia forman parte de un circuito de realimentación mutua que se despliega a través de la producción social de las diversas formas de aceptación que legitiman tanto la desigualdad como las prácticas discriminatorias y, a la vez, invisibilizan los violentamientos.

En consecuencia, la producción de tales legitimaciones es de gran importancia política ya que transformar al diferente en inferior forma parte de una de las cuestiones centrales de toda formación social que “necesite” sostener sistemas de apropiación desigual: producir y reproducir incesantemente las condiciones que lo hagan posible.

Para tales fines se conjugan violencias represivas y simbólicas en diferentes ámbitos de la vida social.

La familia, los sistemas económicos, políticos, culturales, religiosos, científicos, integrantes de las estrategias de producción de diferentes subordinaciones, hacen posible la gestión de prácticas de socialización y de formación de subjetividades que colocan a los actores sociales en situación de apropiar o ser apropiados, de dañar o ser dañados, según la posición en que se encuentren.

Es decir que, más allá de elecciones personales, se inscriben en redes sociales en las que se generan, transitan o dinamizan prácticas de violencia, que – generalmente por fuera de las percepciones de sus actores – son constituyentes de sus vínculos, contratos y enlaces

subjetivos. En este sentido puede afirmarse que la violencia es constitutiva de las relaciones entre los géneros.

Las formas simbólicas de violentamiento, de imposición de sentidos, cobra énfasis en la temática en la mujer. Religiosos, científicos y profesionales han dicho históricamente cómo son las mujeres, de que se enferman, cómo sienten, como es su erotismo, que desean, cuáles son sus alegrías y formas de realización personal.

Sus cuerpos, sufrimientos, gozos y acciones han intentado, generalmente, responder a esos mandatos, hasta tal punto que grandes regiones de la vida de las mujeres y sus subjetividades parecieran dar la razón a tales discursos (eficacia de estrategias biopolíticas). Entre atacar y obedecer, las mujeres han gestado históricamente sus síntomas y en muchas formas de su actuar han resistido – a conciencia o sin saberlo, aislada u organizadamente - , comenzando a producir su propia palabra y a consolidar prácticas sociales transformadoras. El costo de estas transformaciones es alto, en tanto que mueve, entre otros aspectos, los ordenamientos de poder entre géneros.

Puede considerarse que los procesos desigualdad – discriminación – violencia no son invisibles, sino que están invisibilizados; ya que los aspectos de subordinación de género: discriminaciones, exclusiones, descalificaciones, violentamientos, sean de una forma de trabajo o de una manera de sentir, pensar, obrar, se encuentran naturalizados.

Los procedimientos a través de los cuales se efectiviza este circuito desde distintos lugares e instituciones sociales aparecen como no visibles, en tanto se construye un consenso por medio del cual lo que ha producido la cultura es atribuido a la naturaleza y queda sin registro la práctica violenta que lo vuelve posible.

Dichos mecanismos no son invisibles sino que se han invisibilizado en un complejo proceso sociohistórico; hablar de invisibilidad no significa atribuir a tales procesos alguna

característica especial de invisibilidad. Un invisible social no es lo escondido en alguna profundidad sino que, paradójicamente, se conforma de hechos, acontecimientos, procesos, dispositivos producidos – reproducidos en toda la extensión de la superficie social y subjetiva.

Pese a que este acontecer se reitera en su inmediatez, es difícil reparar en ello; son situaciones que se apartan del campo del entendimiento, a pesar de lo cual están ahí, insisten permanentemente, incluso hacen daño, pero hombres y mujeres transitan y participan de ellas sin verlas.

Lo invisible no es, lo oculto, sino lo denegado, lo interdicto de ser visto.

A través de los tiempos históricos, las transformaciones en los modos de producción, en las formas de gobernabilidad y la gestión del consenso, la subordinación femenina en Occidente ha cambiado sus figuras económicas, sociales, políticas, y subjetivas así como los argumentos religiosos, legales y científicos por los que ha querido justificarse.

Las formas de subordinación han ido cambiando, pero sin que se suprimiera la desigualdad ni las formas visibles e invisibles de sus violentamientos; las características que ésta adopta en un determinado momento histórico son el resultado de una compleja ecuación política conformada tanto por las estrategias de las instancias hegemónicas y sus necesidades normativas como por las modalidades de ofensiva y resistencia de las mujeres, incluyendo sus movimientos políticos organizados hasta las causas más privadas y personales de autoafirmación.

Es innegable que los últimos decenios han sido años de transformaciones significativas en las relaciones entre los géneros, y que éstas van imprimiendo importantes fisuras en la desigualdad entre hombres y mujeres.

La fuerza de las últimas transformaciones radica no sólo en los espacios conquistados por las mujeres, sino en que el mismo proceso de consolidación de tales posiciones va generando una puesta en crisis de la legitimidad que durante siglos sostuvo la opresión de género; las transformaciones han cuestionado los ordenamientos sociales basados en diferencias “naturales” de los sexos, y comienzan a ponerse en crisis los vínculos contractuales tradicionales entre hombres y mujeres – tanto en su dimensión explícita como implícita, pública como privada - .

Esta nueva realidad social ha problematizado las formas de relaciones y contratos que legitiman la inferioridad o discriminación femenina y también sus estrategias de violentamiento.

La crisis de una legitimidad no significa que se haya suprimido la subordinación, ni que exista un nuevo paradigma legitimador de la igualdad en la diferencia.

Ni liberadas, ni víctimas, las mujeres estructuran sus espacios, producciones y enlaces sociales y subjetivos en el marco de conflictos de poder con el otro género, donde sin lugar a dudas se subordinan a desventajas objetivas y subjetivas, pero también resisten y enfrentan la hegemonía masculina.

El malestar de las mujeres se ha vuelto tan evidente en el marco de tales transformaciones que, en la actualidad, la cuestión va más allá del mero reconocimiento de su existencia: las formas que adquiera su enunciación han cobrado verdadera importancia estratégica.

La manera de poner en palabras el malestar, orientará tanto las explicaciones que se otorguen como las alternativas de resolución que se ofrezcan.

Por otra parte, poner nombre o nominar el malestar no es sólo un acto semántico o un hecho del discurso; la capacidad de dar existencia explícita, de publicar, de hacer público, de visibilizar, de enunciar, de teorizar aquello que – al no haber accedido a la experiencia

objetivada y colectiva - continuaba en estado de experiencia individual, privada, como malestar, expectativa, ansiedad, inquietud, frustración, representa formidable un poder social; ya que los actos de nominación tienen el poder de hacer los grupos, constituyendo su sentido común, sus consensos.

### **Las mujeres y la educación en la Argentina: realidades y conflictos de mujeres universitarias.**

La Argentina ocupa un lugar de privilegio respecto de América Latina en lo referente a la “superación” de la desigualdad de las mujeres en el acceso a la educación formal.

Desde este punto de vista , el Estado argentino favoreció la incorporación de las mujeres al sistema educativo al omitir toda prohibición expresa a su derecho a ingresar, a medida que éstos fueron surgiendo, a los diversos niveles educativos.

En 1.892, el Estado promulgó la Ley 1.420 por la que se asegura el derecho de todos los habitantes de la Nación a recibir educación primaria con carácter obligatorio, gratuito y laico.

Por lo tanto esta Ley establece que la enseñanza primaria obligatoria es un derecho de todos los habitantes sin discriminación de ningún tipo. Pero con anterioridad a esa fecha los beneficios de ese nivel de enseñanza eran aprovechados por las mujeres prácticamente en igual medida que por los hombres.

Si bien la educación secundaria es optativa en Argentina, el Estado propició la integración de las mujeres a este nivel de enseñanza, orientándolas primordialmente hacia las escuelas normales.



En 1.874 se crearon las primeras escuelas normales con el criterio de que la educación primaria podría ser una opción educativa y laboral, para las mujeres que habían completado su educación primaria.

Con posterioridad, como el título de Maestra Normal no posibilitaba el ingreso a la universidad, en 1.895 se creó la Facultad de Filosofía y Letras, a la cual podían ingresar las normalistas sin ningún otro requisito.

Esta carrera universitaria por su orientación humanista y su salida laboral docente, fue considerada apropiada para las mujeres.

Con antelación a la creación de dicha Facultad, algunas pioneras – venciendo los obstáculos formales e ideológicos que se interponían - habían accedido a la universidad y obtenido sus títulos profesionales en las carreras consideradas masculinas.

El acceso a la escuela media y a la universidad por parte de las mujeres fue efectivizándose más lentamente que el acceso a la educación primaria.

En 1.941 el porcentaje de estudiantes universitarias alcanzaba el 13,2 por ciento sobre el total de los alumnos. En 1.978 esa cifra ascendió a el 43,2 por ciento de la matrícula universitaria total. Entre 1.941 y 1.978 la expansión de la matrícula universitaria global y femenina en particular está asociada a la instauración de los gobiernos constitucionales, al levantamiento de las restricciones al ingreso y a las políticas gubernamentales de estímulo a los estudios universitarios.

Los datos más recientes indican que las mujeres constituyen el 46 por ciento del total de los inscriptos en el conjunto de las universidades argentinas.

El porcentaje de la participación femenina aumenta en el caso de la Universidad de Buenos Aires, donde representa al 52 por ciento de los inscriptos.

Las carreras como Derecho, Medicina y Arquitectura, predominantemente masculinas, se transforman en carreras neutras, es decir, con matrículas compuestas por porcentajes igualitarios de mujeres y hombres.

Se destaca en 1.986 la disminución de la matrícula en la carrera de Ingeniería, lo cual la convierte en una carrera en retroceso respecto de la participación femenina, y el carácter neutro de dos carreras nuevas creadas en la Universidad de Buenos Aires: Análisis de Sistemas y Ciencias de la Comunicación.

Este panorama indica que el temprano acceso de la mujer argentina al sistema educativo, su presencia masiva en la educación media y superior, la ampliación del espectro de sus elecciones educativas y aún su escasa participación en algunas carreras, como es el caso de Ingeniería, se corresponden con las tendencias educativas que presentan los países más adelantados que Argentina.

Entre los factores que pueden explicar esta situación, cabe destacar a las corrientes inmigratorias europeas que conforman la sociedad argentina, las cuales se caracterizaron por la difusión de valores que admiten y fomentan la educación femenina.

Así como también el carácter gratuito de la educación brindada por el Estado en todos los niveles de la enseñanza fue un importante estímulo para el aprovechamiento de las oportunidades para ambos sexos.

Los altos índices educativos alcanzados por la mujer argentina han creado en la conciencia de muchas mujeres y en la sociedad en su conjunto un efecto de espejismo.

Se interpretan como indicadores suficientes de igualdad social lograda, enmascarando muchas otras desigualdades que padece la mujer en nuestra sociedad, incluyendo aquellas que se sitúan dentro del mismo sistema educativo.

El efecto ilusorio que produce la equivalencia “igualdad educativa de las mujeres, igualdad social” se refuerza en la comparación con las mujeres de América Latina.

A partir de esta comparación se ha construido el mito de la superioridad cultural de las mujeres argentinas en relación con las del resto de América Latina.

Estas ficciones igualitaristas de la mujer argentina no contribuyen, por cierto, al desarrollo de la conciencia sobre la discriminación de la mujer.

Aunque algunas mujeres profesionales advierten que el acceso a la educación “no lo es todo”, muchas parecen fascinarse por los logros educativos que han alcanzado y los por venir.

A pesar que no es posible determinar el grado de generalidad de esta concepción en las mujeres profesionales, se estima que está lo suficientemente difundida como para merecer la atención a la hora de evaluar los efectos de la educación en los procesos de conciencia que desarrollan muchas mujeres a propósito de su situación de género.

### **La profesional porteña de los '70**

En el año 1.973 se realiza un estudio y se observa que el número de mujeres graduadas en la Universidad de Buenos Aires, tanto en carreras neutras como masculinas, sobrepasa el número de mujeres graduadas en las universidades norteamericanas.

El estudio se centra en analizar como las mujeres profesionales de Buenos Aires responden a las demandas de la vida profesional y familiar en el contexto de una sociedad que privilegia los roles de esposa y madre.

Se entrevistan a 150 mujeres profesionales de Buenos Aires, que se desempeñan en profesiones “femeninas”, “neutras” y “masculinas”, y se llega a la siguiente afirmación:

“mientras que la realidad de estas mujeres bordea lo fantástico, se espera mostrar que las mujeres profesionales de Buenos Aires pueden servir como modelos para las feministas norteamericanas”.

Las mujeres que describe el estudio son en su mayoría hijas de inmigrantes europeos, que han sido estimuladas por sus padres hacia la educación superior, y apoyadas emocional y financieramente por sus familias durante la educación universitaria.

Según este estudio, la mujer profesional porteña logra vencer los obstáculos de una sociedad “machista” mediante estrategias eficaces.

Estas consisten en:

1. Contraer matrimonio con un hombre de alto nivel educativo de igual o superior status social. Evitan el estigma de mujer fracasada que se adscribe a la mujer que permanece soltera. Quieren demostrar que no sólo por casarse, sino por hacerlo con un hombre codiciado en el mercado matrimonial, legitiman que el desempeño profesional no es consecuencia de su fracaso en el plano amoroso y familiar.
2. La mayoría de las profesionales porteñas tienen uno o dos hijos. Enfatizan el rol materno como un aspecto fundamental de sus vidas. Pero estas mujeres dedican a la crianza de sus hijos un escaso tiempo. Cuentan con empleadas domésticas y/o con ayuda de parientes.
3. Las mujeres profesionales destacan su femineidad a través del arreglo personal, por lo general visten a la moda. Consideran que de este modo revierten el estereotipo que configura a las mujeres profesionales como personas feas y asexuadas.
4. Utilizan sin vergüenza las “estrategias femeninas” para abrirse camino en su vida profesional. (seducción, llanto, infantilismo, etc.)

Extremadamente responsables y dedicadas a su trabajo, este tipo de mujeres profesionales se muestra satisfecha con los arreglos familiares y laborales que han logrado establecer.

Se destaca esta profesional porteña de 1.973 porque constituyó un modelo importante para muchas mujeres graduadas durante la década del '60.

Estas mujeres son el producto histórico del optimismo desarrollista que caracterizó dicha década en la Argentina y de sus efectos en todos los ámbitos de la sociedad.

Formadas en una universidad que otorgó impulso al desarrollo científico y a la modernización cultural, participaron, aunque como socias menores, del sueño de desarrollo de la Argentina propio de la década del '60 y principios de la del '70.

Este modelo profesional no puede generalizarse, ni siquiera para la década del '70, constituye un referente para las mujeres profesionales de las nuevas generaciones, las que en circunstancias sociales, económicas y familiares muy distintas deben diseñar su identidad profesional.

A diferencia de las generaciones anteriores, las jóvenes estudiantes y graduadas enfrentan en la actualidad un conjunto de incertidumbres sobre el desarrollo de la sociedad argentina y viven fuertes contradicciones sobre su rol social.

### **Las universitarias argentinas de los '80**

Desde su fundación la universidad argentina adquirió un gran prestigio y el acceso a la misma formó parte de las aspiraciones que las familias de clase media fueron teniendo sobre el futuro de sus hijos.

En las actuales circunstancias la universidad no está ajena a los fenómenos sociales y culturales que acompañan a la crisis que atraviesa el país.

Las políticas gubernamentales implementadas en la universidad desde fines de la década del '60, y el período iniciado al instaurarse el actual gobierno constitucional, tendieron a eliminar el pluralismo ideológico, inhibiendo el desarrollo de todo pensamiento crítico. Esta situación, sumada a la ininterrumpida restricción presupuestaria a la que fue sometida la universidad, ha determinado la obsolescencia de su equipamiento instrumental y edilicio y la pérdida o el desaliento de sus más valiosos recursos humanos.

Estos motivos han conducido a un progresivo deterioro de la formación profesional ofrecida por la universidad argentina, situación que si bien se intenta revertir, enfrenta una falta de planificación para producir los recursos humanos que necesita el país.

El nivel de los estudios universitarios actualmente no se corresponde con su prestigio anterior.

Por otra parte, los efectos de la crisis económica se hacen sentir en el mercado de profesionales a través del desempleo, la ocupación precaria, y la prolongación del tiempo para el ingreso al primer empleo.

Aunque la sociedad argentina advierte estos problemas, para ella, la universidad conserva el grado de prestigio y lugar de privilegio, fundado primordialmente en la tradición.

Pero los sectores de clase media, comienzan a sentir el peso de una realidad socio-económica en la cual la posesión de un título universitario no garantiza acceder al mercado laboral en las condiciones que se esperaban años atrás.

No obstante, los sectores medios son los que pueblan las universidades, por lo cual la educación superior, aunque desprestigiada en relación con los valores y expectativas que se le asignaban previamente, llena para este sector social otro requisito quizás más imaginario

que real: evitar que las nuevas generaciones sufran el desclasamiento que ya comienza a sentir la clase media argentina.

El deterioro económico y social de los sectores medios y en particular del sector profesional, se prevé como un fenómeno que excederá la situación coyuntural y, aunque se trata de negar, se intuye con amargura o desesperación que la mayor parte de los jóvenes universitarios no podrán alcanzar, a igualdad de años de trabajo, el desarrollo profesional y económico que alcanzaron generaciones anteriores.

Los mayores ya advierten que con esta crisis se produce la ruptura de uno de los mitos estructurantes de la cultura argentina a partir de la inmigración: la creencia de que la educación garantiza la movilidad social ascendente en un proceso ininterrumpido a lo largo de las generaciones.

Puede afirmarse que la educación superior ha pasado a formar parte, actualmente, de las estrategias de supervivencia de los sectores medios, lo cual incide en su desprestigio.

En cuanto a los jóvenes, la crisis económica los presiona hacia la obtención de calificaciones educativas cada vez más altas y extiende los plazos dedicados a la inversión educativa hasta edades avanzadas.

Las mujeres que acceden a la educación universitaria no escapan a esta situación general. También para ellas el título universitario ha adquirido un valor “credencialístico”; esto es, se ha convertido en una señal de pertenencia a la clase media y a su capital cultural.

Pero en el caso específico de las mujeres jóvenes de clase media, el valor “señal” de los estudios universitarios juega también un papel importante en la valoración social de su grado de modernidad y en el mercado matrimonial.

El nuevo discurso social sobre la “mujer moderna” incluye a la educación superior como un atributo deseable en las mujeres.

Muchas jóvenes de clase media consideran actualmente que la culminación de los estudios superiores es un requisito poco menos que indispensable para contraer matrimonio con un hombre de su misma clase social, a la vez que les permite responder a los nuevos modelos de madre: “experta en las técnicas modernas de crianza” y de esposa y ama de casa cultivada y actualizada.

No se puede negar que la participación de la de la mujer en el ámbito universitario la expone a un clima estimulante de confrontación ideológica y científica y la capacita potencialmente para una participación social activa, en un sentido a menudo divergente del que tradicionalmente le ha sido asignado.

Se ha comprobado para el caso de la Argentina que una alta inversión educativa tiende a impulsar y a retener a las mujeres dentro del mercado laboral durante todo el ciclo vital activo.

En un trabajo en el que se analiza el grado de participación laboral de las mujeres en relación con su situación familiar, las que poseen educación superior completa constituyen el sector de mujeres activas cuyo comportamiento laboral más se asemeja al de los hombres.

Parecería que los estudios universitarios tienden a neutralizar factores tales como matrimonio e hijos, que entre las mujeres con menor nivel educativo son limitantes para su participación laboral.

Pero se sabe, por ejemplo, que muchas profesionales casadas y con hijos permanecen establemente en el desempeño de su profesión, pero mediante una participación mínima, cuyo objetivo es evitar el retiro de la esfera profesional.

Otras realizan actividades condicionadas por horarios reducidos o flexibles, dependiendo de las demandas de la crianza. Según las conclusiones de un estudio se indica que la



maternidad y el período de crianza alteran “sustancialmente el modo de inserción laboral de las mujeres universitarias”, quienes están “preocupadas por atender a sus reclamos familiares al mismo tiempo que por impedir el retiro definitivo de la esfera profesional”.

Es obvio que mantener esta doble exigencia implica un costo importante tanto a nivel intelectual como económico y de capacitación profesional.

Las características de las mujeres descriptas conducen a las siguientes observaciones:

1. Los altos logros educativos de mucha mujeres argentinas no parecen haber modificado significativamente sus concepciones sobre cuál debe ser el rol fundamental de la mujer en la sociedad. Si bien el desempeño de la función maternal ha variado en los hechos, esto no se refleja en el valor que se le asigna. Es evidente que para ajustarse al modelo de “madre moderna”, las mujeres necesitan incrementar su educación, sea por la vía de la educación formal como no formal. (Las ofertas educativas en temas tales como psicología infantil, computación para padres, relaciones familiares, etc., predominan actualmente.)
2. En cuanto a las actitudes hacia el trabajo profesional pareciera que las mujeres llegan a los estudios universitarios con actitudes ya formadas. Esta situación parece depender en gran medida de la socialización familiar, es decir, de los valores que predominaron en los proyectos identificatorios expresados por los padres sobre las hijas y de la elaboración que éstas hacen de sus identificaciones maternas y paternas.

El pasaje por la universidad no parece incidir mayormente en la definición de nuevas actitudes hacia el mundo del trabajo.

Puede explicar esta situación el hecho de que tanto la currícula universitaria como otros aspectos educativos están muy escondidos del campo laboral. Si bien esta situación es

común a ambos sexos, en el caso de las mujeres la universidad no les ofrece los espacios necesarios como para debatir las problemáticas específicas de su inserción en el mundo del trabajo.

La institución universitaria conforma a las mujeres con el logro de la igualdad educativa (igual oportunidades de acceso, igual currícula) y de este modo evade el tratamiento de los múltiples factores de discriminación que las afectan.

Por otra parte la sociedad argentina transcurre por un período de cambios profundos, que se evidencian actualmente en una crisis de las representaciones y valores sociales tradicionales respecto de la educación y el trabajo.

Las certezas sobre el valor de la educación para el logro de mejores posibilidades laborales y del valor del trabajo para la integración a la sociedad están sujetas a profundos cuestionamientos.

Las jóvenes que ingresan a la universidad ya no lo hacen apoyadas en una fuerte credibilidad familiar y social sobre el valor de la educación como medio de ascenso social, pero deben enfrentar un nuevo conflicto respecto del trabajo profesional.

Comienzan a advertir que si pretenden mantener su nivel socio-económico no les basta con contraer matrimonio con un hombre de su misma clase; están obligadas a trabajar para aportar ingresos insustituibles por el salario masculino.

En las mujeres de generaciones anteriores, el trabajo tuvo sentido de una “opción personal. Pero a las jóvenes la historia les plantea una encrucijada: la opción entre trabajar fuera del hogar o permanecer en él, transitoria o definitivamente, es un artículo de lujo que muchas mujeres profesionales no podrán pagar.

Al modelo de trabajar por elección, a sus dilemas en sus cuestionamientos del productivismo, le ha sucedido una demanda compulsiva de productividad cuya recompensa

es la supervivencia. Amenazadas por la extensión del fenómeno de la “nueva pobreza”, muchas jóvenes estudiantes y graduadas sienten que tienen que abandonar demasiado pronto los conflictos que marcaron a las generaciones anteriores de mujeres profesionales. No es de extrañar, por lo tanto, que recrudezca un discurso idealizante de los roles tradicionales de la mujer, como refugio frente a la incertidumbre de la crisis. En este aparente volver atrás existe una demanda no articulada de nuevos ideales y metas que les permitan avanzar como generaciones con valores propios.

De otro modo, el trabajo puede ser visto como parte de un destino social del que las mujeres jóvenes no se sientan protagonistas.

Hoy en día se reconoce que los universitarios viven la educación como un fin en sí misma y no como una preparación para una ocupación.

La crisis de objetivos y contenidos de la educación universitaria debe ser también evaluada como un efecto de la dificultad de la institución educativa para responder a las demandas de la construcción de nuevas representaciones sociales en tópicos tan importantes como las diferencias sociales entre los sexos, las relaciones entre generaciones, los modelos de país, el valor y sentido del trabajo, de la familia, de la sexualidad, etcétera.

En el caso de las mujeres, el espacio-tiempo de la dilatada moratoria social que se les ofrece a través de los estudios universitarios podría ser una oportunidad para conformar una representación de sí mismas como mujeres en una sociedad en transición, tanto en los valores de género como en los modelos sociales más generales.

En el tema específico del rol de la mujer y las relaciones entre los géneros se manifiesta mediante la forma de un permanente e irresuelto balance de “ganancias y pérdidas” que hacen las estudiantes.

Las ganancias derivadas de la participación en el mercado de trabajo, el acceso a puestos de decisión y el desarrollo de ambiciones intelectuales se significan como logros en la autonomía más que en el poder. Las pérdidas se atribuyen, a la pérdida de poder que deriva del ejercicio del rol maternal.

En las actuales circunstancias, las mujeres encuentran otras limitaciones para ejercer el rol maternal tal como lo hacían anteriormente: difícilmente puedan contar con empleadas domésticas durante todo el día, dada la merma del monto de ingresos a los que puede aspirar un profesional joven.

También están variando las pautas culturales respecto de la ayuda familiar; sus madres por cuestiones laborales y/o por su adhesión a nuevos valores no son “las abuelas prototípicas”. Si desean tener hijos se les presentan dos opciones: o un despliegue de omnipotencia cuyo costo emocional y de salud comienza a ser vislumbrado, o reclamar y por sobre todo aceptar una participación mucho mayor de sus compañeros en la crianza.

Estas jóvenes “hijas” de las profesionales omnipotentes de la década del '70, incrementaron la ilusión de igualdad social por su acceso a cada vez mayores niveles educativos. No se puede precisar las formas en que estas jóvenes resolverán los viejos y nuevos conflictos que la sociedad argentina le presenta a la mujer.

Con seguridad existe la necesidad de que el ámbito universitario les ofrezca espacios formales para debatir su situación.

### **La violencia y la mujer en el derecho**

El sistema legal, al discriminar y subordinar a la mujer, ejerce violencia sobre ella, unas veces en forma explícita y otras a través del ocultamiento, que en sí mismo responde a una

actitud y una cultura determinadas. Es necesaria una reflexión acerca de cómo se produce, se conserva y es pasible de modificación esta violencia oculta desde el Derecho, para lo cual es imprescindible considerar los mecanismos de formación y modificación de las leyes, la aplicación de las mismas por los jueces y los mecanismos posibles de modificación de esta aplicación.

En las leyes, cuerpo teórico del Derecho, la violencia no está oculta; surge de lo escrito. Pero en las aplicaciones que de ellas hacen los jueces, la violencia comienza a ocultarse y a carecer de límites precisos, ya que si bien las leyes – para ser tales – deben ser públicas, no ocurre lo mismo con las sentencias dictadas por los jueces.

Esto redundaba en un primer ocultamiento, sobre el que reposa el hecho de que en la jurisprudencia las sentencias pueden consagrar con relativa facilidad la desigualdad y la discriminación contra el género.

Históricamente se manifiesta con toda nitidez el ocultamiento de la violencia en los mecanismos de formación y en las estructuras de conservación de las leyes; en razón de que si bien éstas planteaban una determinada forma de tratamiento de la realidad, los hechos sociales desmentían una y otra vez el rigor del Derecho.

Durante los primeros tramos de la Revolución Francesa los postulados de Igualdad, Fraternidad y Libertad en un principio incluyeron a las mujeres.

Pero ocurrió lo previsible cuando desde el poder se afirma algo y luego en la práctica no se acierta, por diversos motivos, con los mecanismos básicos para concretar este enunciado.

A partir de ese momento histórico las leyes no autorizaron en forma explícita la violencia física contra la mujer, lo que no implicaba de ninguna manera la igualdad de derechos del hombre y la mujer; se mantuvo su subordinación legal tanto en el Derecho Civil como en el Penal, pero se limitó el derecho del hombre a golpearla, al menos en el texto de las leyes.

Las reformas legales sobre este tema fueron realmente muy lentas. Las vicisitudes en el proceso de formación de las leyes – como por ejemplo la supresión del derecho al nuevo matrimonio de los divorciados efectuada por la llamada Revolución Libertadora en nuestro país – reflejan en las palabras de éstas las relaciones de poder que existen en una época determinada.

Un ejemplo de la oscuridad, el ocultamiento y la hipocresía imperantes en los mecanismos de formación de las leyes fue la sanción largamente esperada de la nueva ley que consagró el divorcio vincular.

Se estudiaron modificaciones a los proyectos pertinentes, se antepusieron hechos fortuitos – como la visita del Papa - , y algunas personalidades variaron sorprendentemente de posición. Todas éstas y muchas otras circunstancias que intentaron demorar la sanción de la ley, demostraron una vez más el grado de poder de cada sector contrario a un avance real y significativo – que era la formalización de una situación que ya vivía la sociedad en forma global – ejerció con maniobras dilatorias la hipocresía de un poder encubierto.

La violencia contra el género mujer en el Derecho se asienta sobre la consagración de la desigualdad y sobre el fondo de esta desigualdad de personas que no tienen por qué serlo, se genera la violencia que abarca a ambos términos de la situación conflictiva: por un lado el establecido como superior se considera ejerciendo los atributos que le han impuesto y, por otro lado, el que recibe la imposición de su minoración legal resiente notablemente su relación con el primero, de quien con fundamento teme le haga sentir su desigualdad.

La desigualdad de derechos es irracional y, en cada país y en cada etapa histórica reviste características particulares que responden a las esferas de poder y a la magnitud de sus influencias a través de los distintos sistemas políticos.

En nuestro país, la violencia explícita de las leyes es aún tema de honda preocupación para todos los que aspiran legítimamente a vivir y trabajar en medio de una sociedad justa, igualitaria, y tendiente a una paz duradera.

Se pueden mencionar:

- 1) La discriminación de la mujer en la familia, que subsistió sin modificaciones hasta la sanción de la ley de divorcio vincular y la patria potestad compartida.
- 2) Administración de bienes: a cargo del marido en los bienes gananciales de origen indeterminado.
- 3) Obligatoriedad de las tareas del hogar y crianza de los hijos a cargo de la mujer por fallo jurisprudencial.
- 4) Art. 940 del Código Civil: temor reverencial de la esposa ante su cónyuge.
- 5) La mujer no puede realizar trabajos nocturnos o insalubres, que suelen ser los más calificados.
- 6) Guarderías, período de excedencia por nacimiento: sólo la mujer puede tomar estos beneficios.
- 7) Delitos sexuales (contra la honestidad, violación de la esposa y de la prostituta).
- 8) Aborto: se debería estudiar a fondo el marco de las causales socioeconómicas y la contemplación de la despenalización.

En los últimos tiempos el fenómeno de la violencia contra la mujer – en especial la violencia doméstica – se hace cada vez más visible y la sociedad tiende a ser más receptiva en relación con su estudio y las formas de combatirla. Este cambio es debido a :

- a) La nueva posición de la mujer en la sociedad así como también a las luchas y movimientos de mujeres.

- b) La sociedad ha comenzado a considerar los derechos de los componentes de la familia como derechos humanos.
- c) La actividad de organismos internacionales y los acuerdos celebrados por los Estados en este marco, que consagran la plena igualdad de hombres y mujeres.
- d) Las estrategias diseñadas y las políticas recomendadas por estos organismos.

De acuerdo con este contexto, en nuestro país resulta necesaria la modificación de las siguientes leyes:

En el Derecho Penal: Se debe crear una figura penal especial que contemple la violencia doméstica tipificándola como un delito diferente e incorpore la inversión de la carga de la prueba; se deben arbitrar medidas precautorias protectoras de la seguridad de la mujer luego de la denuncia o durante el proceso, que impidan al agresor acercarse a la casa de la mujer o su lugar de trabajo; es preciso contemplar procedimientos alternativos: en lugar de prisión, conservación de la libertad cumpliendo con la obligación alimentaria, tratamiento psicológico y, durante los fines de semana, realización de tareas comunitarias; cambio en la tipificación de los delitos sexuales para que se los incluya entre los delitos contra la libertad y no contra la honestidad.

En el Derecho Civil: Modificar los conceptos de violencia, abuso psicológico, etc., para hacer viable la defensa de la esposa golpeada, y jerarquizarlos como causales de culpabilidad en el divorcio, tenencia de hijos; extender la protección a la concubina del derecho a solicitar la exclusión del hogar conyugal del golpeador, y considerar este vínculo como agravante en las acciones penales.

En el Derecho Procesal: Crear un procedimiento especial para el incidente de exclusión del marido del hogar conyugal que permita una efectiva protección de la mujer y los hijos;



incluir en casos determinados la posibilidad de decretarla *in audita parte* brindando durante su trámite la protección adecuada a la mujer.

### **Mujer y enfermedad, la violencia en medicina.**

La sexualidad de la mujer ocupa un papel preponderante en el discurso médico: el útero es el personaje privilegiado de esta preocupación.

A lo largo de la historia de la medicina se han otorgado múltiples sentidos a dicha víscera (también a los ovarios, cuyo descubrimiento fue posterior); muchos de esos sentidos responden a mitos, creencias e ideologías instituidas con pretensión de cientificidad. De este modo el útero fue considerado fuente y motor de todos los trastornos de salud de las mujeres.

Aún hoy se encuentran prácticas y afirmaciones que responden a perjuicios infiltrados en el pensamiento médico; gran parte de ellos asociados a la “inferioridad” de la mujer.

Pero fue surgiendo la presencia de mujeres que ejerciendo el arte de curar, ya fuese como sanadoras o médicas, desmentían las afirmaciones de inferioridad y señalaban los esfuerzos de un sector del género decidido a oponerse a la subordinación.

### **Reseña histórica**

Los papiros egipcios de Kahun y Ebers (1.900 A.C.), enfatizaban acerca de la mala posición de la matriz como responsable de múltiples alteraciones de la salud femenina: dolores musculares y de dientes, irritabilidad y negativa a levantarse de la cama. En el interior del cuerpo de la mujer habría un ser maligno responsable de las migraciones del

útero (corrimientos en el interior del cuerpo) que produciría toda clase de enfermedades. En una etapa posterior las mujeres participaban en el ejercicio médico; así por ejemplo en la “Escuela de Medicina de Sais en que las Madres Divinas, especie de sacerdotisas, impartían enseñanzas fundamentales sobre problemas ginecológicos a estudiantes del sexo femenino”.

En Grecia el corpus hipocrático también enfatizaba las patologías uterinas; recomendaba el matrimonio temprano como regulador de la uteridad y la sexualidad.

Las jovencitas, en caso de no ser prontamente desvirgadas, podrían sufrir visiones, delirios y angustias debido a que la sangre no encontraría rápidamente su salida. Platón y Aristóteles retoman la tradición hipocrática centrando en el útero migrador todos los males posibles e incorporan la famosa geografía corporal de dos almas: una alojada en lo alto, en el pecho, la del coraje militar; y la otra, asentada en el vientre, el lugar del deseo y la concupiscencia.

Como las mujeres se definen por la matriz, su alma correspondería al mundo de lo bajo y concupiscente.

La medicina griega es incorporada por los romanos, quienes aceptan la presencia de mujeres médicas. El ejercicio de la medicina quedaba a cargo de mujeres pertenecientes a las clases altas y podían practicarla dentro de sus familias.

Galeno (131 – 201 D.C.) reproduce los esquemas platónicos y aristotélicos: los hombres serán secos y calientes y las mujeres frías y húmedas.

Frialdad que reitera su inferioridad respecto del varón; será un ser incompleto ya que, por falta de calor, sus genitales no habrían podido descender. Sus enseñanzas habrán de remitirse a toda la Edad Media.

La teoría de los úteros migratorios y el déficit que ello implicaba – relacionada con la idea de desorden aportado por la mujer – constituía una clave para la “comprensión” de la fisiología femenina, que de este modo era considerada socialmente inferior debido a su naturaleza; el discurso médico testimoniaba dicha “inferioridad social” aportando su palabra “científica” al respecto.

A su vez, las religiones no dudaban respecto de esta fisiología; el Levítico, establece que la mujer menstruante mantiene su impureza durante siete días y quien la toque compartirá dicha impureza.

Mahoma entiende que la menstruación es un mal; por eso será preciso mantener lejos a las menstruantes hasta que vuelvan a ser puras.

En la Edad Media los discursos médicos y cristianismo se oxigenan recíprocamente. La religión sostendrá que las mujeres no tienen alma, por lo cual serán fácilmente habitadas por el demonio.

Resultará imprescindible cuidar su pudor, hecho que adquiere relevancia en los partos: sólo podrán ser atendidos por comadronas.

Los hombres no podían presenciarlos, ni aún siendo médicos. Las Escuelas de Medicina de la época no mencionaban la obstetricia, ya que era un terreno interdicto por la religión. Esto determinó que algunos de los descubrimientos sobre este tema se relegaran al olvido.

Frente a estos problemas y siendo aún desconocidas las técnicas obstétricas se apelaba a descuartizar al bebé en el interior del útero utilizando agujas de crochet, práctica ejercida tanto por médicos como por parteras y que se llevaba a cabo sin anestesia, puesto que ésta aún no había sido inventada.

Las matronas y sanadoras carecían de autorización para asistir a clases de perfeccionamiento en las universidades, vedadas a las mujeres, aunque en algunos lugares de Europa se les permitía participar de ciertos cursos.

Fue famoso el caso de Jacoba Pelicier, procesada en 1322 por ejercicio ilegal de la medicina. Juzgada en París, donde había seguido “cursos especiales”.

Sus testigos afirmaron haber sido curados por ella cuando los médicos habían fracasado. Es de suma importancia destacar que no se la acusaba de incompetencia sino de haber tenido la osadía de curar siendo mujer.

Esta política no coincidía con la de las Escuelas de Medicina de El Cairo, (tampoco con las de Toledo y Córdoba), donde existían clases para mujeres “centradas en cuidados obstétricos, ginecológicos y de la primera infancia”.

En El Cairo las sanadoras eran las que se ocupaban de los niños del harén a los que los médicos no tenían acceso.

En el siglo XI, en Salerno, se crea una Escuela de Medicina en la que aparecen mujeres médicas, algunas de ellas profesoras.

En el siglo XIV se encuentran documentos de excomunión de varias mujeres por ejercer la medicina sin licencia.

En 1591, en Inglaterra, Agnes Simpson fue quemada en la hoguera por haber intentado aliviar los dolores de parto con opio y láudano.

La historia de las matronas y sanadoras de aquellas épocas muestra contradicciones, de cualquier modo, todos los testimonios sobre partos evidencian un alto riesgo para la madre y el niño, además de sufrimientos indescriptibles.

### **Renacimiento, iluminismo (siglos xv al xviii).**

Durante el Renacimiento se mantiene una visión de la mujer que por una parte la muestra como inferior y maldita y, por otra, como cortesana seductora.

Heredera de las cortes de amor y de los poemas de los trovadores medievales, su estado oscila entre un extremo de idealización y otro de descrédito.

Ambrosio Paré, en el siglo XVI, escribe sobre la menstruación: “Las reglas provienen de una superfluidez de humores fríos y húmedos que las mujeres no pueden absorber a causa de su falta de calor.

Si los hombres no tienen reglas es porque, en tiempos normales, su virtud natural, cálida y fuerte, digiere esa superfluidez”. Esa superfluidez es peligrosísima y debe ser evacuada o digerida, es sangre corrompida, formada por residuos melancólicos, generadora de enfermedades, en especial de lepra.

Con anterioridad, en el siglo XIV, Henri de Mondeville, había escrito sobre el mismo tema afirmando: “Esa sangre es la muerte, la podredumbre amenazante y cuando después de la concepción queda encerrada en los miembros del feto engendra la lepra, la rubéola y la viruela”.

En 1.650 se descubre que el embrión se desarrolla en un huevo y que la mujer produce un óvulo que será fecundado por el espermatozoide. En 1.677 se descubre el espermatozoide.

De este modo se evidencia la responsabilidad de ambos sexos en la fecundación. Entonces la tarea materna conceptualizada como función se convierte en objeto de veneración y cuidado a través de la atención médica.

Se privilegia la debilidad de la mujer en razón de sus partos y se enfrenta, entonces, una nueva ideologización del discurso médico, que fomentará la ecuación que está vigente hasta hoy día: mujer igual útero, igual madre.

En el siglo XVII se señala la represión sexual sobre la mujer asociada a la valoración de sus posibilidades como reproductora. Es una represión que formará parte del naciente orden burgués, que considera incompatibles sexo (maternidad) y trabajo.

Generalizando podríamos decir que en el siglo XVIII aquella conducta que se diferenciara de la maternidad colocaba a la mujer en situación de riesgo.

Sin embargo, en esa época, se inicia una serie de juicios por mujeres o contra mujeres y ganados por ellas, en lo que habría de ser un relámpago anticipatorio de la lucha por sus derechos.

Desde fines del siglo XVIII se instaló en ciertos lugares de Europa la costumbre de recurrir a los médicos cirujanos para acompañar los partos.

Eran los tiempos de la Enciclopedia y parecía “más racional” hacerlo de ese modo, a pesar del pudor de las mujeres.

En ese entonces había dos estilos de parteras: las matronas que trabajaban especialmente en áreas rurales, no tenían diploma alguno y eran miradas con sospecha por la Iglesia, que les adjudicaba poderes ocultos; y las obstétricas diplomadas, que sólo podían trabajar bajo la dirección del médico.

Durante el Iluminismo existió cierta conciencia respecto de la situación de la mujer, lo cual, sin modificarla produciría varias sentencias judiciales favorables para las mujeres.

**Úteros, ovarios, vocación de mujer sin clítoris**

En el siglo XVIII se produce en Europa “cierto florecimiento de la ginecología y obstetricia” con la publicación de libros escritos por mujeres, como por ejemplo Marta Means. Estalla, entonces, una polémica sobre la dedicación de hombres y mujeres a la obstetricia.

El capitalismo industrial del siglo XIX ratifica la posición social de la mujer, ahora servidora de los hijos y responsable por ellos.

El discurso médico aparece revalorizando la función materna y la uteridad si se lo compara con épocas anteriores y se reconocen las patologías de la reproducción, disminuyendo la fuerza de los mitos.

Pero, a pesar del nuevo enfoque, dicho discurso acerca de la fisiología de la mujer no se diferenciaba demasiado de lo que habían sostenido sus antecesores, se seguían definiendo las funciones femeninas como intrínsecamente insanas.

Las menstruaciones eran consideradas síntomas de mala salud que exigían reposo: “El flujo menstrual agrava cualquier molestia uterina previa y vuelve a avivar con facilidad las llamas adormecidas del mal”.

Las menstruaciones dolorosas eran, para los médicos, consecuencia de una constitución irritable o de hábitos indolentes.

La menopausia era una enfermedad incurable, la muerte de la mujer dentro de la mujer. Se pensaba que la tuberculosis era desatada por el aparato genital y se la mostraba como modelo de enfermedad femenina por la fragilidad de su protagonista: palidez, piel transparente, labios encendidos.

Era el mito de la mujer tísica acompañado por el romanticismo de la época.

La medicina atribuía cualquier molestia femenina a defectos congénitos o a toda actividad que saliera dentro del marco de las consideradas femeninas: exigencias sexuales,

competencias atléticas, bailes repetidos. Por eso, cuando comenzaba la menarca, las mujeres de clase alta guardaban cama para no malgastar la energía disponible para esa función.

De allí los educadores concluyeron que estudiar podía resultar fisiológicamente peligroso para la mujer, un desgaste “añadido”.

La práctica médica diagnosticaba desde el dolor de cabeza hasta la indigestión o el dolor de garganta como producto de la alteración uterina.

Para el tratamiento de los trastornos uterinos, los métodos terapéuticos utilizados eran la aplicación de sanguijuelas en los labios vulvares o bien provocando lo que se llamaba una contrairritación si se pensaba que existía irritación genital que consistía en provocar la aparición de llagas en las ingles y muslos.

La aplicación de sanguijuelas sobre los pechos también podía resultar eficaz, según recomendaba el ginecólogo, y en algunos casos también se aplicaban sanguijuelas en el cuello del útero.

El aislamiento psíquico y la permanencia en cama durante meses era otra terapéutica recomendada para el nerviosismo, así como los baños calientes y una alimentación sin carne ni especias.

Los tratamientos más brutales se practicaron en el campo de la cirugía por medio de la ablación del clítoris y la extirpación de los ovarios, considerados productores de graves dolencias.

Ente 1.860 y 1.890 se realizaron en Estados Unidos miles de intervenciones sobre los ovarios con criterio preventivo, para aquellas mujeres de carácter díscolo, con excesiva afición a la comida y a las inclinaciones eróticas.



La clitoridectomía avalada como hecho ritual se practica aún hoy entre los somalíes, los egipcios, Sudán, Chuncho (Perú), en vastísimos territorios africanos y asiáticos y en algunas regiones de Australia.

En 1.960 intervino la Organización Mundial de la Salud, sin resultados, ya que se sigue practicando en un número significativo de países.

Su finalidad sería privar a la mujer de una zona productora de un placer que no es necesario para la fecundidad.

Es interesante las justificaciones a cargo de los médicos, en 1.858, Isaac Baker, presidente de la Medical Society of London, introdujo la ablación del clítoris para tratar lo que él llamaba las consecuencias de la excitación periférica.

Según él, dichas consecuencias incluían la epilepsia, la histeria y los trastornos convulsivos en general.

Marie Bonaparte, psicoanalista, discípula de Freud, se ocupó del tema propiciando la operación y argumentando que de este modo se suprime una reliquia inútil del falo.

En 1.974, el profesor Pierre Hanry afirmó que la escisión suprime un órgano de placer estéril, por lo tanto asocial, para dejar subsistir, solamente, el órgano del placer fecundo, es decir, social.

Con respecto a la histerectomía el psiquiatra Laing, en 1.977, dijo: “En la conferencia de Roma – de donde venía - los ginecólogos han contado que la histerectomía era la respuesta a la anticoncepción, era una industria y por lo tanto practicada por médicos que no tienen el menor respeto por el problema emocional que supone para la mujer el hecho de perder su útero para siempre.

Existe la creencia que la mayoría de los ginecólogos odian a las mujeres. La envidia uterina de la función biológica es posiblemente más profunda que la conocida envidia del pene achacado a las mujeres”.

Con respecto a la dinámica hormonal y su relación con lo psicosomático, que constituye un tema de enorme trascendencia, endocrinólogos y psicólogos trabajan enfatizando la relación existente entre las emociones y las respuestas endocrinas y viceversa.

Para algunos autores la tensión premenstrual es un típico ejemplo de trastorno psicosomático.

Actualmente es difícil que puedan aislarse para una propuesta diagnóstica.

### **El dinero sexuado : violencia y contraviolencia de la dependencia económica**

Tanto la violencia, como el dinero han formado parte del repertorio masculino. Y como tales, pueden incluirse en el discurso varonil sin que eso altere el supuesto orden natural de las cosas.

Se ejerce violencia sobre la mujer por medio del dinero, ya que hay quienes aún persisten en creer que el sometimiento es el mejor método para ejercer autoridad, y quienes sostienen que corresponde a la naturaleza femenina el ocupar un lugar de subordinación, porque todavía existen quienes detentan un lugar de privilegio y ejercen el poder a través del dinero. Un poder que no desean compartir.

Este tema, en realidad, enfrenta a todos – hombres y mujeres – con sus propios prejuicios y con el temor a perder una situación conocida.

Y este temor está presente tanto en los varones como en las mujeres. Y es este temor el que les dificulta vislumbrar las adquisiciones, o dicho de otra manera – que rememora a viejos cuentos infantiles – a muchos hombres les cuesta dejar de ser príncipes y a muchas mujeres les cuesta dejar de tener un príncipe.

### **La violencia de la sexuación o el mito de que “el dinero es cosa de hombres”.**

El fenómeno de sexuación tiene la particularidad de estar tan presente que se vuelve invisible. Y de ser tan cotidiano que deviene “natural”.

Resulta “natural” por ejemplo, que en las reuniones los hombres hablen de dinero y las mujeres de los chicos.

Natural también que ellos entiendan lo que significa un millón de dólares – aunque nunca lleguen a tenerlo – mientras a las mujeres “no les entra en la cabeza”.

Natural que los hombres tengan conciencia del presupuesto familiar y que por ello no sean vistos como materialistas.

Natural que trabajen por dinero y no por amor, como a veces lo hacen las mujeres.

Natural también que se reserven el derecho a ser los hombres los que decidan los gastos de envergadura y quienes administran las herencias.

Natural que ganen más que la mujer. También natural que los hombres paguen la cuenta del restaurante, o que hagan como que la pagan ellos aunque sean las mujeres quienes les pasen el dinero por debajo de la mesa.

Tan natural resulta el dinero en manos de los varones que se produce una asociación simbólica por la cual el dinero queda adscripto a lo masculino.

Llega a ser considerado, incluso, sinónimo de virilidad y masculinidad.

Esta asociación es compartida por las mujeres quienes, convencidas de que el dinero es masculino, deducen también que “masculiniza” y temen su contacto por el riesgo que supone de llegar a perder femineidad.

Esta creencia de que el dinero “es cosa de hombres” es avalada por nuestra cultura que refuerza la asociación con lo varonil de muchas maneras. Por ejemplo, es muy difundida la creencia de que el dinero ensucia, contamina y pervierte.

Y que eso afecta irremisiblemente la pureza, belleza y pulcritud asignadas a la femineidad. Existen incoherencias en los prejuicios populares que hacen creer, por ejemplo, que algo rechazable como la suciedad, la contaminación o la venalidad económica son deteriorantes para un individuo mujer, pero no causan mella a la integridad de un individuo varón.

También resulta doloroso descubrir los prejuicios con que se instrumentan algunos conceptos científicos.

Por ejemplo, en psicoanálisis, el dinero ha sido visto por Freud como formando parte de una ecuación que lo asocia con las heces, con el pene y con los bebés.

Se ha constatado que esta ecuación sigue siendo válida, pero lo que no son válidas son algunas de las interpretaciones que de ella se hacen.

Por ejemplo, que las ambiciones económicas son propias en los varones pero impropias en las mujeres porque ellas deben satisfacerlas, simbólicamente con el deseo del hijo.

Se advierte como a partir de un concepto teórico válido se pueden deducir afirmaciones que discriminan a los sexos y generan iatrogenia.

De muchas maneras se refuerza la idea de que el dinero es “cosa de hombres”.

La asociación entre el dinero y lo varonil también está presente en la norma social que asigna al hombre el deber de mantener económicamente a la mujer.

Y junto con este deber la atribución de administrar sus bienes.

Se dan luego las paradojas sociales que, a menudo, con la inclusión de las mujeres en el mercado laboral suelen ser ellas quienes mantienen el hogar pero sin embargo siguen siendo los hombres quienes manejan los bienes.

El hecho de que esta administración le corresponda al varón es vista como natural tanto por hombres como por mujeres.

Las mujeres tienden a administrar el dinero del mes, los “dineros chicos”, los de la casa y la comida, aquellos que no dejan huellas, mientras que los varones, casi sin excepción, administran los “dineros grandes”.

Como si existiera una división sexual del dinero por la cual los “dineros chicos” no entran en conflicto con lo femenino.

Mientras que, por el contrario, los “dineros grandes”, los que son bien visibles, los que dejan huellas y pueden ser usados para ejercer el poder resultan impropios con el “ser femenino” y por lo tanto administrados por los hombres.

Esta división sexual del dinero es la que explica en gran parte que, casi sin excepción, las herencias que reciben las mujeres sean administradas por los varones, con el consentimiento de ambos.

Estos son algunos ejemplos concretos del fenómeno de sexuación del dinero que, avalado por hombres y por mujeres, es expresión de una enorme violencia.

Violencia que se encarna en el prejuicio de creer que el dinero es cosa de hombres e incompatible con lo femenino.

Este prejuicio está sustentado a su vez en la ideología patriarcal que alcanza en sus efectos devastadores a ambos sexos.

Pero eso sí, de manera muy distinta. Los varones, condicionados por esta sexuación, se ven obligados a ser los que tienen el dinero y afianzar con ello su masculinidad.

Se dice que un hombre con dinero es “bien macho”. A cambio del peso que significa esta imposición social, usufructúan los beneficios de disponer del dinero y cuentan con la posibilidad de ejercer poder a través de él.

Una posibilidad que utilizan demasiado a menudo muchos de los hombres.

A su vez, las mujeres, condicionadas también a que el dinero es “cosa de hombres” han ido conformando su subjetividad y femineidad en conflicto con el dinero, configurando así una situación de dependencia.

Situación que intentan compensar con algunos de los beneficios que ésta ofrece, como el confort y la protección.

Pero a diferencia de los varones, que preservan el derecho a moverse con libertad, poder elegir y desarrollar capacidades productivas, las mujeres terminan cercenando su propio desarrollo.

El confort que les ofrece la dependencia cobra altísimos intereses que comprometen su salud mental y es muy frecuente que terminen descapitalizadas en dinero y en desarrollo personal.

La sexuación del dinero genera condiciones insalubres para el psiquismo. Y en esa insalubridad reside parte de la violencia invisible, encubierta en el paternalismo que suelen ejercer con gusto los varones y reclamar a menudo las mujeres.

Violencia con apariencia de generosidad y protección.

Violencia que se filtra y mimetiza con ciertas ilusiones infantiles promovidas por la cultura como la del príncipe azul que salva a la mujer.

Violencia que adquiere visos siniestros porque pasa inadvertida al amparo de los hechos cotidianos, tan reiterados, tan obvios, tan invisibles y tan deteriorantes.

## **Violencia de la dependencia económica**

Este fenómeno de sexuación es en gran medida responsable de la dependencia económica de las mujeres.

La dependencia en general es una situación que genera un estado de inermidad e impotencia.

Se configuran limitaciones que condicionan carencias que otro deberá cubrir.

A veces las situaciones de dependencia son impuestas por la especie como en el caso de los bebés, los niños pequeños y los ancianos. Otras por el infortunio, como en el de los enfermos.

Otras dependencias son el resultado de sistemas de organización social que ubican a algunos individuos en inferioridad de condiciones respecto de otros, como sucede con los analfabetos, los pobres y las mujeres.

Todos esos tipos de dependencia, tienen algo en común. En todas ellas hay alguien que - de manera abierta o encubierta, por propia decisión o imposición – delega en otros la posibilidad de decidir.

De esta forma la capacidad de elección y el poder de decisión se le vuelven ajenos. En esa ajenidad se hace carne la sumisión. Es en estos tipos de dependencia en los que se entrelaza la violencia.

Estas situaciones de dependencia son distintas de aquella otra que se suele llamar “dependencia normal”, que es la que se da entre personas adultas y sanamente afectivas, ocupadas y preocupadas por aquellos a quienes quieren y por quienes son queridas.

Hay una situación particular de dependencia en donde impera la violencia.

Es la situación de dependencia y marginación económica en la que están inmersas las mujeres.

La violencia implícita en esta forma de dependencia, se origina en distintas fuentes y adopta formas diversas.

A veces es posible ubicar las fuentes de la violencia en el medio social y en las discriminaciones manifiestan que se dan en él.

Así, por ejemplo, cuando a una mujer se le paga menos que a un hombre por el mismo trabajo.

Impacta confirmar que, en relación con el escalafón, las mujeres son una multitud en los niveles más bajos y prácticamente inexistentes en los más altos.

También resulta sorprendente que en eventos científicos en donde la mayoría de los participantes son mujeres, los lugares de prestigio y autoridad sean ocupados por varones.

Las estadísticas de la UNESCO dan prueba de esto:

“Las mujeres representan el 50 por ciento de la población adulta del mundo y un tercio de la fuerza de trabajo oficial, pero realizan casi las dos terceras partes del total de horas de trabajo y reciben sólo una décima parte del ingreso mundial y poseen menos de una centésima parte de la propiedad inmobiliaria mundial”.

Es necesario negar muchos aspectos de la realidad para seguir afirmando que no existe violencia económica sobre las mujeres.

Porque aunque las mujeres, como lo muestra dicha estadística, cubran las 2/3 partes de las horas totales de trabajo, quedan sin embargo asignadas y restringidas al dinero menor.

Menor en cantidad y menor en satisfacciones. Al dinero de la “caja chica” como se lo ha llamado.



La dependencia económica de las mujeres es el resultado de una discriminación real que existe y es posible constatar estadísticamente.

Esta discriminación vehiculiza una violencia concreta y manifiesta. Violencia sin eufemismos. La violencia de la dependencia.

Existen otras formas de violencia que no derivan de esas discriminaciones manifiestas como las que recién se señaló. Son violencias encubiertas.

Son las que se hacen presentes cuando, por ejemplo, el marido se hace rogar para dar a su mujer el dinero que es conyugal y también a ella pertenece.

O cuando, con su actitud reticente, fuerza a la mujer a pedirselo una y otra vez. Cuando controla sus gastos y exige detalles pormenorizados de los mismos. Situación denigrante que él seguramente no toleraría para sí.

Cuando la trata, a la mujer, como a una niña y si, efectivamente ella se comporta como tal, él contribuye a perpetuar esa actitud. Cuando da por descontado que el coche familiar es de uso prioritario del varón.

Cuando llega a decirle incluso que el dinero es de quien lo provee y “ella no trabaja”, negando así y deformando la realidad por la cual los servicios domésticos y maternos prestados por una mujer dentro de la sociedad conyugal, tienen un equivalente económico sin cuyo aporte el capital dinero que obtenga el marido se vería sensiblemente reducido.

La ecuación se hace más evidente aún cuando se le paga a una persona de servicio lo que se le escamotea a la esposa.

La violencia también está presente en la convicción que tienen muchas mujeres de que el dinero no les pertenece.

Esa misma violencia transformada aparece en forma de mentira cuando las mujeres dicen, por ejemplo, que gastaron menos de lo que en realidad pagaron cuando compraron algo para ellas.

En esta mentira hay miedo encerrado. El miedo de que el otro censure por haber hecho uso de un bien vivido como ajeno. A veces el otro no censura, pero el temor persiste y también persiste la vivencia de algo indebido.

Es imposible hablar de dependencia sin tomar en cuenta las múltiples y complejas violencias que ella implica y genera.

### **La contraviolencia de la dependencia económica.**

No sólo se habla de la violencia que se ejerce sobre el individuo dependiente sino también de la violencia con que responde el que depende.

Violencia a menudo disfrazada y tortuosa. Violencia que recurre a mecanismos encubiertos. Mecanismos que son así porque al dependiente le está vedado – justamente – la expresión libre de su propuesta.

Los modelos de relación entre los individuos (en este caso hombre-mujer) que sostienen y promueven la dependencia implican tal violencia que lo único que pueden generar es contraviolencia.

Cuando en una pareja es el hombre quien administra el dinero y se lo da día a día a su mujer estamos – sin lugar a dudas – en presencia de una situación de dependencia por parte de la mujer.

Y estamos, también, en presencia de una compleja red de violencias que surgen de esa situación dependiente.

Como no hay castigos físicos ni gritos, la violencia puede pasar inadvertida.

La actitud paternal del

Similar a que tienen los niños que deben pedir dinero porque aún no están en condiciones de adquirirlo.

Por otra parte, el hecho de contribuir a que un adulto funcione como un niño es un ejercicio de violencia. El tener que pedir pone al que pide a merced del dador que puede caer en la tentación de poner condiciones.

La violencia que se ejerce sobre alguien dependiente tiene muchos matices.

Si coincidimos en que la administración exclusiva el dinero por un solo miembro de la pareja ejerce violencia sobre el otro, se va a tener que aceptar que ese otro reaccionará de alguna manera. Y que esa manera podrá ser abierta o encubierta.

Si se rebela y no acepta la situación habrá posiblemente un intercambio de opiniones violentas por ambos lados, pero explícitas, hasta que se consiga un equilibrio que satisfaga a ambos.

Si por el contrario se tolera la violencia o no se la puede enfrentar, la reacción muy posiblemente será encubierta y podrá aparecer en forma de contraviolencia.

Hay muchas formas habituales de contraviolencia por parte de las mujeres, que son las que sufren – por su sexo – este tipo de violencia económica.

Por ejemplo, desentenderse absolutamente de las cuestiones económicas y delegar toda esa carga en los hombres.

Pareciera que de esta manera intentan, las mujeres, compensar la exclusión en las decisiones con la falta de compromiso. Otra forma de contraviolencia es sacar provecho del lugar de víctima e intentar obtener beneficios secundarios.

O delegar el control de lo económico en los hombres y retener para sí el control sobre los afectos familiares, fundamentalmente sobre los hijos. Como la contraviolencia está obligada a ser subterránea, puede llegar a adquirir formas tortuosas y laberínticas.

Y no resulta poco frecuente que algunas cuestiones de dinero tengan su repercusión en el lecho conyugal. (Hay quienes sostienen que cuando las cuentas no se resuelven sobre la mesa se terminan dirimiendo en la cama).

Cuando las mujeres toleran la dependencia económica o se adaptan a ella, el resentimiento resultante encuentra su cauce de expresión a través de la contraviolencia.

De esta manera, la pareja se instala en una relación afectiva, sexual y económica, basada en la desconfianza mutua.

Es obvio que el efecto deteriorante de las consecuencias de la dependencia económica en las mujeres afecta a ambos miembros de la pareja.

Lo que no resulta tan obvio – y muy poca gente lo pone en evidencia – es que la mujer es afectada doblemente porque a la mujer se le suman las limitaciones que dicha dependencia genera al deterioro que en su personalidad provoca la incapacidad para tomar decisiones, hacer elecciones y asumir responsabilidades de la acción extradoméstica.

La independencia económica posibilita un grado de libertad y movilidad que estimula el desarrollo de proyectos personales y da cabida a la adquisición de habilidades y experiencias que van enriqueciendo al individuo.

Es frecuente encontrar que los hombres en la edad media de la vida vivencien una cierta capitalización de las energías y dedicaciones invertidas en sus años anteriores.

También, es frecuente observar el sentimiento contrario en las mujeres que se sienten descapitalizadas, tanto en dinero como en experiencias de producción y creatividad.

Muy a menudo en estos casos, el malestar que produce la injusticia de una capitalización tan despareja suele llevar a las mujeres a estados de profunda depresión.

Estados en que ni siquiera es posible usar la contraviolencia para defenderse de la violencia recibida.

La violencia y la contraviolencia que implica y genera la dependencia económica está profundamente arraigada en nuestra cultura.

Lograr cambiar esta situación no será tarea fácil. Pero ningún cambio profundo ha sido fácil y la humanidad ha progresado cuando ha sido capaz de enfrentar los prejuicios, tanto en lo científico como en lo social.

La sexuación del dinero es otro prejuicio instalado profundamente en nuestras prácticas sociales cotidianas.

Y esa sexuación es portadora de una violencia que se hace bien evidente en la dependencia económica que sufren las mujeres, y en la defensa reactiva de éstas sobre los varones en forma de contraviolencia.

Para contribuir al cambio es preciso enfatizar la necesidad de una reflexión profunda y comprometida como primer paso para desenmascarar la sexuación encubierta en las prácticas cotidianas.

Ello dará luego paso a un aprendizaje progresivo que le permitirá, a la mujer, hacerse cargo tanto de las responsabilidades que significa administrar el dinero como de disfrutar sin culpa de las posibilidades que dicha administración ofrece.

El uso no sexuado del dinero abre el camino para un modelo de relación distinta entre los sexos. Un modelo que no esté signado por la necesaria subordinación de uno a otro. Un modelo que dé cabida al juego por el poder en forma abierta, desembozada y paritaria en

lugar de negarlo o de obligar a unos y otros a desplegar complejo mecanismos llenos de hipocresía.

### **El dinero: un objeto transicional**

En gran medida, la vida de una enorme cantidad de mujeres está signada por la dependencia. Dependencia afectiva, intelectual y económica.

Algunas mujeres se perpetúan en comportamientos dependientes en lo económico aún cuando tuvieran independencia económica y fueran capaces de ganar dinero en abundancia.

Se está en presencia de una independencia sin autonomía (económica).

Conceptuar al dinero como objeto transicional permite nuevas perspectivas y posibilita “mirar con ojos nuevos muchos problemas antiguos”.

Concebir de este modo al dinero, posibilita el estudio de complejos fenómenos psicosociales.

Uno de ellos es la sexuación del dinero, el de su incidencia en la adquisición de la identidad de género y el de la perpetuación de los estereotipos sexuales resultantes, que obstruyen el desarrollo de funciones.

Existe un importante campo de experiencia que se da entre lo intrapsíquico y la realidad exterior, se lo denomina: zona intermedia.

En esa zona intermedia se dan procesos de interacción, fenómenos transicionales en donde es posible ubicar los objetos transicionales.

Estos no se tratan de un objeto específico, sino que no son más que un signo tangible de ese campo de experiencias.

El objeto transicional es un objeto exterior en el que se ha producido la proyección de lo que ya se ha introyectado.

En él confluyen, amalgamadas, la realidad interior y la exterior.

Es un objeto que por sus características propias, o por su presencia en un momento crucial de la vida del individuo, o por su ubicación en un lugar ineludible de la compleja relación entre lo intrapsíquico y lo sociocultural, se convierte en receptáculo de complejas proyecciones y en portador de mandatos sociales.

Es un objeto al que se le termina atribuyendo cierto animismo. No se trata tanto del objeto en sí sino del uso que de él se hace.

El dinero ocupa un lugar privilegiado en esa zona de interacción entre lo intrapsíquico y la realidad exterior.

Tal vez ese privilegio resulte, entre otras cosas, del hecho de que en nuestra cultura es un intermediario inevitable en el intercambio social, a lo que se debe agregar que es un instrumento de poder indiscutido. Y como tal, usado al servicio de las más variadas ideologías.

El dinero pareciera ocupar un lugar en esa *zona intermedia*, y ser uno de sus mejores exponentes.

Desde esta perspectiva el dinero funciona como un objeto transicional, como un “signo tangible” de esa zona de confluencias inevitable entre el “adentro” y el “afuera”. Zona donde lo sociocultural se vuelve interior y lo intrapsíquico se expresa en el afuera.

No se trata de una simple zona de pasaje, sino de interacción en que se producen fenómenos que han de signar el futuro de un individuo. Es la zona donde se juega – entre otras cosas – el proceso de adquisición de la identidad de género sexual.



El género sexual – culturalmente determinado – reúne una cantidad de atributos que frecuentemente son considerados prototípicos de un sexo. Estos atributos pasan a conformar lo que luego se conoce como “condición femenina” y “condición masculina”.

Y estas condiciones terminan siendo consideradas como la referencia “natural” de cada sexo.

El dinero, atravesado por un lado por las vicisitudes de la realidad intrapsíquica que proyectan al exterior, y por otro los mandatos socioculturales que son portadores de ideologías, va a participar en el proceso de adquisición de dichas “condiciones”.

El dinero en nuestra cultura es un elemento puente entre el mundo interior y la realidad social, ocupa un lugar intermedio entre ambos espacios. Se proyectan en él tanto las necesidades, expectativas y ambiciones concientes como las identificaciones y fantasías inconcientes.

Por su lugar privilegiado en el intercambio social y su fuerza como instrumento de poder resulta ser un portador extremadamente sensible de los mandatos sociales y de las distintas ideologías de poder.

Es atravesado por los conflictos intrapsíquicos e intersubjetivos.

Por presencia o ausencia es testigo ineludible en la toma de decisiones, en las elecciones de alternativas, en las prácticas cotidianas y en las actitudes que comprometen experiencias de mayor trascendencia.

Su presencia corpórea y/o fantasmal ocupa un lugar tangible en la interacción dentro de la compleja red familiar, entre padres e hijos, marido y mujer, amantes, amigos, etc. Sería demasiado ingenuo dar por sentado que el dinero sólo está presente cuando se lo “ve” y en las transacciones comerciales.



Se insiste en que ocupa un lugar estratégico en esa zona intermedia entre el “adentro” y el “afuera”.

Ese lugar lo convierte en un mediador inevitable, de extrema sensibilidad y complejo artificio al servicio de múltiples y variadas presiones, que provienen tanto de la compleja realidad intrapsíquica como del mundo sociocultural.

Las presiones que provienen de la realidad intrapsíquica expresan tanto la perentoriedad de las pulsiones como la fuerza de los fenómenos de identificación, entre otros.

Las presiones del mundo sociocultural pretenden imprimir, a través de los variados sistemas económicos, políticos y religiosos, ideologías con objetivos bien precisos, es decir, imponer una orientación definida para la acción.

No se puede vivir sin ideologías porque éstas son maneras de ordenar las acciones y todo grupo humano implementa alguna.

Las hay de variadas orientaciones; sin embargo, parecería que dentro de la gama posible de ideologías tendrían mayor apoyatura en el dinero (o buscarían el dinero para expresarse) aquellas que propugnan el establecimiento de jerarquías de poder.

Desde esta perspectiva, el dinero puede ser utilizado como un mediador en esa zona de transición entre el “adentro” y el “afuera”.

El objeto transicional se relacione con diferentes y variadas zonas intermedias. Una sería la que surge en distintos momentos del proceso de socialización de un individuo. En esta predominaría lo intersubjetivo.

La sociedad, a través de sus variadas instituciones, instrumentaría un objeto, en este caso el dinero, para transmitir pautas, criterios, valores y atributos relativos a un determinado orden social.

La adquisición de la subjetividad es un proceso a la vez intrapsíquico e intersubjetivo, individual y colectivo, psíquico y social. En este proceso se inserta la adquisición del género sexual.

Es justamente aquí – en la adquisición del género sexual – donde el dinero funciona como un objeto transicional. Un objeto cargado con pautas y valores que se adjudican de manera estereotipada a cada sexo.

El dinero, como objeto transicional, puede ser utilizado también por el individuo para calmar ansiedades depresivas y/o paranoides. Esto no constituye una novedad, ya que se ha escuchado decir que “el dinero calma los nervios” y que “da mucha seguridad”.

El dinero es un objeto transicional instrumentado por un determinado orden social durante el proceso de adquisición del género sexual para contribuir a generar un sistema de relaciones jerárquicas entre los sexos.

Este sistema jerárquico se caracteriza – entre otras cosas – por considerar al dinero como atributo del varón (por lo tanto de la masculinidad) y ubicar a la mujer en una situación de dependencia. Dependencia que se considera “naturalmente” femenina.

El proceso de sexuación resultante contribuye a generar profundas alteraciones en el desarrollo de funciones yóicas en mujeres y profundas ansiedades desestructurantes en los varones.

El concepto del dinero como objeto transicional posibilita comprender parte de esta compleja dinámica de atribución de roles sexuales y operar sobre ella para intentar modificar las jerarquías impuestas en relación con el género.

## **Aristóteles y la legitimación de la desigualdad de género.**

En los últimos decenios del siglo XX comienza a fisurarse la legitimidad de la desigualdad del género; pareciera más fácil visualizar los cambios que comprender aquello que persiste.

Por eso resulta de interés remontar el análisis a algunos discursos que enunciaron tal desigualdad como natural y legitimaron estas diferencias jerárquicas entre mujeres y hombres.

Uno de los pensadores más importantes al respecto ha sido Aristóteles; en sus textos puede observarse cómo, en un mismo movimiento, se produce la diferencia social entre mujeres y hombres y se legitima la desigualdad de género.

Para Aristóteles la vida de bien sólo era posible para quienes participaran de la Polis, que, por extensión, implicaba participar plenamente de la Bondad y la Racionalidad.

Estas virtudes co-definían a los co-iguales miembros de la perfecta asociación de la Polis.

La teoría de la civilidad de Aristóteles establece la presunción normativa de que la vida en la Polis es superior a cualquier otra.

El ciudadano, en sentido estricto, es definido desde un criterio bien acotado: es un varón libre que participa en la administración de la justicia y en el mantenimiento de servicios.

Por su parte, el Estado es un cuerpo – de tales personas – adecuado para lograr una existencia autosuficiente.

A partir de esa delimitación habrá, para Aristóteles, personas naturalmente gobernantes y personas naturalmente gobernadas.

Esta última categoría está formada por mujeres, esclavos y niños quienes, en función de lo anterior, no participan plenamente en la realización de la bondad y la racionalidad.

El lugar social de la mujer es lo privado: el mantenimiento del hogar (esfera no pública) es, en consecuencia, no sólo su área de acción sino el parámetro para su misma definición ya que el bien que animaba la casa era un bien menor que el que animaba la vida de la Polis.

Esta delimitación implicaba varias consecuencias valorativas del ser mujer; así, la esposa-madre acreditaba sólo la bondad limitada a los naturalmente gobernados; una bondad diferente en calidad a aquella de los naturalmente gobernantes; por la misma razón, su racionalidad era incompleta.

Aristóteles distingue, taxativamente, por un lado a los ciudadanos, es decir, aquellos individuos que participan en la vida pública, siendo partes integrantes del Estado; y por lado a las mujeres, niños, esclavos, mecánicos y trabajadores, que serán sólo condiciones necesarias del mismo.

Compara estos grupos a los “tocadores” de flauta con los “hacedores” de flauta, en tanto unos usan lo que otros hacen.

Aristóteles separa absolutamente al mundo público-político del mundo privado-apolítico. Para este filósofo, en el Estado ideal buen hombre es sinónimo de buen ciudadano.

En esta diferenciación de lo público y lo privado, hay para Aristóteles asociaciones mayores (públicas) y asociaciones menores (privadas).

La plena realización de las virtudes morales es ateniante, solamente, a los que participan en la vida pública-política; ésta está reservada a los libres, adultos y varones.

Las mujeres participan de la virtud y la racionalidad pero en un sentido limitado, dada su pertenencia natural a una asociación menor: el hogar; su participación en el mundo público se realizará en calidad de “condición necesaria” y no como parte integrante del Estado.

En el esquema de Aristóteles las mujeres eran idiotas, una palabra que en griego registra dos acepciones: personas que no participan en la Polis, o bien hombres que desempeñan

mal su función pública. Las mujeres eran idiotas en el sentido de que eran personas exclusivamente privadas.

Estas dicotomías dieron a Aristóteles el sistema conceptual de la diferencia social.

A través de él, en un mismo movimiento, se deniega la producción de la desigualdad (económica, política, erótica y simbólica) y se legitima la desigualdad que tal injusticia promueve, planteándola como natural y eterna.

Sin duda, la vigencia de tan antiguo sistema conceptual que legitima la desigualdad no es, meramente, una cuestión de persistencia de ideas.

Entra en juego la complejidad de las “necesidades sociales”. En lo que a las mujeres respecta, mientras un sistema social “necesite”, por ejemplo, su mano de obra gratuita propia del sistema de producción doméstico, es decir, mientras se mantenga la “necesidad” de que las tareas domésticas y la crianza de los hijos sean una esfera que aún las mismas mujeres consideran de su responsabilidad; mientras sea “necesario” para un sistema social el control de la sexualidad de las mujeres, se sostendrán dispositivos conceptuales que legitimen su interiorización y sus discursos mantendrán significativa eficacia y productividad.

Al mismo tiempo, la eficacia política y simbólica de los discursos no es algo abstracto o general: se produce-reproduce a través de instituciones concretas.

En este sentido la institución matrimonial constituye una pieza clave en el control social de las mujeres; de tal forma es que se ha planteado la relación necesaria y no contingente entre violencia y conyugalidad.

**los griegos y el dominio de sí**

En la cultura griega los comportamientos sexuales y los placeres a ellos asociados formaron parte de las preocupaciones morales, aunque, en un sentido absolutamente diferente que en el mundo cristiano.

Su problematización se relacionaba con “las artes de la existencia”, un conjunto de prácticas sensatas y voluntarias por las que los hombres se fijaban no sólo reglas de conducta, sino que buscaban transformarse a sí mismos; es decir, hacer de su vida una obra de valores estéticos y criterios de estilo.

Este tipo de problematización se extiende, aunque con variaciones muy importantes, a la cultura latina.

La actividad y los placeres sexuales fueron interrogados a través del ejercicio de las prácticas de sí, primando aquellos criterios que permitieran incluir mejor dicha actividad en los cánones de una estilística de la existencia. Estas técnicas “de sí” perdieron su importancia con el cristianismo frente al ejercicio del poder pastoral.

Se inicia así un lento proceso histórico de transformación de las preocupaciones morales que, desde una estilística de la existencia propia de la cultura grecolatina, fueron mutando hacia una hermenéutica del deseo que inaugura la pastoral cristiana.

Con el correr de los siglos esta preocupación hermenéutica y no estilística fue reforzada por los dispositivos educativo, médico, psiquiátrico, psicoanalítico, que fueron absorbiendo estas preocupaciones a medida que la sociedad se laicizaba.

Esta moral, en sus problemas, en sus prescripciones, es una moral de hombres, o sea pensada, escrita y enseñada por varones, y dirigida a hombres libres.

Hay una ausencia de las mujeres y varones no libres en la reflexión moral del comportamiento sexual.

Las primeras encuentran en su vida social – salvo las cortesanas – constricciones muy estrictas; sin embargo, ni sus deberes ni sus obligaciones son objeto de interrogación, lo que hace inferir el alto grado de naturalización de su desigualdad.

En esta moral viril aparecen como objetos, o cuando mucho como compañeras a las que hay que educar, formar y vigilar, cuando están bajo el poder propio, y de las cuales hay que abstenerse cuando pertenecen a otro hombre (padre, marido, tutor).

El desarrollo de una moral de las relaciones conyugales, de una reflexión sobre el comportamiento sexual del marido y mujer en la conyugalidad, de tanta importancia en la pastoral cristiana, fue producto de un lento proceso histórico a través del cual fue instaurándose, recién hacia la Alta Edad Media con grandes dificultades y resistencias, el modelo cristiano de matrimonio.

La actividad y los placeres sexuales fueron para los griegos objeto de preocupación a través de las “prácticas de sí”, buscando criterios que conformaran una estética de la existencia, con un eje fundamental: el logro del dominio de sí.

Según la moral viril, éste será de importancia decisiva para un hombre libre; *sólo quien puede dominarse a sí mismo será capaz de gobernar a los demás.*

Esto se desplegará en tres áreas de problematización: la Dietética, la Económica y la Erótica.

En cada una de ellas se prescribirá, desde su especificidad, cómo dominar la intemperancia de las pasiones y se criticará la molicie; la templanza y la actividad conformarán el carácter viril, el dominio de sí mismo.

Se establece una moral viril que exalta la templanza en lo estilístico versus la intemperancia y la molicie.

En la Dietética se nuclea las consideraciones sobre el cuerpo sano, sus ejercicios, su estilística y la templanza y dominio de sí frente a la alimentación.

En la Económica se agrupan todas las consideraciones sobre la organización doméstica y el gobierno de la casa; aquí aparece la mujer, no en la Erótica.

En la Erótica se desarrolla la problematización referida al amor a los muchachos. Artes de la existencia para un hombre en el ejercicio de su libertad y dominio de sí y su gobierno sobre la mujer, niños y esclavos que trabajan sobre una certeza: no será obedecido quien no pueda mandarse a sí mismo; de allí la importancia de ser activo sobre alguien que por su lugar subordinado, es decir, por su lugar “político” debe ser pasivo; ésta es la virtud.

Esto no significa que no se espera temperancia y virtud por parte de las mujeres. Su templanza estará establecida por la situación de dependencia respecto de la familia, su marido y función procreadora; de tal forma su formación consistirá en el desarrollo de la capacidad de obedecer.

Las relaciones conyugales son aquellas que se desarrollan entre quien gobierna y quien es gobernado; interesa subrayar la naturaleza que Aristóteles otorgaba al lazo conyugal; la templanza y el valor son en el hombre virtudes plenas de “mando” y en la mujer virtudes de subordinación.

Afirma Demóstenes la necesidad de educar a las mujeres en el temor para garantizar su honestidad y asegurarse de que sean fieles guardianas del hogar; de faltar a algunos de estos deberes quedarán excluidas de la casa del marido y del culto a la ciudad.

Había una división de tareas: “Las cortesanas existen para el placer, las concubinas para los cuidados cotidianos, las esposas para una descendencia legítima y una fiel guardiana del hogar.”



La dirección de la casa es el arte de una “economía”, y el matrimonio una pedagogía y gobierno de conductas, de gran responsabilidad para el marido que debe guiar a la esposa en el logro de las habilidades domésticas.

No existe en el matrimonio griego la exigencia de fidelidad recíproca del discurso cristiano; el contraer matrimonio no liga al marido y la categoría de adulterio es algo pertinente sólo a la esposa, aunque el hombre debe respetar a una mujer casada en tanto pertenece a otro hombre.

Era menor el castigo por violar a la mujer de otro hombre, que seducirla, ya que en el primer caso sólo se habría tomado su cuerpo, pero en el segundo se habría ganado su alma.

La esposa pertenece al marido, y el marido pertenece a sí mismo, por lo cual no se espera de él prueba alguna de fidelidad pero sí que exhiba el dominio de sí.

Las relaciones sexuales también se ubican en el marco general de las relaciones de justicia – en el sentido aristotélico – entre marido y mujer.

Aristóteles enfatiza la naturaleza política del lazo conyugal, es decir el tipo de autoridad que se ejerce en él; por lo tanto la relación entre mujer y hombre debe ser, obviamente, desigual; es tarea del hombre gobernar a la mujer; la situación inversa se considera casi escandalosa.

Es diferente esta desigualdad de otras desigualdades (como por ejemplo la que separa al amo del esclavo), ya que la esposa es una mujer libre; es una desigualdad de seres libres, pero definitiva y fundada en una diferencia de “naturaleza”.

La templanza se prescribió a ambos miembros del matrimonio, pero se daba en cada uno de ellos de modo distinto en relación consigo mismo.

La virtud de la mujer constituía el correlato y la garantía de una actitud sumisa, la autoridad masculina surgía de una ética de la dominación que se limita.

Es decir, que tanto en plano jurídico, social como subjetivo, la dinámica que rige en los griegos al género masculino se basa en una estilística de la existencia organizada en un “ser de sí”, mientras que la del género femenino se organiza en un “ser del otro”.

Puede observarse la ausencia en la cultura griega de la noción de amor entre iguales. El amor a los muchachos (varones libres) su lugar generacional y la relación institucional maestro-alumno, hacían que tales afectos circularan en relaciones asimétricas; otro tanto podría decirse en relación a la esposa – mujer libre – mera reproductora de descendencia legítima y administradora del hogar, y por lo tanto en situación subordinada.

En el matrimonio - a diferencia del amor a los muchachos – no existía intención amorosa, más allá de que se consideraba deseable una coexistencia a mable entre cónyuges.

De todas formas muchachos y esposas estaban incluidos dentro de las preocupaciones morales, no así concubinas, esclavos/as y libertos, cuyo uso quedaba a merced de los límites que su dueño, ciudadano libre, pusiera en el gobierno de sí mismo, para el mejor mando de las personas a su cargo.

En los dos primeros siglo de la era cristiana, se produce en el Imperio Romano una metamorfosis de las relaciones sexuales y conyugales con la reformulación de las instituciones involucradas en ella, así como también de la moral sexual.

Estos cambios sociales se agrupan alrededor de un eje trascendental: el pasaje de una bisexualidad a una heterosexualidad de reproducción, produciéndose en el mismo proceso histórico en el que se establece el matrimonio como una institución natural y se organiza una moral sexual universal.

A partir de aquí comienza a elaborarse un mismo discurso moral para el conjunto de la sociedad.

Para los antiguos; los placeres sexuales eran asexuados; la homofilia de tal época no puede entenderse desde la idea actual de homosexualidad; era una sociedad bisexual, no se oponían el amor a los varones y el amor a las mujeres y era muy raro encontrar el rechazo al otro sexo propio de la homosexualidad moderna.

La bisexualidad era pensada como natural; amar a una mujer o a un muchacho, fórmula clave del amor antiguo.

Estos dos tipos de amor no eran ni dos especies diferentes ni un criterio de clasificación de los individuos, sino una particularidad no esencial.

Es equivocado pensar que era una sociedad no represiva; la moral de la época no había inventado la noción “contra-natura” pero sostenía fuertemente la noción de “molice” y ella sí operaba como divisoria de aguas.

Los romanos no oponían la sexualidad de reproducción y sexualidad “contra-natura” como el cristianismo, pero sí se oponían a la “molice”; aunque esta oposición no era una cuestión moral, sino más bien política, ya que el par antitético era: sometedor - sometido/a: daba vergüenza que alguien se sometiera a su partenaire, si éste era un inferior social.

Variará la moral sexual según el status social: para un esclavo no será vergonzoso ser pasivo: el modelo del que se nutre esta sexualidad es la relación del amo y sus subordinados: esposas, pajes, esclavos.

Se trata de una sexualidad de dominación que durará hasta el siglo XVIII. Ella estará en el origen de la distinción, evidentemente vacía, entre lo que se ha dado en llamar actividad y pasividad.

Si se toma como modelo el acto de someter, el rol de la mujer pasará por pasivo, mientras que si se tomase por modelo el acto de comer, el rol de la mujer sería activo.

Lo que producía vergüenza era el hecho de ponerse al servicio del partenaire sexual, porque se adoptaba una actitud de esclavo.

El varón libre debe hacerse servir por su partenaire; su condición de varón libre significará positivamente que sea activo, mientras que se considerará digno de censura aquel que perteneciendo a tal rango se ponga al servicio de otro.

La palabra clave de esta sexualidad sería “hacerse servir”; los hombres adultos libres se hacen servir por jóvenes, mujeres y esclavos/as; en este período se consideran relaciones sexuales naturales, por ejemplo, a las relaciones del amo con su favorita o con el esclavo o con el joven en el gimnasio, pero se considerará antinatural que el esclavo posea al amo.

La moral de la época era, una moral exclusivamente viril y no por diferente a la nuestra menos puritana; aquí no se trata de un puritanismo de la conyugalidad y de la sexualidad de reproducción sino de la virilidad.

Entra bajo la crítica cualquier conducta que pueda ser indicadora de molicie, oponiendo, por ejemplo, el placer del teatro y la danza a los espectáculos de gladiadores, más viriles y educativos para el ciudadano.

Esta moral dictaminaba: “La impudicia (la pasividad, tanto homo como heterosexual) es un crimen en un hombre libre de nacimiento, en un esclavo constituye su más absoluto deber, y en un liberto es una complacencia que es deber moral tener para con su amo”.

Esta bisexualidad de dominación, característica de la cultura grecolatina, es la que se procesa dentro de los primeros siglos de la era cristiana hacia una heterosexualidad de reproducción; se produce así un lento y conflictivo cambio en la significación social de las prácticas sexuales.

En la bisexualidad de dominación no importa el sexo del partenaire, lo fundamental es que coincida con su ubicación social: mujer, esclavo/a, efebo, con el tipo de práctica erótica

(pasividad) y su consiguiente significación política, es decir que tales prácticas permanezcan encuadradas en los términos dominador – dominado; su ecuación será dominador = activo / dominado = pasivo, siendo severamente señaladas aquellas prácticas sexuales que desmientan o desdigan este orden social.

Con el pasaje hacia una heterosexualidad de reproducción comienza la prescripción de las relaciones sexuales entre hombres y mujeres y un largo camino de marginación de los amores entre personas de un mismo sexo.

Aparece la noción de “contra-natura”, y los placeres se orientan hacia una función social, multiplicar hijos legítimos.

Comienza a asociarse sexualidad-reproducción-conyugalidad, de tal forma que el amor “contra-natura” será aquel que no pueda superponerse a la institución matrimonial.

Mientras que para la cultura grecolatina se señalaba como transgresora aquella práctica erótica que no respetara las posiciones “políticas” de sus agentes, para la cultura cristiana será transgresora toda práctica erótica que no conduzca a la reproducción y/o se desarrolle fuera de la institución matrimonial.

La heterosexualidad de reproducción sólo conserva de la anterior la oposición actividad-pasividad, referida a partir de entonces a las relaciones entre hombres y mujeres.

Al universalizarse la moral y legitimarse la práctica del matrimonio se produce una ecuación taxativa: mujer = pasividad y hombre = actividad.

Su naturalización dejó en el olvido que tales posiciones, en su origen, daban cuenta únicamente de los lugares de poder que las determinaban; no eran los sexos los que constituían tales posiciones sino los lugares de los actores sexuales en los juegos de poder.

Será “necesario” invisibilizar tales juegos de poder produciendo discursos que consensuen como natural lo que ha producido la cultura; o la política de los géneros.

La ecuación dominador = activo, dominado/a = pasivo/a, es reemplazada por: varón = activo, mujer = pasiva, cuando históricamente se consolida la moral heterosexual y conyugal.

Esta se sostendrá produciendo durante dos mil años diferentes discursos que dan cuenta de la característica de esenciales de la pasividad femenina y la actividad masculina.

Cambiarán así las argumentaciones, según las estrategias biopolíticas que se inscriban tanto los discursos como las instituciones religiosas, culturales o científicas que tengan la principal responsabilidad de producir consensos del disciplinamiento social en cada forma histórica de gobernabilidad.

El tránsito de la casa feudal a la familia burguesa puntúa cambios claves desde las relaciones de producción hasta la construcción de subjetividades: se acentúa la intimidad, la individuación, las identidades personales, el uso de nombres particularizados, etc.

La preocupación por el individuo, sea en el plano cotidiano, filosófico o científico, es una preocupación impensable dentro de las sociedades feudales ya que en las formas del ser social del feudalismo no había lugar para ninguna pregunta sobre el individuo.

La temática de la individualidad, de la identidad personal, etc., comienza a desarrollarse con el advenimiento de la sociedad industrial, al mismo tiempo que lo privado y lo público reestructuran tanto sus territorios como sus significaciones y se organiza un cambio radical en las prioridades de la vida, apareciendo en primer plano el libre albedrío y la felicidad personal.

En este marco se constituye un grupo familiar restringido, la familia burguesa, y un nuevo tipo de contrato matrimonial: el matrimonio por amor.

Algunos autores han llamado a este cambio como Revolución Sentimental del siglo XVIII y a la aparición del amor maternal, del amor conyugal, y el sentimiento doméstico de intimidad.

Han cambiado las prioridades de la vida y las formas de enlaces tanto contractuales como subjetivas entre los integrantes de la familia.

Esta prioridad de los afectos en las relaciones familiares implicó, en lo que a conyugalidad respecta, un proceso de construcción social de un nuevo concepto de amor entre hombres y mujeres: *el amor romántico*; su mistificación junto con la del amor maternal, otorgan una nueva posición a las mujeres.

La burguesía se otorgó un cuerpo, y es la afirmación del mismo una forma privilegiada de su conciencia de clase.

Diferentes serán los cuerpos de la burguesía y los cuerpos de la nobleza, muy diferentes serán los valores que rodeaban a uno y otro, con sus hábitos y prácticas.

La nobleza había puesto el eje de sus cuerpos en la ascendencia, el linaje, había afirmado la especificidad de su cuerpo por medio de la sangre, es decir por la antigüedad de sus ascendencias y el valor de sus alianzas; de tal forma había utilizado, como procedimientos para señalar y mantener su distinción, formas casi opuestas a las que pone en escena la burguesía.

La nueva clase en el poder pondrá el acento en la descendencia y la salud de su organismo. Descendencia sana, para lo cual se preconizará un profundo cambio de hábitos de vida y “mentalidades” y, más aún, cambiarán también “estrategias biopolíticas” con la consiguiente instrumentalización de nuevos saberes técnicos que orientarán este cambio, y fundamentalmente su control.

Se constituye un nuevo dispositivo, que más que reemplazar el sistema de alianzas, se anclará sobre él.

Este “dispositivo de la sexualidad” organiza una distribución nueva de placeres, los discursos, las verdades y los poderes.

En esta autoafirmación de clase se produce una profunda intensificación del cuerpo, se problematiza la salud y sus condiciones de fundamento; surgen nuevas técnicas para “maximizar” la vida; el cuerpo importa ahora en tanto vigor. Longevidad, progenitura y sana descendencia.

Se produce un giro de las mentalidades colectivas con respecto a la conducta y valores reproductivos en que, abandonando un criterio de despilfarro necesario (tener muchos hijos para que sobrevivan unos cuantos), los matrimonios comienzan a optar por menos hijos en los cuales “invertir” en su educación.

Esta decisión conlleva un cambio en las conductas demográficas de las poblaciones, pero también en los enlaces sentimentales de sus actores sociales.

La racionalidad del nuevo orden no sólo alcanzará a las mercancías y sus contratos sino también a los cuerpos de los hombres, mujeres y niños, en primer lugar de su propia clase.

La burguesía se da un cuerpo diferente al de la nobleza pero tal modernidad, no produce el mismo cuerpo para todos los individuos.

Se incentivan los discursos médicos sobre hábitos de la vida higiénica, la alimentación sana, la vivienda adecuada, la importancia del ocio y el descanso, así como también la moralidad de sus costumbres sexuales; si bien son prescripciones aparentemente establecidas para el conjunto de la sociedad, el capitalismo naciente operará desde sus inicios con estrategias muy diferentes según las clases sociales.



A los asalariados de la época les negaba su cuerpo y su sexo en condiciones de vida de extrema indigencia, subalimentación, hacinamiento, extensísimas jornadas laborales, etc.

Poco importaba que esa gente naciera, viviera o muriera; de todos modos se reproduciría.

Las mujeres burguesas comienzan a hacerse cargo personalmente de la crianza de los hijos, devaluándose cada vez más las crianzas realizadas por nodrizas o domésticas, en tanto los valores de la nueva sociedad priorizan a esta nueva forma de maternidad.

Ahora el hogar, constituido como privado sentimentalizado, como lugar de los afectos, tendrá a la mujer como protagonista.

Comienza, así, a tomar importancia la noción de pareja conyugal y el amor entre los esposos, y la intimidad del hogar en detrimento de los espacios colectivos de la antigua sociabilidad.

Se consolida un lugar social femenino: esposa y madre (muy posteriormente – recién hacia la segunda mitad del siglo XX – se concederá cada vez mayor importancia al erotismo conyugal).

Se posterga la edad de casamiento de las niñas de la pubertad hacia los 20 años, y aparece un nuevo personaje social: la adolescente.

Se plantea cual será el cuerpo de esta mujer que la sociedad demanda esposa y madre: cuerpo virginal, inocente y pudoroso, sexualmente pasivo por naturaleza o cuerpos histéricos, cuerpo que gritará en frigdeces y nerviosismos su aprisionamiento.

Las estrategias del dispositivo de la sexualidad no serán las mismas para todos los sectores sociales.

Sosteniendo este cuerpo sano-alimentado-virginal de la esposa-madre-histórica encontramos el cuerpo desnutrido y hacinado, frecuentemente prostituido, de las jovencitas y mujeres de sectores populares.

Se ha señalado que en siglo XIX hubo dos grandes epidemias femeninas: histeria y prostitución.

Ambas representan el destino de dos cuerpos de mujer; pero a fuerza de verdad, ambas figuras sociales también dan cuenta de la “miseria sexual” de los hombres.

Interesa pensar como se formó el engranaje de esposa-madre-histérica-prostitución. Cuando lo que ligaba a las mujeres era el dispositivo de alianzas, éstas eran casadas – sin consulta – ni bien biológicamente se encontraban en condiciones de procrear.

Por otra parte, ni para los hombres, ni para las mujeres estaban planteadas las elecciones estrictamente individuales; el casamiento era una cuestión entre casas, no entre personas, que arreglaban los jefes de familia en uso de su patria potestad.

Una niña casada a los 13 años, en un tejido social de escasa individuación, en un matrimonio cuya función era económico-procreativa, éstas eran algunas de las razones de la estabilidad del acuerdo.

Con el nuevo régimen se consolida el discurso de la “naturaleza femenina”: frágil, emotiva, dependiente, instintivamente maternal y sexualmente pasiva.

La modernidad producirá un relato para la conyugalidad: el discurso heroico del amor moderno resaltará la unión indisoluble, “hasta que la muerte los separe”, “el uno para el otro”, la fidelidad recíproca, un ideal de armonía, etc.

El matrimonio y la pareja modernos acentuarán su sentido en el vínculo amoroso indisoluble y en la consensualidad del contrato entre las partes.

El discurso del amor conyugal implicará para el hombre la importancia de la protección a su mujer y para ella una delimitada praxis social: crianza de los hijos y trabajo doméstico, actividad laboral que se mantendrá como no remunerada en una sociedad que inaugura el salario.

Junto a ello, su postergación en el logro de metas individuales, por el amor a los suyos y al esposo, en una sociedad que resaltará los valores individuales y el éxito personal.

Mientras el discurso de las libertades individuales recorre Europa y el Nuevo Mundo, la mujer se verá privada de ellas, relegándolas por dones del amor.

El discurso del amor conyugal es anterior, pero ahora – aggiornato para los tiempos que corren – ella ya no se somete por alianza, sino que elige postergarse por amor; en esa postergación y en el éxito de los suyos radicará su felicidad personal.

El discurso de la naturaleza femenina, los mitos mujer = madre, de la pasividad sexual de las mujeres y el discurso heroico del amor moderno, trabajarán eficaz y productivamente gestando sus significaciones sociales para garantizar el claustro hogareño de la mujer burguesa.

Tales significaciones generarán los argumentos y estrategias institucionales específicas con que contará la modernidad para la producción-reproducción de uno de los pilares de la subjetividad femenina: ser de otro.

Las contradicciones producidas por la tensión entre los discursos liberales e igualitarios de la modernidad, y las instituciones, prácticas y valores del enclaustramiento y desigualdad femeninos serán las que creen las condiciones para las importantes transformaciones en las posiciones de género que se pueden observar ya entrado el siglo XX.

El mismo proceso de sentimentalización del espacio privado familiar otorgó una forma de poder a la mujer-madre.

No un poder sobre los bienes patrimoniales, ni la gestión económica, pero sí sobre los “bienes simbólicos” de los hijos, en tanto productora de sentido, nominadora de sus actos y sentimientos, productora de mandatos y deudas que, por simbólicas no serán menos opresivas.

La familia “necesita” de una figura sobreinvertida de Madre, a la cual pagarán fuertes tributos, no sólo la mujer sino también los hijos y el marido.

Pasividad erótica en la conyugalidad, balanceada no sólo con histerias y diversas sintomatologías y rechazos sexuales; sino también con prácticas maternas que no pueden, ni quieren escapar de un sospechoso plus de actividad.

Junto con la crisis actual de las desigualdades de género, se observan una serie de transformaciones y redefiniciones de los lugares sociales de mujeres y hombres.

Puede considerarse que en este momento sociohistórico de transformación del lugar social de la mujer implica varios tránsitos y redefiniciones simultáneos, que se encuentran en diferentes estadios de modificación, según se observen diferentes países, clases sociales, subclases culturales, generacionales, etc.

Podrían puntualizarse en el tránsito, en primer lugar, de la heteronomía a la autonomía económica, con la consiguiente redefinición de la distribución de las tareas domésticas, los modelos de éxito para hombres y mujeres, circulación del dinero, las relaciones de poder dentro de la pareja.

En segundo lugar, un tránsito de la heteronomía a la autonomía erótica, con la consiguiente redefinición de los lugares de la pasividad y la actividad, de los objetos y sujetos de deseo, de los regímenes de fidelidad en los contratos conyugales.

En tercer lugar, un tránsito de la maternidad, como eje central del proyecto de vida femenino, a una maternidad acotada, con la consiguiente redefinición de la paternidad y sus incidencias domésticas.

Estos tránsitos y las consecuentes redefiniciones ponen en revisión las categorías de lo femenino y de lo masculino; suelen producirse con un alto costo psíquico para los hombres y las mujeres involucrados en ellos, por cuanto se producen en virtud de profundas

transformaciones subjetivas, por mencionar, en lo que a las mujeres respecta, algunas de las más relevantes: el paso de un narcisismo de un ser para los otros a un ser para sí misma; de la pasividad a la actividad en la esfera del erotismo; de un código privado a un código público.

Estas transformaciones de la subjetividad crean las condiciones para protagonismos de mujeres en planos de lo público y lo privado hasta ahora ocupados por hombres.

El costo psíquico se produce no sólo por las energía elaborativa que implica, sino también porque estas transformaciones y estos tránsitos deben realizarse en el marco de grandes resistencias y enfrentamientos cotidianos dentro de sus familias, frecuentes desaprobaciones por parte de sus parejas, de sus hijos, de sus padres y hasta de sí mismas; asimismo se procesan sin en sostén de categorías emblemáticas colectivas que den anclaje a estas nuevas prácticas sociales.

Esta nueva situación no sólo ha implicado a las relaciones de los hombres y las mujeres entre sí, ni se circunscribe al campo de la transformación de las subjetividades, sino que ha movido los ordenamientos en los que son gestadas las diferencias de los géneros: la institución familiar – conyugal.

Los intereses que allí se producen frente a la nueva situación no son de índole exclusivamente afectiva, sino que abarcan intereses materiales e involucran las relaciones de poder entre sus integrantes.

Esta nueva realidad social produce una “crisis” (ruptura de un equilibrio anterior y búsqueda de un nuevo equilibrio) de los contratos que regían las relaciones familiares y extrafamiliares entre hombres y mujeres.

Crisis de los contratos explícitos e implícitos de lo dicho y de lo no – dicho que habían delimitado lo legítimo entre los géneros.

Suele considerarse que la extensión de las prácticas divorcistas es una forma de respuesta a los conflictos mencionados; esta característica de sucesivos – o por lo menos dos – contratos conyugales frente a aquel que se juramentaba “para toda la vida” están *aggiornando* la institución del matrimonio, estos contratos que – por lo menos en algunos sectores sociales – van ganando legitimidad como acuerdos rescindibles, podrían pensarse como formas posmodernas del amor.

En estos sucesivos enlaces conyugales, deben subrayarse que se celebran entre agentes que aún conservan fuertes disimetrías en sus grados de autonomía material y subjetiva.

En una sociedad sin violencia en la que impera el reconocimiento de los otros como fines, donde el otro en tanto humano – racional no fuera nunca degradado como medio, la ética sería posible, pero ya no sería necesaria; en nuestra sociedad la ética es necesaria pero no es posible.

En una sociedad como la nuestra sería necesario un amor en el cual la diferencia de sexo no implicara hegemonía, ni poder; pero no es posible. En una sociedad donde esto fuera posible, tal vez ya no sería necesario.

No obstante hay que ser éticos como se pueda y de algún modo seguir amando.

## **VIOLENCIA EN LAS INSTITUCIONES JURÍDICAS A TRAVÉS DE LA HISTORIA**

El derecho es un conjunto de normas que rige las instituciones de una sociedad, pero también es el conjunto de normas coercitivas que aseguran la sanción ante el incumplimiento de la primeras.

Los delitos y castigos han sido históricamente diferenciados de manera notable en función del género.

Si se toma en cuenta que el derecho ha sido creado por hombres y ejecutado por ellos mismos, queda claro que la visión histórica que tenemos es androcéntrica, es decir gira en torno a la figura del hombre.

Las mujeres, están sometidas a una legislación que sólo ha sido y es igualitaria para los hombres. No se juzga a los ciudadanos en tanto personas sino como “hombres” y “mujeres”.

Esto ha dado lugar a situaciones de violencia y la relación sometedor – sometida ilustra la utilización violenta de la ley por parte de los hombres.

La política, expresada y perpetuada por la ley, se ha ocupado de ejercer ésta discriminación en función del género sobre la mitad de la población mundial.

La Enciclopedia Británica explica el término de la siguiente manera: “Mujer: hembra del hombre”; para definir la palabra “hombre” le fue necesario utilizar siete hojas.

La mujer es el otro; el uno, al que realmente se ha tomado como referencia, es el hombre.

Se pueda hallar testimonio de violencia en las leyes, desde muy antiguo. El Fuero Juzgo – primera recopilación de leyes españolas, que data del siglo XVIII – establecía que por homicidio de una mujer correspondía la mitad de la pena que si el muerto era el hombre.

Alfonso el Sabio, en Las Partidas señala: “Es fuerte cosa contender con mujeres porque no pueden entender ni razonar con otro”.

Las Leyes Sálidas, de los francos, dieron los derechos de primogenitura al varón, cualquiera fuera el orden de los nacimientos; este sistema impera hasta hoy en numerosas monarquías.

La Revolución Francesa, de la que participaron tanto hombres como mujeres, levantó las banderas de igualdad, libertad y fraternidad, pero éstas sólo tuvieron vigencia para los hombres.

Napoleón, con un código absolutamente misógino que sienta las bases de nuestra legislación, establece en el artículo 312 que la mujer debe obediencia al hombre y además la califica como incapaz absoluta.

Las mujeres norteamericanas que colaboraron activamente en las campañas por la abolición de la esclavitud; durante ese período produjeron la famosa “Convención de los Derechos de las Mujeres”, no obstante recién en 1.919 les será reconocido en derecho al sufragio.

La “Vindicación de los derechos de la mujer” de 1.792 fue redactada por la inglesa Mary Wollstonecraft; se puede considerar ese momento el punto de partida de la lucha por los derechos civiles femeninos en Gran Bretaña; algunos hombres apoyaron los reclamos y llevaron la discusión adentro de las instituciones.

Pero será el ingreso masivo de las mujeres a los puestos de trabajo durante la Primera Guerra Mundial una contribución decisiva para que los países europeos flexibilicen su actitud y comiencen a reconocer el derecho a voto de sus ciudadanas.



No olvidemos que en nuestro país rige la Ley Sáenz Peña de sufragio secreto, universal y obligatorio.

Sólo votaban hombres. Las mujeres también fueron discriminadas en el ámbito de la educación, y hasta fines del siglo XIX era poco menos que imposible que una mujer alcanzara grados universitarios. También será el ingreso al mercado de trabajo lo que les abrirá las puertas a los estudios superiores.

En nuestro país la discriminación política y educacional se articulan de manera especial. En menos de un siglo las mujeres han relegado a los hombres en los padrones universitarios; su fuerte son las carreras humanísticas, y entre ellas, la abogacía, que posee una matrícula femenina más numerosa.

La Argentina, que ha sido regida habitualmente por abogados – salvo en períodos militares – ostenta una de las tasas más bajas de mujeres en el ejercicio del poder público y un padrón con preponderancia femenina en el ejercicio privado de la profesión.

### **Reseña histórica**

El matrimonio por amor es una creación de los últimos siglos. El origen de esta institución fue el rapto o la compra de la mujer, considerada como una propiedad, una mercancía que entregaba el padre junto con la dote.

El nacimiento de las niñas era vivido dramáticamente: los judíos se vestían de luto, los griegos dejaban – sin que tal actitud constituyera delito – a la recién nacida en las escalinatas del templo y aquel que quisiera llevarse a la expósita no tenía más que tomarla.

En los primeros siglos del cristianismo la figura matrimonial quedó relegada ante los valores supremos del “celibato y la castidad”; la relación sexual era aceptada sólo en el fin

de la procreación y recién en el Concilio de Trento de 1.545 son establecidas las bases del matrimonio del modo semejante a las actuales.

A través de la institución matrimonial, el varón desea asegurarse la perpetuidad y especialmente que el hijo que va a nacer sea realmente suyo.

“Mater semper certa est”, base de nuestro Código Civil, implica que no existen dudas en relación a la certeza de la maternidad y también que cuantos más tabúes se erijan sobre las posibilidades sexuales de mujer, más podrán los hombres confiar que el hijo les pertenece.

Los cinturones de castidad, eran un objeto auxiliar que garantizaban a los señores feudales la legitimidad de su descendencia, y la imposibilidad de infidelidad de parte de sus esposas.

Este mismo motivo explica porqué el adulterio ha sido siempre calificado como un delito terrible: los egipcios emparedaban a las adúlteras, los judíos las lapidaban.

En el transcurso del reinado de Augusto el adulterio dejó de considerarse un delito privado – hasta entonces sólo podía decidir la muerte de la adúltera el pater familiae – y pasó a ser público; a partir de entonces cualquiera pudo denunciarlo y el castigo – la muerte - quedó en manos de la comunidad, aún cuando el marido la perdonara.

El adulterio continuó pagándose con la vida en el Fuero Juzgo, y hasta 1.963, un hombre que mataba a su mujer por este motivo en España sólo era castigado con el destierro.

En la Argentina, el adulterio era una figura del Código Penal. Según aquella norma, es suficiente yacer una vez con un hombre para ser adúltera, pero al varón hay que probarle que tenga manceba con casa establecida para que se considere delito.

Otra forma instituida de violencia contra la mujer es la clitoridectomía, operación que consiste en la extirpación de una parte de los labios y el clítoris. A pesar de las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud, que aconsejan terminar con esta

práctica, responsable de millones de muertes por infecciones, no sólo no ha sido anulada sino que la padecen millones de mujeres en los países árabes y de África.

La prostitución y la trata de blancas son instituciones en que la mujer queda ubicada como un sujeto pasivo.

Algunas teorías sociológicas sostienen que las primera prostitutas fueron sacerdotisas, pero está demostrado que en realidad estas mujeres eran tomadas de los sectores más plebeyos de la sociedad.

Por su parte, la Iglesia, a través de San Agustín y Santo Tomás de Aquino, ha justificado la necesidad de este oficio que sólo la misoginia puede llamar el más viejo del mundo olvidando que ese lugar pertenece a la maternidad.

La prostituta queda a merced de uno o varios hombres a cambio de una compensación económica.

La denuncia de cualquier maltrato durante este acto les estará vedada: en caso de ser violada, por ejemplo, la denuncia difícilmente prospere.

La virginidad, o sea la exigencia de que la persona no haya tenido comercio sexual es reclamada sólo a las mujeres; nadie exigirá tal cualidad en un hombre, y esto se vincula con la necesidad de garantías respecto de la paternidad.

En relación con los anticonceptivos, los romanos y los griegos conocían métodos para regular la concepción o para producir el aborto, pero tal saber desapareció con los siglos.

La Iglesia estableció una política represora y las administradoras de estos conocimientos – las brujas – fueron eliminadas.

Se puede considerar que existe una fuerte vinculación entre las políticas sobre anticoncepción y las necesidades demográficas. En nuestro país diversas resoluciones ilustran sobre la relación entre ambos temas.

Las resoluciones judiciales referidas a los anticonceptivos son: el decreto 659/74 del 8 de marzo de 1.974, que ordena el estudio de los bajos índices de crecimiento de población dispuesto por la Secretaría de Estado de Salud Pública; disponía el control total de productos medicinales anticonceptivos y prohibía todo tipo de actividades destinadas al control de natalidad ordenando, por el contrario, la ejecución de una campaña intensiva a nivel popular que destacara los riesgos de las prácticas anticonceptivas.

Este decreto fuero derogado por el 2274/84 del 27 de marzo de 1.984, que estableció que la secretaría de Desarrollo Humano y Familia promoverá acciones tendientes a fortalecer y desarrollar la familia en su carácter de célula básica de la sociedad.

Por el decreto 3938/78 del 3 de febrero de 1.978 se creó la Comisión Nacional de Política Demográfica, que tiene entre otras metas la de “eliminar las actividades que promueven el control de la natalidad”. Continúa vigente.

En las ciudades griegas el aborto era considerado una práctica normal y constituía una de las bases de una política demográfica equilibrada. Aristóteles pensaba que había que limitar el número de niños; Platón deseaba que abortar fuera obligatoria para la mujer que quedara embarazada después de los 40 años; Sócrates estimaba que entre las funciones de las parteras se contaba la de facilitar el aborto cuando la madre lo deseara.

En Roma, ni la moral ni la legislación se oponían al aborto, y su práctica se hizo frecuente hacia el fin de la República y bajo el Imperio.

Efectuado con el consentimiento de los padres, se consideraba en principio no sancionable. Se entendía que el feto, sin un carácter propio de persona, era sólo una parte del cuerpo de la madre; además se consideraba normal que el pater familiae, que tenía derecho de vida y muerte sobre sus hijos, lo tuviera también sobre el embrión.

El uso de la teoría de la animación inmediata rigió de los orígenes del cristianismo hasta el siglo XII. Desde un principio la Iglesia se opone a la permisividad respecto al aborto que se observa entre los paganos.

La teoría es que el alma entra al feto en el mismo momento de la concepción; un alma que sólo es de Dios, que si no llega al nacimiento y con él al bautismo permanecerá eternamente en el limbo y condenada a no entrar en el cielo.

Dos concilios, el de Elvira (305) y el de Ancira (314), así lo ratifican. Una excepción es Tertuliano quien aboga por el aborto terapéutico cuando éste sea de necesidad.

Otra teoría de la concepción es la hilomórfica, que sostiene que el alma es al cuerpo algo así como la forma de la estatua es a la estatua. Sólo existe una estatua terminada.

Santo Tomás sostenía que lo que no tenía un cuerpo humano real, no podía tener alma.

Tan convencida estaba la Iglesia de esto que en el Concilio de Viena de 1312 prohibió a los fieles bautizar cualquier nacimiento prematuro que no tuviera rasgos humanos.

Esta teoría de la preformación comienza en el siglo XII y sólo la muerte de un feto formado se consideraba homicidio.

En los libros de penitencia de la Edad Media, se dice: “Si una mujer encinta hace perecer su fruto antes de los 45 días, sufre una penitencia de un año; si es al cabo de sesenta días, de tres años; por último, si el niño está animado, debe ser tratada como homicida”.

La Constitutio Criminal Carolina, promulgada por Carlos V en 1532, fija la animación desde el momento en que la madre percibe los movimientos fetales.

La teoría de la animación se basa en la concepción milagrosa de María, según la cual el espíritu de Dios entra inmediatamente en el alma.

Desde fines del siglo XVII y como resultado de los estudios de anatomía y de reproducción se conoce que todo futuro ser está contenido en la primera célula.

Es entonces cuando la teoría de la preformación encaja nuevamente con la de la animación inmediata.

En 1.869, el Papa Pío IX eliminó del Derecho Canónico la distinción entre la animación y otras teorías, considerando el aborto en cualquier momento un delito y castigándolo con la máxima pena celestial: la excomunión.

Los decretos del Santo Oficio de 1.884, 1.889 y 1.895 condenan sucesivamente la craneotomía, otras formas de embriotomía y finalmente el aborto, aún cuando fuera realizado para salvar la vida de la mujer.

El aborto terapéutico no es contemplado en ningún momento. Una respuesta del Santo Oficio al Arzobispado de Cambrai, en 1.895, dictaminó: “ No se puede procurar el aborto para salvar la vida de la madre”.

El Código de Derecho Canónico considera aborto a la expulsión o destrucción de un feto inmaduro, mientras que si es visible se le aplica las penas de homicidio.

La Encíclica Castii Connubi (1.930) se opone también al aborto terapéutico.

En el presente existe una relación evidente entre aborto, población y demografía que se puede indagar a través de las legislaciones de los diferentes países. A partir de 1.950 treinta países enmendaron sus legislaciones restrictivas.

Pero todavía en la mayoría de los países no coinciden la normativa jurídica y la realidad social.

En la actualidad el 9 por ciento de la población total del mundo vive en países donde el aborto está prohibido sin excepciones, y otro 19 por ciento vive en países en que el aborto sólo está permitido para salvar la vida de la mujer embarazada.

Las legislaciones más permisivas admiten los factores sociales como causa para el aborto, por ejemplo, una mala situación económica, otras legislaciones permiten el aborto sin

especificar razones, pero dentro de un plazo que generalmente no excede el primer trimestre.

En la Argentina, en la medida que el aborto está prohibido, se realiza de manera clandestina, lo que no permite tener estadística alguna, pero se calcula que muere una mujer cada dos días a causa de las condiciones insalubres en que se realiza.

La violación es el abuso sexual de una mujer por uno o más hombres, valiéndose de la fuerza, amenaza o coerción; es un acto sexual degradante y vil.

En Argentina, según estadísticas actuales, sólo 1 de cada 10 violaciones es denunciada, y alcanzan condena el 10 por ciento de éstas. Está comprobado que en 90 por ciento de los casos el violador conocía previamente a la víctima.

La violación ha sido ejecutada en toda época de represión política; ejemplos de esto fueron los nazis contra las judías, o las fuerzas franquistas moras durante la Guerra Civil española. Las presas políticas argentinas corrieron igual suerte en las cárceles de la dictadura.

Según el Informe de la CONADEP, las mujeres constituyeron el 32 por ciento de los desaparecidos y los testimonios revelan un especial ensañamiento de sus victimarios con ellas.

Doblemente transgresoras, ya que por un lado atacaban los valores tradicionalmente constituidos y por el otro rompían las normas que rigen la condición femenina – dejar el ámbito de lo privado y salir a lo público empuñando un arma - , fueron doblemente castigadas.

El guerrillero era el “enemigo par” de los militares en la guerra subversiva. La guerrillera era a quien se debían aplicar “todos los castigos y humillaciones”.

Esta doble sanción incluyó el intento de disgregar a sus familias, arrebatarles sus hijos.

El objetivo consistía en que fueran eliminadas, arrancadas de la historia como modelo distorsionador de lo que las mujeres “deben” hacer, y se intentó quedaran sus huellas ni siquiera a través de su descendencia, que en numerosos casos pasó a formar parte de las familias de los represores.

Las guerrilleras en su juventud, las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo con su edad madura y las hijas y hermanas de presos o desaparecidos fueron objeto de vejámenes estudiados y especiales por su condición femenina.

Un trabajo sobre la violencia señala que en el 95 por ciento de las denuncias de golpes y lesiones las víctimas son mujeres.

Esta extrema violencia es agravada por varios factores: la falta de refugios para mujeres golpeadas y el temor que tal situación genera en aquellas obligadas a convivir con el agresor – tanto en el caso de concubinatos como de matrimonios legítimos -, y también la política general de los jueces, que consideran este acto como perteneciente a la esfera de la privacidad y la familia y que, por lo tanto, la justicia no debe intervenir.

Esta situación es diferente en otros países: la legislación estadounidense, por ejemplo, obliga inmediatamente a la expulsión del golpeador del hogar conyugal; en Brasil están funcionando 87 comisarías de la mujer, con personal femenino (abogadas, psicólogas, detectives mujeres). Algunas de estas comisarías reciben hasta 500 denuncias por mes.

En nuestro país el promedio de homicidios hombre/mujer ayuda a corroborar que la mujer es sujeto pasivo de homicidios y lesiones.

El derecho laboral padece numerosas omisiones que obstaculizan la equiparación entre las trabajadoras y los trabajadores.

Con respecto al acoso sexual, se considera hostigamiento sexual a cualquier tipo de cercamiento sexual, físico o verbal, no deseado, que surge de la relación laboral y que



produzca un ambiente de trabajo hostil, obstruya el empleo o afecte las oportunidades de la persona perseguida.

Otro aspecto más de la violencia en el terreno laboral se expresa en que la mujer gane menos que el hombre por igual trabajo.

Según estadísticas de la OIT, las mujeres perciben el 50 por ciento de salario respecto de los hombres por la realización del mismo trabajo.

En nuestro país la jurisprudencia actual se sustenta los lineamientos del fallo de 1.966 de la Corte Suprema, que deja librada “a la prudente discrecionalidad de los empleadores la apreciación de los méritos de los trabajadores”.

Pagar salario suplementario a los varones no constituye, por lo tanto, una infracción al principio de igualdad de remuneración; con sólo abonar el salario de convenio a las mujeres y a los varones mayores salarios “discrecionalmente”, se tira la borda toda la legislación igualadora.

Si se toma en cuenta que las mujeres argentinas han accedido a la educación secundaria en un 25 por ciento y los hombres en un 13,7 por ciento, y que respecto de la universidad las cifras son de un 8,5 por ciento y 4,1 por ciento respectivamente, no podría adjudicarse este nivel sólo a la mayor capacitación.

Por otra parte, el alto índice de mujeres jefas de hogar indica que, las mujeres no trabajan simplemente para obtener un ingreso supletorio.

Otra manifestación de la violencia se visualiza, también, en que el Estado cargue sobre la cabeza de la mujer la crianza de los futuros ciudadanos que, compulsivamente o no, le obliga a tener.

Desde 1.975, cuando se dictó la ley de jardines maternos zonales, nada se ha hecho por reglamentarla. Tampoco ha sido reglamentado el artículo de la Ley de Contrato de Trabajo que hace referencia a la creación de guarderías.

Es violencia e imposición sostener que el trabajo femenino es más caro mientras se hace incidir en esos costos el valor del nacimiento y la crianza de los niños.

Otro aspecto a considerar es qué ocurre con los alimentos en caso de separación.

La tenencia de los niños queda en el 95 por ciento de los casos en manos de la madre. El padre se verá protegido por el derecho de visita que, como su nombre lo indica, es un derecho y no una obligación.

En el caso de no pagar alimentos, el progenitor se verá incurso en un delito – el de incumplimiento de los deberes de asistencia familiar – de casi imposible sanción.

En este ámbito del derecho civil cuesta muchísimo – en este país de cuentapropistas y evasores fiscales – que la madre cobre los alimentos.

En Francia, el Estado paga los alimentos a través de la seguridad social, y luego recupera el dinero cobrándolo por medio de los impuestos del ciudadano transgresor.

### **Algunas reflexiones**

1. La violencia ejercida sobre la mujer, desde tiempos inmemoriales, ha servido para colocarla en una situación de diferenciación con respecto a los hombres.
2. El Derecho ha sido utilizado por los hombres para someter a la mitad de los seres humanos.

3. Atravesadas por la diagonal de lo femenino y sin representar clases sociales, las mujeres desconocen la ley vigente, que no obstante sus falencias podría servir para equilibrar situaciones de indefensión.
4. La ley, ubicada en el mundo de lo público del afuera produce pánico en las mujeres, habitantes de lo privado y del ámbito de sus hogares. Sólo la conocen súbitamente por situaciones en las que son afectadas: divorcio, alimentos, tenencia, juicios laborales, etc.
5. Una vez difundidas las leyes actuales, por todo tipo de campañas desde el espacio público (ya sea a nivel nacional, provincial o municipal) debemos pasar a la etapa de modificaciones urgentes, tratando de salvar el vacío legislativo en el que aún nos encontramos.
6. Sigue siendo urgente la adaptación real y efectiva de todos los cuerpos legislativos a la Convención para la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer, promulgada por la ley 23.179 del 27 de marzo de 1.985 ratificando la Resolución 34/180 de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Estos cambios en el ordenamiento jurídico, unidos a campañas en lo atinente a educación y cultura, salud, empleo y relaciones laborales, deberán servir para modificar los estereotipos de esta sociedad y mejorar las condiciones de vida de más de la mitad de nuestra población: las mujeres argentinas.

Hablar de familia remite a la experiencia cotidiana y se puede creer que se está frente a un tema simple, natural, conocido, en tanto todos somos miembros de una familia, en diferentes roles.

Sin embargo, la familia y sus relaciones de parentesco han sido y son objeto de análisis de diversas disciplinas – psicología social, antropología, sociología, economía, política – y su consideración provocó polémicas.

En nuestra sociedad sigue siendo polémico profundizar y reactualizar el concepto de familia: su asociación con valores eternos, atemporales e inmutables, entroncados con una concepción religiosa, dificulta la revisión de sus sucesivos acomodamientos a distintas épocas y la del dinamismo de su papel económico – político.

Sobre la diversidad de modelos, la universalidad de la familia se basa en que es una estructura fundante, es decir, que no existe cultura que no tenga alguna forma de familia reconocida y legitimada socialmente.

Por lo tanto, es inherente al orden cultural que el hombre y la mujer instauran sobre la naturaleza.

La familia humana es una superación de la familia biológica (macho – hembra – críos); sus miembros están unidos por una red precisa de derechos y prohibiciones sexuales, por derechos y obligaciones económicas y por lazos afectivos, habitualmente acompañados por lazos legales y religiosos.

El amor romántico como pivote para la conformación de la familia es relativamente reciente en la historia de la humanidad.

Para hacer conceptualizaciones acerca de la familia, no hay que desconocer la variedad de formas que adquiere en la actualidad respondiendo a fenómenos socio – económico – políticos de crisis y transformación.

A pesar de ellos, continúa vigente como discurso hegemónico el modelo de familia nuclear – patriarcal, es decir, la constituida por padre, madre e hijos, bajo la autoridad paterna.

En la necesidad de construir un concepto operativo de familia, las estadísticas y censos plantean dos dimensiones:

- 1) la familia de interacción como conjunto de personas que constituyen una unidad biológica y social (a veces también jurídica),
- 2) la familia de residencia u hogar censal como “personas o conjunto de personas que han sido censadas en una vivienda particular”.

Un hogar o familia de residencia puede abarcar más de una familia, puede contar a personas que son miembros de otras familias y ajenas entre sí.

Sucede que un “censo de hecho”, cada hogar está compuesto por las personas que convivían allí el día del relevamiento; así el censo también puede contabilizar como familia de residencia el hogar unipersonal.

Este concepto es útil a los fines estadísticos de un censo, pero no es suficiente a los fines del estudio de la familia como red vincular.

Otro concepto utilizado es el de la diferencia entre familia nuclear, que hace referencia al modelo nuclear constituido por dos generaciones (padre e hijos) y el de familia extendida que incluye además miembros de otras generaciones y colaterales.

Históricamente, hasta el surgimiento de la sociedad moderna industrializada, la familia extensa constituyó el ámbito donde convivían el marido, la mujer y los hijos junto a otros parientes y agregados; es decir, una estructura de parentesco extendido, donde algunos de sus miembros estaban vinculados por lazos de consanguinidad y otros no.

En ese ámbito se desenvolvía toda la vida de los sujetos, y se desarrollaban las funciones domésticas (lo que hoy se conoce como trabajo doméstico, atención y cuidado de los niños y socialización primaria), y las funciones sociales que incluían el aprendizaje de destrezas y técnicas necesarias para desempeñarse en la producción familiar.

Si un joven pasaba a otra familia para adquirir un oficio, se incorporaba a ella como un miembro más.

Paulatinamente, las transformaciones económico – políticas de la sociedad devienen en la desaparición de la estructura de parentesco como eje básico y las funciones domésticas y sociales van separándose a la par que cambian sus contenidos específicos, hasta constituir lo que hoy denominamos ámbito privado (en el sentido de doméstico) y ámbito público.

Así, contenidos que anteriormente configuraban las funciones domésticas pasan a desarrollarse en el ámbito público a través de la esfera educativa y la esfera productiva. Este proceso tiene lugar en los últimos siglos con distinto ritmo en todas las sociedades. Ambos ámbitos de la cotidianeidad de los sujetos van desarrollando lógicas propias, cuyo eje es la afectividad en el doméstico, y la racionalidad moderna de la inteligencia, el logro de la eficacia y el ejercicio del poder en el público.

Esto tiene sus consecuencias para la familia que, pivoteaba en la mujer, se constituye en el lugar de los sentimientos y de la intimidad.

No se agota en ese análisis su papel en la sociedad; haciendo una lectura económico – política, la familia en esta etapa constituye una unidad de consumo, ya que la producción tiene lugar fuera de ella, en el ámbito público, existiendo una interdependencia, una mutua necesidad.

El trabajo de algunos miembros de la familia, vendido en el mercado, recibe un salario que la familia utiliza para su propia supervivencia, la cual es necesaria a la sociedad en tanto en ella se realiza la reproducción biológica, la reproducción social y la reproducción de la fuerza de trabajo.

Aquí se hace necesario incorporar al género como categoría de análisis, ya que las mujeres – género femenino – tienen asignada la responsabilidad de la reproducción en todas sus formas en el seno de la familia.

“El género es la forma social que adquiere cada sexo una vez que recibe connotaciones específicas en términos de valores y normas”.

Es una adquisición natural que se obtiene a través del proceso de socialización que prepara a los sujetos para que cumplan adecuadamente su rol: socializar para que sean lo que se dice que son por naturaleza.

En razón de esa “naturaleza” se asigna a las mujeres los roles adscriptos de ama de casa, madre, socializadora y mediadora, productora y reproductora de lo cotidiano.

El desempeño “natural” de esos roles y el poder afectivo con el que se inviste a las mujeres no permite visualizar fácilmente el contenido de violencia simbólica que deviene de su cristalización y codificación rigurosa, la cual a su vez constituye el estereotipo del género femenino; es decir, “ser mujer” equivale a cumplir con el estereotipo del género, más allá de las particularidades y potencialidades individuales.

La naturalización de los roles asignados a las mujeres hace invisible la regulación jerárquica de los afectos, del sexo, del uso del dinero, del proceso de toma de decisiones, ocultando las relaciones de poder que se establecen en el interior de la familia, orientado al desarrollo de sutiles (o no tanto) mecanismos de dominio afectivo.

Las relaciones de poder en el seno del grupo familiar, al igual que en cualquier otro grupo social, suponen dominación, y ésta puede estar sostenida por medios tan diversos como la coerción y el castigo (violencia visible) o comportamientos de subordinación entramados en la cotidianeidad de los sujetos como forma “natural” de organización de

la vida diaria, sobre los cuales sus propios protagonistas no tienen conciencia, o si la tienen, le otorgan consenso precisamente porque son “naturales”.

Esta es la violencia invisible.

La violencia visible o manifiesta es contingente, puede estar presente o no en la familia; de hecho, no es necesaria para constituirla y por el contrario, cuando aparece, entra en colisión con la racionalidad propia de la esfera familiar basada en el afecto, la tolerancia y el respeto mutuo.

La violencia explícita y contingente contra la mujer en la familia incluye desde el maltrato y el castigo corporal hasta la violación y la muerte.

La violencia invisible, en cambio, es inherente a la constitución misma de la familia; está implícita en los roles adscriptos asignados a la mujer en razón de concepciones “naturalistas” y “esencialistas” de su condición de género, desconociendo así el carácter de construcción cultural que éste reviste.

Este tipo de violencia implícita no es fácilmente identificable, porque está legitimada desde los discursos científicos y filosóficos tradicionales, desde los discursos políticos y religiosos hegemónicos.

Estos discursos, también, contribuyen a conformar la subjetividad femenina, forman parte de la cultura entendida como lugar identificación y de creación de sentido, y en consecuencia, son reproducidos, a su vez, por la mujer en su rol de socializadora y mediadora, en su función de reproductora social de valores y normas que sustentan esta forma de organización social basada en la división sexo – social del trabajo humano.

La división sexual del trabajo tiene raíces biológicas en la reproducción de las especies.



A partir de allí, esta especialización natural es trasladada a la cultura, donde se cristaliza en valores e instituciones, se codifica en constelaciones de roles, es decir, deja de ser natural para transformarse en un producto de la cultura.

Meillassoux dice: “Sólo de la parición y del amamantamiento son capaces exclusivamente las mujeres.

Esta especialización natural sólo explicaría el acoplamiento con miras a la reproducción, mientras que las mujeres, a su vez, fecundadas, se bastarían económica y socialmente a sí mismas”.

Nada en la naturaleza explica la división sexual de las tareas, así como tampoco explica instituciones como la conyugalidad, el matrimonio o la filiación paterna. Todas son infligidas a las mujeres por imposición, todas son por lo tanto hechos de cultura, que deben ser explicados y no servir de explicación.

Esta imposición ni se inflige a las mujeres por la coerción manifiesta o violencia explícita, sino a través de la violencia invisible que opera sobre ella.

Esta violencia es invisible porque se asienta en la naturalización de los roles asignados a las mujeres por la cultura, y es violencia porque la fijación en ellos compromete sus opciones individuales y su autonomía personal.

La fijación de los roles adscriptos significa para las mujeres la responsabilidad y ejecución de una serie de tareas conocidas como trabajo doméstico, las cuales se realizan en el ámbito de la unidad familiar y que incluyen: orden y limpieza, cocina, lavado, planchado y costura; procreación, crianza y socialización de los hijos; alimentación y cuidado de la salud, atención de la enfermedad y apoyo psíquico emocional a todos los miembros; compras, organización y administración.

Si bien este trabajo doméstico es un trabajo social en la medida en que satisface una necesidad de la sociedad como es la reproducción presente y futura de la fuerza de trabajo (los hijos constituyen la nueva mano de obra que ingresará en el mercado), está organizado de manera individual y privada.

El trabajo doméstico del ama de casa, su valor y esfuerzo, su contribución al bienestar, no es reconocido como trabajo y no reviste prestigio social; al no ser remunerado no se contabiliza en la economía y las amas de casa son incluidas así en la categoría de población inactiva.

Las amas de casa son trabajadoras que no conocen salario, descanso, límite de jornada, vacaciones, licencia, jubilación ni seguridad social en forma directa sino a través del hombre de quien dependen.

La dedicación exclusiva a este trabajo impide o dificulta, según los casos, la participación autónoma de las mujeres en los espacios públicos, produciendo otra manifestación de la violencia invisible que es la marginalidad social del ama de casa.

Esta aparece porque el trabajo doméstico aísla a las mujeres en el ámbito de la unidad familiar donde realizan su tarea en forma individual, sin organización cooperativa alguna y casi sin interacción con adultos pares.

Este modo de producción doméstica genera una carencia de conocimiento y/o de utilización de los códigos y convenciones que se manejan en el mundo público, menor acceso a información calificada y dificultades para confrontar las interpretaciones personales de la realidad y formar opinión.

Esta descripción del trabajo doméstico y de los condicionamientos que produce en las amas de casa afecta a todas las mujeres atravesando grupos y clases sociales, en cada uno de los cuales presenta modalidades o formas propias, no por diferentes menos

condicionantes, y unidas, a pesar de sus diferencias, por el eje de la violencia invisible subordinante.

No es lo mismo fregar cacerolas que disponer de lavavajillas, como tampoco es igual llevar a un hijo enfermo a la salita de primeros auxilios que al consultorio del pediatra.

Pero lo que sí es constante en ambos casos es la asignación de esas tareas a las mujeres; la concepción de que ellas les corresponde porque están inscriptas en su naturaleza, con la consiguiente falta de reconocimiento en orden al mérito con que se desempeñan.

También es constante la subordinación a esas tareas de toda otra potencialidad individual, inhibiendo procesos de realización multidireccionales, confiscando alternativas para de-construir y re-construir la subjetividad femenina, y expropiando las posibilidades de constituirse en sujeto social autónoma.

El rol de mediadora que se le asigna a la mujer entre sus atribuciones naturales no alcanza por sí sólo a conformar un proceso de individuación, ya que responde más a necesidades de los miembros del grupo familiar o a éste como tal que a adquisiciones o necesidades particulares de cada mujer, o intereses e iniciativas en sí y para sí misma.

El progreso tecnológico, que significa un mejor equipamiento de los hogares, no se traduce en una ruptura de la subordinación de las mujeres a su rol adscripto de ama de casa porque, si bien disponiendo de ese equipamiento disminuye su esfuerzo personal, el tiempo de dedicación es casi igual al de quien no cuenta con él.

A su vez, cuando aumentan los ingresos familiares se modifican la distribución del tiempo dedicado al trabajo doméstico y el contenido del mismo.

En el primer sentido, se le dedica más tiempo a la socialización y a la preparación altamente tecnificada de los niños, lo cual supone el desempeño de un rol de tecnócrata calificada también por parte de la madre.

En cuanto al contenido, se incorporan nuevas actividades tales como la atención de la cuenta bancaria y la administración de recursos más complejos, delegándose en personal de ayuda doméstica remunerado las tareas más desagradables y pesadas.

Aún en este caso la responsabilidad del rol continúa al ama de casa a través de la indicación, supervisión y control de las tareas.

En un contexto socioeconómico de crisis, donde aumenta el trabajo doméstico como estrategia de supervivencia para incrementar los bajos ingresos, los hombres no participan en su realización a pesar de que no son los únicos sostenedores económicos del hogar, y aún cuando dispongan de más tiempo que la mujer por la sub o desocupación. En este caso parecería que la crisis tiende a reforzar los roles tradicionales.

En ninguno de los dos contextos (de desarrollo o de crisis) como tampoco en sectores sociales con desigual nivel de ingresos, los fenómenos expuestos indican la posibilidad de transformación de las pautas culturales vigentes; en el primer caso se recrea el rol para mantener el modelo cultural, y en el segundo se lo refuerza y consolida.

Estos resultados coinciden con el planteo inicial de que la violencia invisible entendida como naturalización de los roles asignados a las mujeres (o como fijación de éstas a sus roles adscriptos, que es su contracara), atraviesa verticalmente la estructura social y permanece, reproducida y profundizada, o adaptándose a los cambios socioeconómicos contextuales.

Hay que destacar la contribución al bienestar y a la generación de riqueza que hacen las amas de casa con su trabajo invisible, no reconocido, ni remunerado, y la relación existente entre el tiempo que insume y el ciclo vital de su familia.

A igualdad de salarios, cuanto mayor es el número de hijos, mayor el tiempo de trabajo doméstico femenino, y cuanto menores son los hijos, mayor es la dedicación de la mujer a su rol adscripto.

Asimismo, según aumenta el nivel de ingresos, disminuye el tiempo y varía la composición de las tareas domésticas, pero, a igualdad de ingresos, el menor tiempo dedicado a ellas supone una disminución en la calidad de vida familiar.

Cuando, a pesar de los obstáculos, las mujeres acceden al ámbito público a través de su inserción en el mercado laboral remunerado, aparece otra dimensión de la violencia invisible: *la doble jornada*.

Esta resulta de agregar a su trabajo asignado por sexo o inherente a su condición femenina, al que está fijada, las tareas que desarrolla en su trabajo adquirido.

En las clases populares la doble jornada conlleva una violencia invisible agudizada sobre las mujeres trabajadoras, ya que éstas no disponen de recursos para contratar a terceros ( otras mujeres) como ayuda doméstica remunerada; este agravamiento obedece a su condición de clase, y de ninguna manera a su condición de género, que ya, en estos casos se refuerza el modelo cultural que asigna el trabajo por sexo.

En el ámbito del trabajo adquirido y remunerado se produce otro fenómeno que también es consecuencia de la violencia invisible, que es la discriminación laboral.

La imposibilidad de desligarse de sus obligaciones domésticas (tanto si las realiza personalmente como si las ordena, supervisa y controla) trae aparejada una desigual posición relativa para competir en el mercado de trabajo, la cual se traduce en menores salarios por igual trabajo, puestos menos calificados, horarios imposibles, cargos prohibitivos, ascensos que nunca llegan pese a la igualdad de antecedentes o aún

reuniendo mejores condiciones profesionales, es decir, menores posibilidades objetivas de promoción y ascenso.

En las profesiones que son consideradas típicamente femeninas o que en el devenir histórico se han femineizado aparecen menos retribuciones y una desvalorización social de su desempeño, lo que significa un traslado de la riqueza que producen justificado por el discurso ideológico que las desvaloriza.

Estas consecuencias de la violencia invisible, manifestada de distintos modos en la cotidianidad de las mujeres, no son percibidas desde la sociedad; más aún, rara vez se reconoce el contenido de injusticia que conllevan y que sí se le atribuye a la violencia en sus otras manifestaciones, tanto explícitas (tortura) como implícitas (carencias sociales básicas).

En estos casos, se denuncia la violencia como atentatoria de los derechos humanos pero no así con la violencia que opera sobre las mujeres que también es injusta y lesiona sus derechos humanos.

En la medida en que la conciencia social de la injusticia en todas sus formas avance, aumenta la posibilidad de reconocer en las prácticas sociales establecidas la presencia de esa violencia que además de invisible es injusta, y que afecta a la mitad de los seres humanos, las mujeres.

## CONCLUSIONES

La dinámica del poder es una de las características comunes de las diversas formas de la violencia familiar, social e institucional. Como punto de partida para la búsqueda de una definición del problema, resulta insoslayable.

De ahí que no se considera, cuando se habla de violencia, los golpes de puño que un niño pequeño le da a su madre cuando ella lo priva de algo que él quiere. Se considera a la violencia como una situación en la que una persona con más poder abusa de otra con menos poder: la violencia tiende a prevalecer en el entorno de poder.

Los dos ejes de desequilibrio de poder dentro de la familia están dados por el género y por la edad.

El término violencia familiar alude a todas las formas de abuso que tienen lugar en las relaciones entre los miembros de una familia.

Se denomina relación de abuso a aquella forma de interacción que, enmarcada en un contexto de desequilibrio de poder, incluye conductas de una de las partes, por acción ó por omisión, ocasionan daño físico y/ ó psicológico a otro miembro de la relación.

Es necesario subrayar que, para poder definir una situación familiar como un caso de violencia familiar, la relación de abuso debe ser crónica, permanente ó periódica. Por lo tanto, no están incluidas en la definición la situaciones de maltrato aisladas, que constituyen la excepción y no la regla dentro de las relaciones familiares.

Cuando se habla de violencia familiar, se hace referencia, pues, a las distintas formas de relación abusiva que caracterizan de modo permanente ó cíclico al vínculo intrafamiliar.

Esta definición, tomada en sentido amplio, muestra que cualquier miembro de a familia, independientemente de su raza, sexo y edad, puede ser agente ó víctima de la relación abusiva.

Sin embargo, las cifras estadísticas son elocuentes: es el adulto masculino quien con más frecuencia utiliza las distintas formas de abuso (físico, sexual ó emocional), y son las mujeres y niños las víctimas más comunes de este abuso.

Si bien existen los casos de hombres maltratados por sus esposas ó compañeras, representan el 2 % del total de casos de adultos víctimas de abuso.

La violencia familiar representa un grave problema social, ya que se estima que alrededor del 50 % de las familias sufre ó ha sufrido alguna forma de violencia.

Comprenderlo como un problema social implica cuestionar la creencia bastante común de lo que sucede dentro del ámbito de una familia es una cuestión absolutamente privada.

Esta afirmación deja de tener validez si se considera que cualquier acto de violencia de una persona contra otra constituye un crimen, independientemente de que ocurra en la calle ó dentro de cuatro paredes de una casa.

Pero, además, hay otras razones para dejar de considerarlo como un “problema privado”:

Las personas sometidas a situaciones crónicas de violencia dentro del hogar presentan una debilitación gradual de sus defensas físicas y psicológicas, lo cual se traduce en un incremento de los problemas de salud (enfermedades psicosomáticas, depresión, etcétera).

También se registra una marcada disminución en el rendimiento laboral (ausentismo, dificultades de concentración, etcétera).



Los niños y adolescentes, que son víctimas ó testigos de la violencia intrafamiliar, frecuentemente presentan trastornos de conducta escolar y dificultades en el aprendizaje.

Los niños, que aprenden en su hogar modelos de relación violentos, tienden a reproducirlos en sus futuras relaciones, perpetuando así el problema.

Un alto porcentaje de menores con conductas delictivas proviene de hogares donde han sido víctimas ó testigos de violencia crónica.

Un alto porcentaje de los asesinatos y lesiones graves ocurridos entre miembros de una familia son el desenlace de situaciones crónicas de violencia doméstica.

Esta son algunas de las razones por las cuales el problema de la violencia familiar no puede seguir siendo entendido como una “cuestión privada”, ya que la salud, la educación, el trabajo, la seguridad son cuestiones públicas y comunitarias.

Por lo tanto, un factor potencialmente perturbador para todas esas áreas debe ser considerado como un problema que afecta a todos, en cuanto integrantes de una comunidad.

A partir del momento en que el maltrato y la violencia dentro de la familia fueron “descubiertos” y definidos como graves problemas sociales, se han llevado a cabo, en diferentes países, numerosas investigaciones tendientes a conocer mejor el fenómeno. La mayoría de ellas pronto alcanzaron coincidencias en lo que respecta a QUÉ y al CÓMO:

Se definió la relación de abuso como toda conducta que, por acción ó por omisión, ocasionan daño físico y/ ó psicológico a otro miembro de la familia.

Se estableció que las víctimas más frecuentes de abuso intrafamiliar son las mujeres, los niños y los ancianos.

Se describieron las distintas formas de abuso: físico, psicológico, sexual.

Se describieron las secuelas físicas y psicológicas que presentan quienes han sido víctimas de abuso.

Si se consulta abundante bibliografía existente sobre el problema de la violencia familiar, la mayoría de los autores coincide ampliamente en la descripción del fenómeno.

La dificultad comienza cuando esos mismos investigadores se formulan la pregunta del porqué, es decir, cuando buscan una explicación al fenómeno.

En los últimos 20 años, diversas teorías han intentado determinar las causas de la violencia familiar. Durante mucho tiempo, la psicopatología fue el principal recurso explicativo utilizado. La hipótesis era que las personas que ejercen violencia sobre un miembro de la familia sufren algún tipo de trastorno mental.

Ese punto de vista es muy raro de encontrar en la literatura especializada actual, a la luz de las investigaciones realizadas.

La mayoría de los autores señalan que, si bien algunos agresores padecen efectivamente trastornos psicopatológicos, la proporción de enfermos mentales no es mayor que entre la población en general.

Un segundo elemento explicativo que se ha intentado utilizar en el campo de la violencia familiar es el alcoholismo y el uso de drogas.

Durante cierto tiempo, se asociaron insistentemente ambos problemas (adicción y violencia), por la simple razón de que eran los casos más accesibles para la investigación clínica y sociológica.

Por estudios más profundos demostraron que el abuso de sustancias, más que causar violencia, contribuye a facilitar ó se transforma en una excusa atenuante. El alcohol ó las drogas tienen la propiedad de suprimir las inhibiciones; por lo tanto, se relacionan con la

envergadura, el momento y la forma de la violencia, pero no con la predisposición a recurrir a ella.

Una hipótesis que ha alcanzado gran popularidad es aquella que afirma que la violencia es provocada por la víctima.

Esta hipótesis cobra cuerpo en dos tendencias principales: una es la teoría del masoquismo; la otra es la teoría de la familia disfuncional.

En ambos casos, con elementos provenientes de distintos marcos conceptuales, se consigue un mismo resultado: culpar a la víctima.

En los últimos años, el incremento del contacto de los teóricos con grandes cantidades de casos de violencia familiar permitió que muchos de ellos fueran revisando críticamente esta hipótesis.

Los criterios mencionados se derivan de lo que genéricamente podemos llamar “modelo médico”. Éste es un modelo que busca cuál es el “microbio” que explique las causas de la violencia familiar. Este “microbio” puede ser el alcohol, la locura ó el comportamiento de la víctima.

La inadecuación de este modelo radica en el hecho de aplicar una metáfora biológica a un problema social.

Tanto la explicación según el modelo médico, como la explicación según el modelo psicológico resultan reduccionistas y tienden a simplificar un fenómeno social de extraordinaria complejidad, atravesando por innumerables mitos y estereotipos culturales, que dificultan su adecuada comprensión.

Desde la perspectiva del modelo sociológico, se ha intentado dar respuestas al interrogante acerca de las causas de la violencia familiar, recurriendo a variables tales como clase social,

estrés económico, distribución del poder dentro de la sociedad y dentro de la familia, violencia institucional y política, etcétera.

Se puede considerar a las anteriores como respuestas parciales a la pregunta de la cual se partió. No se puede decir que alguno de los factores analizados esté desvinculado por completo del fenómeno de la violencia en la familia, pero ninguno de ellos por sí mismos puede explicar la totalidad del fenómeno.

Es por eso que surge la necesidad de recurrir a un modelo que permita comprender en su especificidad el problema del maltrato y la violencia familiar, sin intentar reducirlo a esquemas previstos ya conocidos.

Hay un modelo que postula que la realidad familiar, la realidad social y la cultura pueden entenderse organizadas como un todo articulado, como un sistema compuesto por diferentes subsistemas que se articulan entre sí de manera dinámica.

La Asamblea Mundial de la Salud en 1996 declara la problemática de la violencia como un importante tema de salud pública en todo el mundo.

Desde ese momento, la violencia se ha convertido en un problema actual para las políticas públicas dado el incremento de la violencia en todas sus formas, el número de víctimas y la magnitud de las secuelas que produce.

Este fuerte incremento se inició en los años 80, prioritariamente en las grandes ciudades, coincidiendo con el empeoramiento de la situación socio-económica de América Latina, la irrupción del tráfico y el consumo de drogas, el uso abusivo del alcohol y el desempleo, la desigualdad.

Podríamos decir que estas características inician un período donde se naturaliza al decir de P. Bourdieu la Cultura de la Violencia. Día a día se legitima la fuerza como medio para resolver frustraciones y diferencias y esta legitimidad del poder represivo y abusivo de la

fuerza en los altos niveles de poder económico y político, generan prototipos de modelos violentos, fácilmente trasladables a los comportamientos de la comunidad popular.

La violencia alcanza hoy dimensiones cada vez más importantes en las urbes del mundo y prioritariamente en el continente latinoamericano y representa un riesgo para la vida y la salud de las personas, que afecta el funcionamiento del sistema de atención de la salud.

Es precisamente en estos espacios en donde las características del proceso de organización desigual, reproduce una diversa calidad de vida en la población, y es esta sociedad de la exclusión (Pilar Ubilla, 2002) la que genera una verdadera expansión de violencias, un mundo de todos contra todos; una sociedad competitiva y autoritaria que niega la diversidad.

La mortalidad por causas asociadas a la violencia, es según las estadísticas, la responsable de los índices crecientes de mortalidad general y de los altos porcentajes de años de vida perdidos por esta causa.

Nos referimos en este punto no sólo a las vidas perdidas por accidentes y homicidios sino las que se realizan por el alto número de suicidios en incremento desde 1990, el número de homicidios creció en un 40% en la década del 90.

Hay 30 homicidios por cada 100.000 habitantes por año (6 veces la tasa de criminalidad moderada de países como Noruega, Suecia, Holanda y otros. América Latina es la segunda área geográfica con mayor criminalidad del mundo (el Sahara africano es la primera)

Podemos plantearnos de que manera las políticas públicas pueden promover la reversión de las políticas de juventud en cuanto al tema de la violencia. Con tal propósito hago mención a los aspectos desarrollados por Abad Miguel (2002) mencionando los siguientes objetivos.

En primer lugar, focalizar y especializar la oferta en los y las jóvenes y adolescentes con condiciones de integración social menos establecidas y sólidas. Siempre que sea posible, especialmente en los primeros contactos con el grupo destinatario de la oferta, ir “donde están” los jóvenes” (calles, escuelas, parques, etc.) en lugar de centralizar el servicio en lugares no reconocidos como escenario de jóvenes.

Partir de las capacidades de los mismos jóvenes, aunque exija un esfuerzo por identificar y evidenciar, incluso para los mismos jóvenes, siquiera un nivel mínimo en el desarrollo de distintas habilidades y talentos.

Ayudar a que los jóvenes construyan demandas propias, mostrando especial cuidado de discernir aquellas propuestas que efectúen por “atraer” la oferta del municipio o de la ONG.

Conjuntamente colaborar en que los jóvenes vayan cualificando su demanda: no contentarse con las primeras respuestas, sino procurar que vayan reflexionando y haciendo más concretos sus intereses y necesidades a la par que van enriqueciendo y profundizando su capacidad de análisis crítico de su situación y la de el entorno.

Disponer de información para los y las jóvenes, así como de los medios adecuados para transmitirla, sobre distintas oportunidades.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Una aproximación a la agitación social en el nuevo orden

**Prads, Joseph, 2002**

“Afectados por la violación a los Derechos Humanos: Cuerpo y Palabra”. XVI Congreso Argentino de Psiquiatría. APSA. Mar del Plata.

**Angelino, Ricardo, 2000**

La violencia social en la historia

**Durval, Federico, 2001**

La violencia, la segregación y la palabra desde la perspectiva psicoanalítica

**Marcuse, Hebert, 1998**

La violencia en la historia argentina reciente

**Romero, Luis Alberto, 2004**

Poder militar y sociedad civil en la Argentina

**Rouque, Alan, 1981**

Nuestros años sesenta. La formación de una nueva izquierda en la Argentina

**Teran, Oscar, 1991**

La violencia política entre 1968 y 1976

**Cichero, Marta, 1992**

Espacio Social y Génesis de Clase

**Bordieu, Pablo, 1985**

Fuentes y límites del discurso acerca de la mujer. Centro de Investigaciones en Ciencias de la Educación

**Gibaja, Regina, 1986**